




ORLANDO LUIS  
PARDO LAZO

**Boring  
Home**

■ garamond



Digitized by the Internet Archive  
in 2023 with funding from  
Kahle/Austin Foundation

Orlando Luis Pardo Lazo

**BORING  
HOME**

Copyright © Bibliotecas independientes de Cuba  
Copyright © Orlando Luis Pardo Lazo, 2009  
ISBN 978-80-7407-061-7

Orlando Luis Pardo Lazo

**BORING  
HOME**

Ganador del Premio  
«Novelas de Gaveta Franz Kafka»



## DECÁLOGO DEL AÑO CERO

### 1

Orlando se ha dejado crecer la barba, también el pelo. Ipatria le advirtió que estaba flaco y que las ojeras, de tan oscuras, parecían un par de piñazos. Orlando hizo una mueca de angustia. Cruzaban la avenida Línea y él le dijo que estaba en crisis:

—Estoy perfectamente sano, pero día a día La Habana me enferma más.

Ipatria no quiso reprimir una sonrisita. No es que Orlando esté loco: es sólo que a veces resulta demasiado Orlando, incluso para él. Ipatria lo tomó del brazo y lo haló. O empujó. O ambas palabras. Y así escaparon del sol cubano. Se metieron bajo la sombra de la iglesuca, en la esquina de Línea y 16. Era un convento en ruinas, pero nada hacía pensar que no estuviera habitado por Dios. Dios siempre tarda bastante en darse cuenta de la barbarie. Tal vez por eso mismo sea Dios.

—No te rías —Orlando estremeció los hombros empinados de la muchacha: hincaban—. ¿Por qué no me crees?

—Porque eres el peor escritor vivo del milenio y el mundo.

—Te juro que esta vez no soy yo. La culpa es de La Habanada —atrajo el cuerpo de la muchacha hacia él—. Así se llama esta nueva crisis: Habanada —y le dio pequeño beso en los labios—. Gracias, Ipatria, por ayudarme a nombrar.

### 2

Orlando intenta explicar a Ipatria que el tiempo es un retrovirus. Jamás logra convencerla, por supuesto. Le



falta léxico. Carece de un argot de combate para revolver las heces. No domina del todo el hezpañol. Al parecer, todavía quisiera vivir. Se desespera, pero igual no encuentra un vocabulario.

—Me falta un vo-cu-ba-la-rio —se queja sí-la-ba a sí-la-ba como si él fuera un bebé.

Ipatria imagina a Orlando imaginando una Habana sin historia ni histología. Esa Habanada entre amnésica y anestesiada que él en vano trata de describir. Aunque sea inútil, ella quisiera alegrarlo. Siente pena de Orlando y unos deseos enormes de tumbarlo sobre algún banco de iglesia y allí mismo, en la penumbra divina, hacerle de una vez el amor.

Entonces Ipatria le recuerda a él su propia idea de tomarle fotos a la ciudad. De echarle una mirada desde la ingravidez: las azoteas, los techos a dos aguas, las tendederas raquílicas, los tanques mohosos donde se crían aedes, las palomas entre el robo y el sacrificio ritual, los mil y un objetos abandonados a la intemperie, que a ambos les gusta leer como un crucigrama sin clave.

Así que Ipatria le extiende la cámara a Orlando y le dice:

—Sube ahora, ve.

Y lo deja alejarse del banco, con la Canon ya colgada en su cuello, como una piedra de sacrificio o una promesa. Como si Orlando fuera un turista más trastabillando entre los feligreses. Como si todo no fuera tan triste que casi da pena escribir o fotografiar.

Con suerte, piensa ahora Ipatria, el muchacho que ella ama subirá ahora hasta el campanario, y desde allí se inventará su propio observatorio de fotos: mitad privado y mitad nacional, mitad roñoso y mitad adorable, mitad Ipatria y mitad Orlando.



—No te mates, mi amor —pronuncia ella en voz baja, para que Dios no la oiga y se entusiasme con tan hermosa posibilidad.

—Mejor mátrate tú —le susurra Ipatria a Dios.

### 3

Orlando se arrodilló. Enfocó el objetivo, verdadero telescopio de medio metro. Hacía un sol de jauría: pensó que así no podría resistir demasiado, pero al menos no tendría que usar el trípode. La luz era líquida y casi no era necesario ni disparar: los reflejos se impregnarían solos en el negativo, sonrió: luz negativa y dura como fotones de cuarzo irreal.

Orlando vio los automóviles arcaicos a tope de velocidad, paseantes en cámara lenta, una alcantarilla destapada y un manantial albañal. Vio el sanguinolento ojo de un semáforo, rebotando en la canopia de los flamboyanes: árboles mucho más viejos y vivos que él. Vio el malecón y diez millones de esquirlas entre la espuma y la nieve. Vio la línea claustrofóbica del horizonte, nubes pulidas como espejos aunque ninguna lo reflejó, y vio la punta filosa del monolito de la Plaza de la Revolución: su pararrayos cósmico siempre coronado de auras. Todo un alef maléfico que, de tanto contemplarlo en silencio, al final Orlando nunca lo retrató.

Orlando preferiría no hacerlo. Se sintió otra vez Bartleby cansado de tanta ingrátida carga. Fotos, ¿para qué?

Ahora sólo desea bajar. Huir hacia Ipatria. Pero la caída libre lo asusta. Es imposible llegar hasta la muchacha que él ama de un salto. La escalera de caracol lo espanta todavía más. Incluso la palabra *libre* le da pavor. Pobre Orlando mío, perdido entre estos bosques, sonríe él mismo, y nada puedo hacer para ayudarte.

Como escritor podrá ser un fiasco, piensa Orlando. Pero ese miedo es su única garantía de sobrevivir y no traicionar a Ipatria. Palabras, ¿para qué?

#### 4

Orlando se pone de pie. Tira una piedra. En realidad, la pateo. A sus espaldas repicaron cinco o seis campanadas. Se acaba la tarde y empieza el tedio. El eco de los metales lo acompañó durante su descenso por los retorcidos peldaños. Náusea y vértigo girando a la izquierda: el muchacho llegó abajo mareado, con las pupilas alteradas por la adrenalina y el exceso de radiación solar. Casi a ciegas. Como quien busca refugio de un holocausto atómico.

—¿Terminaste el rollo? —Ipatria le dio un abrazo—. ¡Te demoraste!

Orlando le contestó que ya podían partir. Es decir, no le contestó. La amaba demasiado para narrarle ciertas escenas que día a día ocurrían dentro de su cabeza de 36. Al fin y al cabo ella sólo tenía 23. Igual Ipatria se imaginaba allí dentro un teatro muchas veces peor.

Orlando simplemente cargó la mochila y devolvió la Canon al cuello estirado de la muchacha: una modigliani fuera de moda.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ipatria.

—A los montes verdes —y Orlando supo que la frase abría entre ambos el abismo de toda una generación pasada por la TV.

#### 5

Caminaron. Para él, la ciudad había agotado sus baterías. Ahí estaba todo, pero varado. Vaciado. Viciado por la rutina de la heroicidad.

¿Hasta cuándo les duraría la magia a Ipatria y a él? ¿Hasta cuándo la resistencia contra las sustancias retóricas de la irrealdad? ¿Hasta cuándo sus propios ciclos de locura sin cuerda y paralizante cordura? ¿Alguna vez volvería a fotografiar la barbarie desnuda de un planeta llamado Habana? ¿Y a escribir en su diario sobre aquel caparazón de concreto: primer exoesqueleto libre de América, artrópodo kafkiano que ellos amaban y odiaban hasta el insulto y las lágrimas? *Habanada, mon amour: ciudad con hache, letra muda.* Y a Ipatria, ¿alguna vez volvería a fotografiar la bárbara desnudez de su cuerpo, quejándose, abierto de par en par bajo el suyo? *Ipatrianada, mon amour: país sin hache, letra mordaz.*

Caminaron un poco más, 26 arriba. Llegaron a la cima de una colina. El sol de la tarde noche le arrancaba al asfalto un tufillo letal. Un vaho. El Vedado reverberaba como homenaje póstumo al año cero o dos mil. La isla era una larga y lúcida cámara de gas.

Orlando contempla a Ipatria: un rostro delgado y pálido que, a cambio de nada, en un acto útil e innecesario, ha decidido amarlo sí-la-ba a sí-la-ba a él. La muchacha se estira, parece cansada pero no se sienta, y su sombra se convierte de pronto en una chimenea infinita: una saeta negra deslizándose sobre el asfalto 26 abajo, desde la colina hasta el mar.

Orlando imagina entonces que esa silueta es la manecilla caída de ningún reloj: sombras cubanescas que se quedaron sin tiempo. *Es la hora cero.* Más o menos así podría empezar la novela que Orlando prefería nunca escribir. Todo con tal de no traicionar a su entrañable y vago Bartleby. Al menos él no va a escribir nada mientras no quede atrás el bombardeo de consignas y comerciales que por décadas han cacareado un año cero o dos

mil. La muchacha, por supuesto, no ignora ese efecto humillante provocado dentro de Orlando por la demasiada reiteración.

—Tengo sed —la voz de Ipatria es un eco hueco, como salida de un sueño que no están soñando ni ella ni él.

Y es verdad que hacía ya mucha sed. La suficiente para despertar. Aunque ningún sueño a dúo podría nunca saciarlos allí.

## 6

*Es la hora cero. Orlando se ha dejado crecer la barba, también el pelo. Está flaco y las ojeras, de tan oscuras, parecen un par de piñazos. Quizá se mate o se haga matar, no es una cuestión de crisis, sino de enfermedad al nombrar. Orlando hace una mueca de angustia. No está loco, está concentrado, y va arrancando las fotos de un álbum según las recorta con una tijera. Lo hace meticulosamente, sí-la-ba a sí-la-ba, con estilo de autista. Son fotos de Ipatria, desnuda. Mientras Ipatria, todavía desnuda, desde la otra esquina del cuarto, lo deja crear. Creer. Ella es una muchacha ingrávida, ida, libre, hermosa, con una década menos en la memoria y por eso mismo casi real: Ipatria es un estado de coma. Orlando sabe que, después de recortar la silueta de quien tanto lo ama, a él le será imposible pronunciar sus tres sílabas otra vez. «Su nombre empieza donde su imagen se acaba»: más o menos así podría empezar la novela de Ipatria que Orlando prefería dejar de escribir.*

## 7

Una patrulla levantó una nube de polvo con el frenazo. Se abrió la portezuela del chofer. Tras un par de gafas uniformadas, el hombre dio las buenas tardes y les pidió el carnet.

—Me entregan la cámara, por favor.

El auto no demoró en partir. Con Ipatría y Orlando dentro, rígidos como dos desconocidos en el asiento de atrás. Él quiso bajar el cristal de la ventanilla, pero ella le hizo notar que faltaban las maniguetas. El auto parecía una pecera con oxígeno limitante. Tan pronto desembarcaron en la estación de Zapata, la muchacha fue la primera en hablar.

—¿Por favor, alguien podría explicarnos qué pasa?

—¿Ustedes son ciegos o no saben leer? —fue la respuesta de un hombre uniformado de civil—. Toda esa zona de la colina es un objetivo económico-militar. Más grande no podía ser la valla que lo anunciaba: NO PICTURES / PROHIBIDO FOTOGRAFIAR.

—Pero nadie hizo ninguna foto —fue el último parlamento de Ipatría que Orlando entendió de principio a fin.

Las averiguaciones duraron hasta pasada la medianoche. Al final recuperaron la Canon y los teleobjetivos, pero no el rollo Konica aún virgen que estaba dentro. Fue un largo proceso hasta que los peritos verificaron la inocuidad de aquella cinta comercial. Ninguna luz había impregnado allí. La sospecha de espionaje económico, militar o turístico por el momento no se aplicaba con ellos dos.

Una oficinista con ojos de luz fría les aseguró en tono confidencial que la multa impuesta sería la «cuota mínima prevista en la vigente legislación»: unos pocos pesos en moneda nacional.

Ipatría y Orlando agradecieron su gesto y a cambio ella los acompañó hasta la escalinata por donde se salía y entraba de la estación: el local probablemente había sido una lujosa residencia privada. Cuando desembocaron sobre la acera, los dos se voltearon y vieron que,

desde el último peldaño de mármol, la mujer de ojos gélidos aún les decía adiós. Con la mano, en orgulloso silencio: estaría sobre los cincuenta, pero en contraluz a ellos les parecía un ser inmortal. Orlando estuvo tentado de pedirle que se dejara hacer una foto. Pero no.

Se alejaron. Afuera, el universo era un escándalo de estrellas, cada una titilando a la manera de un flash de repetición. Paisaje cóncavo sin nubes y sin luna: una noche sin noche que, rebasado todo aquel horror o error, seguramente no valdría la pena ni describir.

## 8

En la curva de Zapata y 12 cogieron una P-2 con asombrosa facilidad. Era un ómnibus importado como donación del País Vasco o de Cataluña: a estas alturas de la historia, ¿para qué distinguir? Lo importante no era el sentido de los carteles que colgaban del techo, sino el aire acondicionado que aún funcionaba: algo así como el primer milagro del mundo, una mueca al subdesarrollo que acaso nunca llegó.

A esa hora la P-2 viajaba casi vacía, desplazándose al máximo de velocidad. Ellos permanecían de pie, abrazados, la mochila entre ambos como si fuera un bebé: la cámara y los teleobjetivos a medio desarmar allá dentro, objetos pesados que con gusto habrían abandonado bajo un asiento vacío. Por alguna extraña razón, ninguno atinó a sentarse hasta muchos kilómetros después, justo cuando llegaban a la parada del barrio y ya se tenían que bajar.

Orlando sintió que no reconocía al paisaje ni a su acompañante. Ipatria no sintió nada irreconocible en ninguno: en todo caso, le daba mucha pena que su amor otra vez tuviera ganas de matar o hacerse matar.



—Tengo la sensación de que esta noche me enfermo de verdad —fue la primera frase de Orlando después de horas.

Ipatria no quiso reprimir una sonrisita. Estaban en la sala, de cara al televisor encendido con llovizna y scratch. La muchacha tomó a Orlando del brazo y atravesaron de punta a punta la casa, hasta desplomarse en la habitación de él: tendidos sobre la cama destendida desde muchas horas o siglos atrás.

—Definitivamente —ella estremeció los hombros caídos del muchacho: hincaban—: el peor escritor vivo del milenio y el mundo.

Orlando acarició aquella frente delgada y pálida de una Modigliani insomne en la madrugada cubana. Ipatria lo atrajo hacia sí y le dio un pequeño beso en los labios.

Orlando cerró los ojos. La luz fría que colgaba del techo desapareció. También la vaga idea de cómo no escribir una novela a contrarreloj. Y desapareció el alef infotografiable de aquella ciudad que él hubiera querido recortar con tijeras y desarmar un álbum. Y desapareció también su barba crecida. Y sus ojeras, como un par de piñazos. Y todo el resto de su argot de combate, agotado sin rollo Kodak ni cámara Canon. Y también, por supuesto, allá lejos y tan cerca, sobre la cuerda floja del horizonte, desaparecía al final la punta podada del monolito de la Plaza de la Revolución, de noche siempre desierta o tal vez desertada hasta por las auras.

Todo desapareció al otro lado de sus párpados cerrados de par en par. Todo, excepto el abrazo gélido de Ipatria, maga muda en cuya sombra Orlando se durmió o fingió dormirse.

Orlando se levanta y va al baño. La luna le da en el rostro y su imagen es hielo muerto en el espejo del botiquín. Busca allí, por fin encuentra: es una navaja de las mecánicas, sin baterías. Huele el metal. Brilla tanto en sus ojos que una idea salta demencial y perfectamente higiénica en su cabeza. Orlando no quiere reprimir una sonrisita. Algo se acaba y nada comienza para él. Pero no hay peligro, es sólo un gesto: llevarse al cuello la afilada hoja y pensar en Ipatria, tendida sobre la cama destendida hasta muchas horas o siglos después. Orlando aprieta la cuchilla, se ayuda con la otra mano. Meticulosamente, sí-la-ba a sí-la-ba, con estilo de autista, se va convirtiendo en un muchacho ingrátido, ido, libre, hermoso, con una década más en la desmemoria y por eso mismo casi irreal: Orlando es otro estado de coma. Sabe que, después de recortarse radicalmente la barba, la muchacha que lo ama de gratis ya nunca lo perdonará. «Su imagen empieza donde su nombre se acaba»: más o menos así podría terminar la novela de Ipatria que Orlando preferiría nunca escribir. Los pelos caen en el lavamanos y un chorrito de agua los borra con un remolino en contra de las manecillas del reloj: náusea y vértigo girando a la izquierda. Orlando se afeita mareado, con las pupilas alteradas por la adrenalina y el exceso de radiación lunar. Casi a ciegas. Por el tragante se escurre también el rompecabezas de su imagen invertida dentro del espejo, y Orlando asume esa pérdida como una buena señal: «ser menos yo», sonríe él. Como siempre le ocurre con las fotos y las palabras, aunque aún no ha pasado nada, para Orlando es la hora cero otra vez.

# TODAS LAS NOCHES LA NOCHE

## 1

El metro de La Habana hacía su recorrido tonto y feliz.

Poco antes del cañonazo, yo lo esperaba en la gara subterránea de la Plaza de la Revolución. Desde allí viajaba, casi a ras de tierra, salvo un par de segundos bajo la bahía, hasta desembocar en la Zona 666 de Alamar.

Entonces yo compraba una flor eléctrica, comida obscenamente italiana, una botella de vino tinto a medio pixelar, y subía las escaleras rodantes con dirección a Ipatría.

Todo parecía tan natural. A pesar de que todo incluía, por supuesto, a Ipatría: mi extraño amor de los doceplantes prehistóricos de Alamar.

## 2

Su ascensor funcionaba justo como lo que era. Un objeto anacrónico importado del siglo XX. Daba bandazos y soltaba chispas en los entrepisos, pero nunca falló.

Ipatría dejaba su puerta abierta para mí. Yo entraba y la cerraba sin hacer ruido a mi espalda. Adentro la luz no existía o era muy mortecina, ilusión de un gris cuántico. Su apartamento era mínimo. De paredes sin textura, como si fueran de gas. Incluso Ipatría parecía de gas. En aquella atmósfera repentina y repetitiva lo único sólido, como de piedra muerta lunar, supongo que fuera yo.

Y en este punto comenzaba nuestro ritual. Nos dábamos un largo abrazo. Diríase que nos conocíamos de siempre, cuando probablemente no hacía ni un año desde la primera vez. Abríamos el cortinaje con el mando a distancia. Y, a través de los vidrios, la ciudad emergía

con el garbo de una marea oscura saturada de luz. Una imagen sin paradoja y sin contradicción: ilusión óptica de usar las palabras.

La Habana. Nave fantasma, hangar sintético reflejado en un bolsón de agua o metal. Alfileres de luz ecológica, pinchazos arcoíricos de un solo color. Aberración mnemónica del lenguaje. Y, sin embargo, doce pisos bajo nuestra mirada todo transcurría con tanta normalidad.

La Hanada, amorfo recipiente que adopta la forma del gas contenido y nunca al revés. Cada noche Ipatria y yo la comparábamos con una ciudad distinta, fe en lo foráneo. Con Hiroshima, por ejemplo, titilando en una noche de agosto que otra noche de agosto Ipatria soñó (se despertó llorando y pidiendo perdón a nadie). Con Haifa, por ejemplo, y su ristra de supertanqueros insomnes con el vientre eructando oil (en mi estómago, la pizza y el vino conseguían una mezcla muchas veces peor). Con Helsinki, por ejemplo, tres sílabas con olor a géyser y aurora boreal de simulación (la brisa helada nos ponía a hacer música con nuestros dientes, monjes bruxistas). Con Haifong, por ejemplo, donde la muerte es una boya flotante en una plataforma de tecnobambú (de Haifong no sabíamos nada, excepto la fonía de su nombre en el solemne noticiero de la 3D-visión). Y la comparábamos otra vez con La Habana, por supuesto, crucigrama sin clave poco después de un cañonazo digital.

Las nueve. Todas las noches las nueve. Todas las noches una nueva Habana. Ciudades siempre con hache del universo. Letra muda: holografía, holocausto, helocuencia de lo silente. Un error sin trazas ya del horror. En cualquier caso, una disparatada pero ingenua transgresión. Porque eso éramos Ipatria y yo, refugiados en la altura vertiginosa de su apartamento: prófugos que des-

conocen hasta de quién van a fugar. Y para qué fugar. Y por qué fugar. O jugar.

Igual era inevitable. Caíamos en pánico sólo de pensar que a la noche siguiente uno de los dos pudiera no estar. Tal vez por eso mismo cada noche nos amenazábamos con que cada noche sería la última. Era preferible así. Destruirlo todo nosotros mismos, antes que dejarlo al azar de una denuncia anónima o institucional.

Pero ya no podíamos evitar reencontrarnos allí. Ipatria y yo amábamos lúcidamente aquella visión nocturna de la locura, aquella tajada de Cuba, sólo visible si se acuchilla el planeta desde la Zona 666 de Alamar. Así, cada noche a las nueve sería siempre la última noche de aquel primer año del siglo XXII.

Nada. Hay historias así. Que no necesitan reinventar su propia historia para provocar un cortocircuito fulminante con lo real.

Supongo que no se comprenda ni media palabra. Aún.

Y es lógico. Ninguna palabra es comprensible si se parte por la mitad.

### 3

Ipatria sustituía cada noche su vieja flor con mi nuevo regalo. En veinticuatro horas las baterías expiraban sus anémicos volts. Negocio redondo y tierno, por sólo diecinueve américos y cincuentinueve centavos. Renovación de señales humanas al por mayor. Maneras de sentirse menos insolidario tras el cambio de fecha: de los dos mil algo a los dos mil ciento nada.

Entonces nos desnudábamos, Ipatria y yo, al margen de cualquier inoperante prohibición. Sin apagar la luz. Aunque de hecho no hubiera luz: apenas el halo gris que nos rebotaba La Habana. Nos quitábamos la ropa

de manera más bien privada, sin tocarnos apenas. Cada cual tumbado sobre una punta de la esterilla, horizontales de remate. Así eludíamos cualquier audiocámara que pudiera reparar en las cortinas abiertas de nuestro balcón.

Nos aproximábamos a rastras. Era excitante y cómico y un poco cruel. Dejábamos de observar el Alamar de allá afuera y nos mirábamos secamente a la cara. No tan culpables como nos sentiríamos después. Y antes. Y durante.

Y sólo entonces hacíamos el amor, los ojos todo el tiempo clavados en los ojos del otro, en un ahora efímero por el resto de la eternidad: los restos de la eternidad. Los párpados tan abiertos como el cortinaje que filtraba al cielo renegrido de Habanalar. Ipatria y yo, azorados animalitos de zoo, retorciéndonos de pena y placer hasta caer en una suerte de éxtasis cósmico que, sin pronunciar nada en voz alta, los dos sabíamos que algún misterio, histórico o humano, una de esas noches nos tendría que revelar.

Todo terminaba con un quejido a dúo, sin boca, por donde se nos vaciaban la garganta, los pómulos y el esternón: órganos de la angustia. Después respirábamos limpiamente juntos, sin acariciarnos jamás: usar los cuerpos ya había sido suficiente delito. Y por fin comíamos, echados sobre nuestro propio sudor. Supongo que cada madrugada un poco más felices y atentos a los imprevisibles gestos del otro en cada cita. O complot. Sin calentar nunca las pastas y menos aún enfriar la botella de vino, que era el único objeto de píxeles vivos dentro de aquel inconmensurable mirador.

Después disponíamos de un par de horas libres antes de bajar a diluirnos en aquel paisaje total y sobrecogedor. La H: una suerte de habanaleph, sin transparencia y sin superposición, somera suma de imágenes online y en off.



*Brave New Habana*: desde la primavera del 84, tras aquella archifamosa peliculita de clase 0 (inspirada en un best-seller del mismo nombre), así estaba de moda promocionarla en cada panfleto turístico, en cada titular de la prensa con licencia o no del Estado, y en cada lamparazo amnésico de ciber-neón.

#### 4

Y no era hasta la una de la madrugada, con puntualidad involuntaria, que bajábamos doce pisos hasta el nivel de Alamar, otra vez en aquel fiable y destartelado ascensor de más de un siglo o acaso más de un milenio atrás.

A esa hora las avenidas eran pistas desiertas de un aeropuerto futurista en tiempo real. Ipatria y yo caminábamos entre sus carriles con absoluta y demente libertad. Y era tan fácil abrazarnos y reír y bailar, y sentir que la ciudad podía ser un espacio mucho más personal de lo que nos parecía a lo largo y estrecho del día. Y era tan complicado no sentir miedo de ser observados entre la ausencia de transeúntes y tráfico. Y era tan natural ir hasta el Asfixeatro tomados de la mano, y dejar que alguna banda de neo nos envolviera con su magia ligera y recónditamente posnacional.

Porque la música era un bálsamo para nuestro insomnio. Porque a veces hasta cabeceábamos allí, el uno sobre el hombro del otro. Y porque a veces simplemente seguíamos de largo bordeando el Asfixeatro, con los acordes sintéticos susurrándonos al oído cualquier tontería inteligente en esperántrax o volapunk.

Hasta que, por supuesto, como tantas y tantas noches a esa hora, aparecía otra vez el mar. O su intuición a ras de los arrecifes. Y de ahí ya no podíamos pasar. Y nos deteníamos, Ipatria y yo, a pesar de los estribillos de neo,

los dos hechizados por el cenital puñetazo de luna yerta: magnífica hoz o moneda, según el ángulo en que la recortase la luminiscencia solar, con una calavera de conejo advirtiéndonos no sé qué. Ni para qué. O por qué.

Oíamos. Olíamos. No distinguíamos nada bajo el telón cínico de la madrugada. Éramos dioses muertos, aunque ni Ipatria ni yo sabíamos entonces qué podría esto significar. Y no nos hacía falta tampoco. Éramos habitantes de un siglo raro donde todos se comportaban de un modo extranjeramente habitual. Habitaban.

Sólo que había algo en ese sonido o en ese olor o en esa oquedad lunática de la noche, había algo en la clandestina costumbre de comer juntos y hacer el amor sin reportarle a nadie con quién, había algo que faltaba o sobraba entre las mil y una piezas del engranaje: había algo en aquel rompecabezas de atrezo que ni Ipatria ni yo entendíamos. Y ese algo impronunciable nos obligaba cada noche a desobedecer. Por lo menos, a desaparecer.

En cualquier variante, para nosotros el mar funcionaba como un antídoto y un talismán. Un amuleto, una frontera. Una constatación a la espera de lo que ya está dolorosamente aquí. Una revelación abortada, no sé. Supongo que contra el misterio, cualquier mensaje o mentira nos parecía muy bien.

Por el momento, nos bastaba la certeza de permanecer juntos allí. De pie, tomados de la mano sobre el dienteperro cubano de entresiglos. Atragantados, la angustia coagulada a la altura de los pómulos, la garganta y el esternón. Lúcidos e irracionales. A la caza de un sonido, un olor, un rayo de rebote entre los astros inmóviles: candilejas de utilería que nos espiaban con tanta saña como los videocontroles de ocasión.

Ipatría y yo, boqueando con tal de oxigenarnos por alguna grieta, cavando un respiradero para uso de dos contra las sustancias retóricas de lo real. Tanteando alguna hebra suelta en el telón de la malla social: fuimos peces sin demasiadas agallas. En fin. La composición química de nuestra atmósfera cada noche se suponía fuera la óptima y la más estable, pero lo cierto es que nosotros nos asfixiábamos desde mucho antes de coincidir. Y desde mucho después de ya instaurado nuestro ritual. Y, por supuesto, desde todas las noches durante.

## 5

A veces pasaba un pájaro. Era blanco y se confundía con el humo artificial de las nubes nocturnas. La luna lo convertía en sombra sobre la costa y a nosotros nos gustaba ver a un ave reptar. Era algo atávico, reminiscente.

A veces pasaban dos, planeando en la despaciosa coreografía de los seres biológicos. Entonces Ipatría y yo envidiábamos tanta compañía entre el cielo y el mar. Y hacíamos como quien tiene algo muy importante que prometer o callar, pero el gesto siempre era interrumpido por un gesto del otro. Y a estos ademanes se reducía la precaria cinética de nuestro amor.

También nos sobrevolaban los bombarderos, como es evidente, casi todos oteando el horizonte marino hacia alguna remota y mortífera misión. Pero, aunque pasaran en escuadrillas o en solitario, increíblemente ningún avión de combate nunca nos inquietó. Por suerte para los dos, creíamos que el enemigo siempre sería otro. No Ipatría. Ni yo. En todo caso, nosotros.

Sólo una vez discutimos. Caminábamos de regreso del mar cuando Ipatría se plantó entre los cocoteros de la avenida. Se arriesgaba a una multa interestatal, pero no le importaba. Tenía los ojos negros de ira y usó las palabras contra mí, supongo que para no volverse orate o ponerse infantilmente a llorar.

Me dijo de todo. Me ofendió exhaustivamente, usando el vocabulario roñoso de un tribuno incivil o un fanático predicador. Me negó mil y una veces, y mil y una veces me pidió perdón. Pataleaba. Parecía una muñeca clónica que se estuviera quedando sin carga. Se rasgó las ropas, se arañó la piel. No era Ipatría, no era nadie, acaso era yo. O el odio magnificado en todo su humano o histórico esplendor.

Cuando terminó, se desplomó en un desmayo hacia atrás. Había hecho implosión: Ipatría de espaldas sobre las astillas fúnebres de su discurso, con una mueca de opositor político en las facciones. Irreconocible. Yo esperé hasta recuperar el ritmo mínimamente audible de mi corazón. Y respiré. Hondo. Y respiré. Frío. Y respiré. Solo. Hasta inflar con mis pulmones un vaho imaginario de aliento a su alrededor.

Entonces cargué su cuerpo o su catalepsia. A pesar de la frialdad, me sudaban los brazos. Ipatría se me chorreaba sin dar señales de coagulación. Caminé con todo su peso auestas y con toda mi propia ingravidez. Ahora era Ipatría la piedra muerta lunar y yo una burbuja de gas. Subí hasta su apartamento y, sin el coraje de matar o hacerme matar, cerré su puerta y muy lentamente, casi inmóvil de tanta duda, supongo que sin desearlo, esa noche también me fui.

Y esos abandonos ínfimos, me doy cuenta ahora, ya iban anunciando la significativa sintomatología de nuestra barbarie. Eran una suerte de expediente clínico que en definitiva nos enfermó: Ipatria y yo fuimos como esos pacientes hipocondriacos que se temen lo peor a la menor mejoría.

## 7

Otra vez fue terrible.

Subimos a la azotea del doceplantas y, de pronto, Ipatria me apuntó con su pistola Browning de seguridad personal. 15 tiros de alto calibre, suficientes para eliminar a un comando de asalto y después suicidarse (era el slogan comercial de la Browning). Su uso seguía siendo obligatorio tras las escaramuzas vandálicas del año 94. Y ahora Ipatria descargaba toda esa tensión en la noche y en mí.

Me llamó traidor. Amenazó con reportar mi caso antes de que fuera yo quien amenazara con un reporte del suyo. Ipatria actuaba «estrictamente en defensa propia del colectivo», pronunció con tono de politfiscal. Y sólo entonces estallaron sus carcajadas.

Reía, reía, reía. Risas de dioses recién exhumados en un cenotafio obrero llamado Alamar. Se burlaba: era un juego. Estábamos locos, por supuesto. Y ser tan teatrales era acaso nuestra tablilla de salvación.

«¿Cómo pude creerle tan fácilmente?», Ipatria me increpaba y yo comencé a reír. «¿No confiábamos irreversiblemente en nosotros desde el primer encuentro al azar?», seguía disparando sus preguntas sin bajar nunca el cañón. «¿O es que no había sido al azar?», y entonces se llevó el arma a la sien.

Yo todavía reía, reía, reía. Por un instante quise que se matara tal vez. Los estéreofaros pasaban a escasos centímetros de nuestras cabezas y, sin embargo, aún nos sentíamos impunes en medio de tanta promiscuidad.

Recuerdo que le hablé de una novela ilegal que ambos habíamos leído hacía poco: *Todas las noches la noche*, firmada por una supuesta Silvia de Nerval. Le pedí que no repitiera literalmente el desenlace patético del último capítulo. Y entonces Ipatria bajó la Browning por fin. Y bajó los brazos. Y los ojos. Y la cabeza. Y se arrodilló. Y en este punto repitió textualmente un parlamento de aquel folletín clandestino de la Resistencia:

—Por favor, pon tus manos —la mirada minada—. Te lo pido en nombre de la belleza y la revolución.

## 8

Pero lo rutinario no eran escenas más o menos violentas, sino el tedio de una Hanada insomne al punto de lo criminal. Intuíamos que nadie dormía a nuestro alrededor, que la vigilia colectiva crecía como un cáncer monstruoso detrás de cada puerta, cortinaje y balcón.

Y no es paranoia, por supuesto, ni mucho menos delirio. Nuestro presente sin resonancias había simplificado hasta lo raquítrico cualquier concepto más o menos sutil: como paranoia, por ejemplo, o delirio. De hecho, ni siquiera nos sentíamos vigilados en nuestro recorrido a trasnoche de cada noche. Lo terrible es que ya ni siquiera nos sentíamos. Todo se articulaba como una secreta premonición. Unas ganas a desgana de despertar de la pesadilla sin haberla soñado aún.

Y lo rutinario era darse la vuelta al borde del mar o tal vez su ausencia, y remontar el camino de regreso hasta la Zona 666 de Alamar. Ipatria y yo leíamos cada



signo con la resignación, entre humilde y humillada, de un par de analfabetos al aire preso de una librería de alta seguridad. Así hojéabamos a esa hora las páginas pornográficamente deshabitadas de nuestra ciudad con hache: letra sin cuerda, pero locuaz.

No volvíamos por el Asfixeatro sino por la rotonda del Multiestadio Olímpico, tortuga de varias cuadras a la redonda que no se empleaba desde los juegos internacionales de una década atrás. Todavía una pantalla líquida los promocionaba, obsoleta: *Brave New Habana 2091*.

Por todas partes nos maravillaba el lujo luctuoso de tanta imagen y tanta imposibilidad. Ipatria y yo reptábamos como la sombra de dos pájaros marinos bajo un satélite demasiado vertical. Yo le decía y le señalaba:

—Mira, mi amor, mira —el nombre de Ipatria entre nosotros nunca se pronunció: de hecho, es muy probable que no exista semejante palabra.

Pero Ipatria nunca me respondía, salvo con un apretón a la altura del codo o del antebrazo. Y un toc-toc áspero que se le trababa en la tráquea. Y yo notaba un desesperante pendular afirmativo de su cabeza, medio reclinada y medio huyendo de mí.

Así dejábamos atrás el ultramoderno cementerio de automóviles y vagones del metro, con sus esteras, sus megaimanes y sus prensas de convertir en hilos y láminas hasta a los metales más duros de la realidad (un arte del desastre). Así dejábamos atrás el biplanta estilo loft de la funeraria, con sus servicios más bien siniestros que, por suerte, ya pocos conservaban la ancestral costumbre de contratar (eran demasiados permisos para sólo un par de horas de velorio en público). Y, al final, cortábamos camino por la alameda de la Cámara Americadual, una especie de lingote de vidrios velados que, de

noche, era más un monolito o un mausoleo antes que un banco de crédito continental (operativo las 24 horas, aunque su inauguración se había pospuesto al infinito desde que, casi en avalancha, se edificó).

—Mira, mi amor, mira —yo apuntaba con el índice a los tanques de agua potable que coronaban la loma de entrada al reparto. Y los de agua pesada, como una silueta detrás.

—Mira, mi amor, mira —y era un jardín espinoso de baterías antiáereas, todavía perfectamente en funciones desde un pedestal del Museo de la Paz.

—Mira, mi amor, mira —y de pronto resurgía la luna, rielando sobre las señales lumínicas que tasajeaban esta o aquella avenida del futuro, a esa hora no tan desiertas como desertadas en off y online.

Por milésima y única vez, yo solamente intentaba mostrarle dentro de cada noche otra noche mayor. Como si Ipatría no las conociese mejor que yo. Antes que yo. Como si Ipatría no hubiera sido desde siempre una de esas trasnochadas criaturas sobrevivientes de la Zona 666 de Alamar: sobremurientes del posdesarrollo. Como si Ipatría fuera Ipatría en definitiva, en lugar de aquella palabra inventada, donde cada noche cobraba cuerpo la tan íntima fonía de nuestro desconocido amor.

## 9

Cuando reaparecía por fin el perfil hipercúbico de su doceplantas, el abrazo de Ipatría se hacía un poco más fuerte y frágil. Nos estremecíamos de sólo pensarlo. Y ninguna noche perdimos la enfermiza esperanza de que una de esas noches el edificio ya no estuviera allí. Un terremoto, un meteorito diamagnético, un láser po-

lifractal: cualquier trauma social nos parecía preferible antes que retornar otra vez allí.

Atravesando los sembradíos exuberantes que rodeaban su monolito de concreto y cristal, Ipatria y yo comenzábamos entonces a retardar nuestra llegada a la meta, trazando círculos concéntricos cada vez más cerrados, como escualos en una espiral centrífuga que sin embargo tendía al centro, hasta descubriarnos de nuevo en el eje muerto de aquella mole preindustrial.

Entonces Ipatria se robaba una flor de su jardín colectivo. Altifolias, kimilsungias o giralunas, para mí el deleite era igual: un delito peligroso y tierno, contrabando ilegal de pétalos recurrentemente blancos, señuelo de nieve para exterminar a los insectos noctámbulos de la polinización. Incluidos acaso nosotros dos: acoso imposible de verificar.

Ipatria disimulaba su flor en un bolsillo interno de mi sobretodo, y yo imitaba un «gracias» moviendo los labios pero sin usar la voz. Ahora tornábamos a ser cómplices de aquel disparate delincuencial. Y esta osadía estúpida, este hurto en público que podía delatar todo nuestro ritual, era quizás lo más excitante de cada una de aquellas noches sin noche. Más excitante que la inundación de nuestros cuerpos desnudos primero y, después, más exitosa que la visión fantasma a la orilla tangente del mar.

En veinticuatro horas mi flor blanca estaría muerta, por supuesto, hielo sucio derretido en una gaveta, en simetría de espejo con las flores eléctricas que cada noche yo le compraba a Ipatria, jugueticos ridículos y candorosos por sólo diecinueve américos y cincuentinueve centavos: el precio estándar de la ilusión.

En veinticuatro horas lo más probable es que ninguno de los dos reapareciera: ni en la próxima ni en ninguna

otra noche más. De suerte que era preferible esperar. Y, de ser posible, esperar olvidando el hecho de que, en veinticuatro horas, lo más probable es que ninguno de los dos reapareciera: ni en la próxima ni en ninguna otra noche más.

Hasta el propio lenguaje se nos ciclaba entre las manos. Y nos reciclaba a nosotros también. Laberinto sin paredes ni mapa, ilógica topología de una ilación: islas dentro de otras islas dentro de una isla mayor. Lo cierto es que ahora no tiene caso pretender una continuidad allí donde todo no era sino fractura fractal: la repentina fricción de una repetitiva ficción.

## 10

Y el resto es tan simple que apenas fue.

Diplomáticas frases de adiós en un lobby fósil de la paleohistoria arquitectónica de este país. O planeta. Unas noches con el nerviosismo de que alguna contralinstancia bloqueara nuestra doble conspiración. Otras, con la certeza de ser invisibles mientras sólo oyéramos nuestro incierto concierto de dos. Ipatría, telaraña tupida, ira voraz de silencio y desmayos. Yo, electrón tan analógico, girando sin spin ni referencia a las manecillas de ningún reloj. Retos de una retórica rota que en definitiva se nos retorció.

El resto era un cortés, casi cortante, apretón de manos. Y esa era toda nuestra contraseña antes de yo huir por las escaleras rodantes de la Zona 666: túnel ciego por donde descender y tomar de vuelta el último metro Alamar-Habana, con su recorrido tonto y feliz casi a ras de tierra, salvo un par de segundos bajo la bahía, hasta desembocar en la gara subterránea de la Plaza de la Revolución.

El resto era llegar a mi condomio con la expresión de quien trabaja heroicamente hasta muy tarde o recién ha

salido de un centro de urgencia urbana. A veces tosiendo, a veces cojeando, a veces con ganas de gritar una obscenidad: de hacer trizas mi vocabulario y ser detenido por los peritos de Linguapol, acusado de practicar alguna variante nueva del vocabulario. Pero nunca intentar nada era nuestra garantía de volvernos a ver, Ipatría y yo, más allá de toda anestesia o simulacro de nostalgia y dolor.

El resto era entonces disimular los cientos y cientos de flores cadáveres, con sus miles y miles de pétalos como hojas de papel en blanco: material estratégico de la reserva de guerra en tiempos de paz. Así creíamos exorcizar cualquier delación espontánea, antes de dormirnos o pretendernos dormir. Ipatría, catatónica en su apartamento mínimo y mortecino; yo, revolviéndome entre palabras con hache en una habitación de mi hostel.

Y así y así y así, durante meses o siglos o milenios de una gran noche dentro de ninguna otra noche mayor: sin transparencia, superposición, paradoja o contradicción. Y así y así y así, hasta repetir el ciclo entero veinticuatro horas después, tras un amorfo día de trabajo en estas o aquellas oficinas de una cómoda ministerialidad, a cambio de un salario de alto nivel que, a Ipatría y a mí, nos permitía incluso el lucro de cada noche volvernos a ver.

Supongo que no se comprenda ni media palabra. Aún.

Y es lógico. A estas alturas ya no tiene sentido contarle a nadie la otra mitad. Incluso hoy no me explico por qué Ipatría y yo nos empeñábamos entonces en sospechar, embistiendo casi de frente a aquella tragedia que durante noches y noches de reojo nos esquivó.

Nada. Hay historias así: sin histología. Que al provocar un cortocircuito fulminante con su propia historia ya no necesitan reinventar lo real. En fin. Tal vez ésta sea ahora la otra mitad.

# NECESIDAD DE UNA GUERRA CIVIL

## 1

Bastardo. Bestia. Binoculares. Binomio. Bochorno. Borrasca. Broma. Bromuro. Borra. Brisa. Bruma. Bramar. Bronca. Báscula. Bártulo. Báculo. Vecindad. Viento. Veneno. Vino. Vernáculo. Velocidad. Venéreo. Brillante. Vello. Verdad. Breve. Brebaje. Vital. Vitral. Virus. Víctima. Victimario. Vómito. Victoria. Vil. Violación.

En verdad, sospecho que mi padre se ha vuelto loco.

O cuando menos se ha convertido en un diccionario al azar.

## 2

Padre salió en el noticiero estelar de la 3D-visión. Vestía de traje y corbata, y usaba un gentil bigotico alón. Parecía un héroe de Hollywood en 1942, acaso un espía falso de la posguerra mundial.

Padre rió ante las cámaras de la 3D-visión. En medio siglo, en casa nunca antes lo habíamos visto reír. De pronto arrugó su papelería de noticias y comunicados. Los amasó como si se tratara de una bola de nieve o tal vez una hogaza de pan. Entonces se inclinó otra vez sobre los micrófonos y por fin pudo recuperar la voz:

—Díscolo. Dédalo. Demoniacó. Demolición. Dado. Duda. Disonancia. Desinencia. Dos. Día. Diablo. Disidente. Diente. Demencia. Demérito. Dar. Don. Dinero. Domingo. Dominó. Dominio. Doblegar. Déspota. Doblón. Determinismo. Detonación. Detención. Diálisis. Diáspora. Defenestración. Defecto. Defección. Déficit. Defecación. Dolly. Di. Dios.



Y en este punto de su discurso la transmisión se cortó. Sólo llovizna y rayas y un agudo pitido ensordecedor.

Imágenes de relleno primero (un musical editado en provincia); después el escudo oficial con las siglas de la 3D-visión. Nada más. Eso fue todo lo que quedó de mi padre tras medio siglo de locución. Loco, locuaz. Y ni siquiera media diplomática palabra de adiós.

Definitivamente, mi padre se está portando muy extraño para sobrevivir en esta época y lugar.

—Seamos condescendientes con él, madre —dije, aunque yo lo odiara desde el inicio.

En definitiva, hasta el odio se llega a extrañar.

### 3

Mentira. Mierda. Miedo. Miércoles. Metamorfosis. Mata. Metafísica. Mutar. Mosca. Mezquita. Música. Mulo. Malo. Meloso. Macho. Mecha. Mancha. Mendicidad. Muérdago. Murciélagos. Microscopía. Militancia. Médico. Mil. Mina. Minoría. Mueca. Mucama. Mucho. Musgo. Máscara. Misterio. Mente. Menta. Ministerio. Manto. Maternidad.

Entonces mi madre hizo crac y comenzó a llorar. Buh, buh.

Sentada en solitario sobre el sofá, la vi soplar los mocos y beber sus lágrimas. Por un instante, pensé pensar en ella como si fuera mi madre y no la palabra *madre*:

—Pobre de tu padre, hijo —repetía, inconsolable—. Hacía ya medio siglo que se sentía muy mal.

—¡Basta! —le respondí.

Sus lloriqueos no me dejaban concentrarme en lo caricaturesco de nuestra emergencia pasada en vivo por la 3D-visión.

En fin. Sospecho que una de estas noches, como de costumbre, me pedirá edípicamente que yo la vuelva a abrazar.

#### 4

Pinga. Prosa. Prisa. Procaz. Proclama. Presa. Prostíbulo. Perdición. Policía. Política. Péndulo. Perro. Pena. Paranoico. Pánico. Pendenciero. Pendejo. Pináculo. Payaso. Parlamento. Prohibición. Paz. Pez. Pis. Próximo. Paso. Pose. Peso. Programación. Pomo. Porno. Pogrom. Parto. Papagayo. Papaya. Piyama. Pum.

Y pasada la medianoche: \*

—Tun tún.

—¿Quién es? —mi madre y yo al unísono.

—¡Abranme la puerta o la tapa de los sesos, por favor!

Era mi padre allá afuera. En otra de sus crisis mitad laborales y mitad suicidas.

Abrimos. Horror.

Papá venía descalzo, en calzoncillos de pata. Con la oreja izquierda en la mano derecha, como quien muestra un trofeo deportivo o su documento de identificación personal. Lucía mucho más joven de lo que no era, y recitaba de memoria el primer artículo de la constitución:

[CENSURADO SEGÚN EL ARTÍCULO 1 DE LA CONSTITUCIÓN: 1.— NO INVOCARÁS EN VANO EL ARTÍCULO 1 DE ESTA CONSTITUCIÓN.]

Mi madre alzó las manos al techo. O al cielo. Rodó fuera del sofá y se arrodilló, rezando, arrepentida de todo y a todos pidiendo perdón.

Ya era demasiado para mi estómago. Fui hasta el 3D-visor y comencé a vomitar. Adentro.

Entonces volvieron la llovizna y las rayas y el agudo pitido ensordecedor. Aunque, hasta donde pude fijarme, el aparato permanecía con su única tecla en OFF.

Mi padre pasó a la sala y se dejó caer de bruces sobre el sofá. Madre finalmente se desmayó. Y en la pantalla en blanco y negro apareció de la nada otro locutor, limpiando mi vómito de su traje y corbata, a la par que se alisaba con dos dedos su gentil bigotico alón.

Se parecía a mi padre en la remota noche de su estreno como locutor (Hollywood, 1942). Y parecía estar narrando las noticias sobrantes de alguno de los noticieros de la posguerra mundial.

Hablaba de héroes falsos y de cierto lamentable altercado civil.

## 5

Tul. Tullido. Tramoya. Tara. Tácito. Techo. Tártara. Tortura. Tibia. Tuétano. Tarado. Tétano. Toxina. Trizas. Trozos. Tensión. Trazos. Trazas. Torsión. Taxidermia. Termómetro. Termita. Tabulación. Terco. Terreno. Terror. Te. Tilo. Tesis. Tumefacción. Tradicional. Trampa. Trompada. Traducción. Tentación. Tecnología. Traición.

Sospecho que esta noche en familia no será nada entretenido sentarse a consumir noticias, los tres de cara al escudo oficial con las tristes siglas de la 3D-visión.

Nos ahogamos de aburrimiento. Y ninguna agencia reporta nada sobre la presunta firma de un pacto bélico que consolide para siempre nuestro estado de paz.

## 6

Mi padre se paró y penetró en la casa, dando tumbos por el pasillo. Con él arrastró al sofá, sobre el que recién yo había colocado a la palabra *madre*. Muerta o algo por el estilo. Y, tras la carrocita fúnebre improvisada, el que iba empujando era yo.

Llegamos a su cuarto. Entramos. Oí a mi padre cerrar la puerta a nuestras espaldas. Apenas cabíamos allí. En medio siglo de convivencia, nunca habíamos reparado en lo reducido que era su espacio. Ojalá no la haya pasado tan mal.

Veo a mi padre ordenar su colección de diccionarios y revólveres cargados. Es muy meticuloso: toda una vida de experiencia, casi desde que nació. Lo veo sacar un lápiz de la gaveta, también colocar allí dentro su oreja devenida trofeo o documento de identificación. Veo una libreta gorda que dice por fuera COPIA DE LA CONSTITUCIÓN. Y entonces lo veo hojearla despacio, con la mirada en blanco, extraviada en el blanco todavía más puro de aquel papel.

Es una señal inequívoca de que mi padre pretende escribir. De hecho, así lo está haciendo ya. Como siempre, con un vocabulario opresivo por la demasiada repetición del grafito romo del lápiz:

Ósculo. Oscuro. Obtuso. Orate. Ominoso. Obceca-  
ción. Odio. Oreja. Océano. Óseo. Hospital. Hombro.  
Homónimo. Honra. Hostil. Hostal. Homagno. Ona-  
nismo. Oficial. Oficina. Ofidio. Hocico. Óxido. Ojiva.  
Ovario. Ovación. Ojo. Hoja. Holocausto. Hogar. Ogro.  
Hospicio. Orfelinato. Oposición. Horror. Hoz. Oh.

## 7

Sobre la necesidad de una guerra civil. Sobre la necesi-  
dad de la conquista de la 3D-visión. Sobre la necesidad  
de arrebatarle la oreja a mi padre y cargar con ella uno  
de sus revólveres y dispararle a la sien. Sobre la necesi-  
dad de los acuerdos de paz para que no aborte la guerra.  
Sobre la necedad de la necesidad.

Ha pasado el tiempo. La desmemoria pesa, incluso  
a destiempo. Mis padres roncan la pesadilla de los justos,

cada cual en su propio cuarto. Cuesta creerlo, pero es así. Son un par de sobrevivientes, egresados de esa escuela eterna de sobremurientes que, tarde o temprano, a todos nos va a graduar.

Los tres estamos condenados a persistir: mártires gagos de la enunciación y ciber-prodigios de la mera enumeración. Aunque ya sospecho que el peligro tampoco es tanto. El horror bien podría ser sólo un horror. Por ahora, basta con evitar el contratiempo de invocar en vano el artículo 1 de la constitución, incluso de la copia en blanco en poder de mi padre. Por ahora basta con no involucrarse en ningún subversivo golpe de diccionario, incluso cuando se trate de un efecto al azar del tipo:

Abismo. Abulia. Acéfalo. Anomia. Animal. Anemia. Anagnórisis. Apatía. Angustia. Apenas. Artefacto. Artículo. Artero. Adicción. Abdicación. Ahíto. Ahora. Aherrojar. Agobio. Ademán. Alevoso. Alfabeto. Asesino. Atmósfera. Asfixia. ADN. Antes. Afta. Adónde. Asta. Amor. Amnesia. Anestesia. Abierta. Al. Azar. Ah.

## LUGAR LLAMADO LILÍ

### 1

Yo empujaba mi coche. A mano, a pie: cuando las bujías se emperran, es mejor no insistir. Hay que saltar del asiento al asfalto, y el resto ya depende de tus pulmones y de la fuerza de gravedad, según el lomerío del barrio en que te quedes botado. En este caso, a cinco o seis cuerdas de mi casa. No más. Pudo haber sido peor (de esto no estoy muy seguro ahora), pues yo venía manejando desde Alamar, al otro lado de la bahía y el túnel, y puede incluso que al otro lado de lo real.

Así que mi tragedia parecía más bien sencilla. Yo empujaba mi coche, a mitad de madrugada, y ella empujaba el suyo: ella, la niña que apareció en sentido contrario al mío, empujando su cochecito sobre la acera, a mitad de madrugada también. Como si le costara un esfuerzo sobrehumano para la hora y la edad. ¿Y cuál sería la hora, por cierto? ¿Y cuál podría ser entonces su edad: la de aquella niña noctámbula que apareció para cruzarse en mi insomnio como una pesadilla de la que todavía no logro despertar?

Aunque resulte increíble, ella no hacía más que repetir su recorrido habitual: una suerte de rito, donde la bebé de carne empujaba a duras penas a una bebé de plástico, o de algún polímero sin fórmula química que yo supiera nombrar. En efecto, dentro de su coche roncaba sonoramente una de esas muñecas que han invadido las tiendas de medio país: mujercitas semiautomáticas de importación, con voz y pasitos de robot, barbis repatriadas con leche en el biberón y a veces hasta en sus pechitos de sílica-gel. Vi a la niña consultar su reloj y no me dio tiempo ni de preguntarle la hora:

—Son las tres y cuarto —detuvo su trasnochado paseo—. Señor, ¿usted cree que una de estas noches ya nunca amanecerá?

Hice una pausa. Respiré hondo. Descansé las manos sobre el maletero de mi Impala cola-de-pato: un cohete con alas pero sin motor de arranque para echar a volar. Su lenguaje era el de una alumna sumisa, mas su tono coqueto tenía las inflexiones de una mujer. ¿A quién de las dos responderle ahora: muñeca o mujer?

—Te lo explico según tu edad —me rasqué la calva para ubicarme mínimamente en la situación.

—Por favor, no me trate como a una bebé —protestó ella—. Tengo siete años pero, como ve, también he sido mamá. Y no una, sino muchas veces mamá. Miles de veces mamá. De hecho, millones de veces mamá —y se acarició la batica con orgullo de cheer-leader local—. Le repito, señor, es muy importante saberlo a tiempo: ¿usted cree en esos que dicen que una de estas noches ya nunca amanecerá?

Temblé. Tenía ante mí la tozuda insistencia de una niña o monstruo o mujer, de ser posible una distinción. Le miré al rostro en detalle: era bello, en realidad. Mucho. No del todo maduro, mas ya con los rasgos típicos de un ser sexual: género F, una hembra. De manera que simulé encontrarme en absoluto control. No quería ni pensar qué sucedería si me descubriese algún vecino del barrio. O peor: un policía de ronda. O todavía peor: algún vecino con vocación de policía de ronda. ¡Solos en alta noche y nada menos que con una menor!

—¿Eso dicen? —fingí sorpresa—. ¿Quiénes lo dicen?

Ella al parecer se ofendió. Sus cejas arqueadas la delataban al borde mismo de la indignación, como aquella mueca despreciativa en su boca: unos labios carnosos



sobremarcados de rojo punzó, el mismo color de los labios sintéticos de su nené.

—¿Cómo quiénes, señor? —gesticulando como un tribuno que no alcanza aún al micrófono—. Ellos, ¿no se da cuenta? ¡Ellos! Los que se sientan en masa en el parquecito del paradero. Los que cantan salves y glorias y aleluyas y avemarías. Los que anuncian una nueva luz y un avivamiento. Los que me han asegurado que primero vendrá una noche sin fin para este país. Por favor, no se haga usted de rogar y dígame: ¿no le parece esto, cuando menos, una flagrante contradicción?

Recliné la cabeza contra el maletero. Sentí su fría lata importada a La Habana medio siglo o acaso medio milenio atrás: una aleación eterna. Recuerdo alguna vez haber pedido ser enterrado dentro de mi Impala 59, en una mala época en que me dio por asegurar a diestra y siniestra que, más temprano que tarde, en su cabina yo me iba a matar: bravuconerías baratas de cuando uno es demasiado joven y borracho y despechado por una rubia de rabia que se hacía llamar Lili y que, para colmo, cantaba para los niños en la TV nacional.

—No les hagas caso a esos fanáticos: son como niños malos que se entretienen jugando al buen dios —intenté una ironía, y levanté la vista del maletero para comprobar si todo no habría sido una alucinación.

La niña madre calló. Durante largos segundos pude oír su silencio sobre el ronquido musical de la otra muñeca. Entonces los ejes del cochecito comenzaron a rechinar: *fuiii-fuiii*, y la vi alejarse en sentido contrario al mío. Tal vez se había hartado de mí. De mi ignorancia al punto de la ridiculez. Pensé que ella podría ser una niña genial o una enana caprichosa, o quizás al revés, pero nuestra historia no merecía quedarse allí, bajo aquel spotlight hepático de

Vía Blanca: el único poste con luz de la avenida y tal vez de todo el país. De pronto temí quedarme solo a mitad de noche: la madrugada hueca de Palatino, La Habana, América. Temí que algo pudiera pasarle a ella, y que algo que no fuera ella no me volviera a pasar a mí. No sé si me logro explicar. Lo cierto es que comencé a alejarme, yo también, en sentido contrario al mío, hasta darle alcance sobre la acera.

De entrada no me atreví a tocarla. Sólo le hablé. Pronuncié varias veces la palabra «disculpa», caminando a medio metro de la menor, aunque nunca le dejé saber disculpas de qué y por qué. Yo tampoco lo sabía. Ni lo sé ahora, por cierto. Por su parte, ella le restó importancia a mi exabrupto y a mi confesión:

—Por favor, no se quede atrás —me advirtió sin volver la cabeza—. Señor, esta parte es muy oscura y no quisiera que algo le pase ahora a usted.

Sonó a amenaza. ¿Cómo iba a seguirla sin más ni más? ¿Y mi Impala 59?

—¿Y mi Impala 59? —soné perfectamente estúpido al pedirle consejo a ella.

—Ya usted no lo necesitará —sonaba muy convencida—. Serán cinco o seis cuadradas, se lo prometo. Es mejor que nos acompañe hasta allí.

Sonaba a arresto esta vez. Fue entonces que me percaté de que ella y su progenie se parecían bastante. Y recordé por inercia la fábrica abandonada de muñecas de plástico, no muy lejos de aquella esquina: entre el paradero y el acueducto. Y sentí un frío de pánico sobre mi nuca, pues hacía varias décadas que nadie entraba ni salía de allí: se sobreentendía que, a estas alturas del siglo XXI, ya nadie necesitaba juguetes para sobrevivir.

¿Qué otra cosa podía yo hacer? De manera que la seguí. Y, por supuesto, en este punto no me arrepiento.

Igual la hubiera seguido hasta el final de la noche de ser necesario, sosegándome los nervios entre el *fuiii-fuiii* de los ejes y el *fuac-fuac* de mis botas, que esquivaban a duras penas la hidráulica desbordada de baches y alcantarillas. Porque recién había llovido (de hecho, ya otra vez lloviznaba) y los ríos albañales de la ciudad trataban de impedir nuestro viaje a dúo o acaso doble visión.

## 2

La luna era un agujero blanco sobre nuestras siluetas en contraluz. La de ella, con siete años perfectamente afilados por la tijera de su blablablá. La mía, de cincuenta rasgados a mano por mi excesivo titubeo y elucubración.

—Señor, yo amo la luna. ¿Y usted?

Tras dejar atrás la Vía Blanca, esa noche más oscura que de costumbre, doblamos por un callejón abierto entre el marabú y los tanques de basura, una cuadra antes de salir a Santa Catalina. Rápidas nubecillas rojizas corrían a muy poca altura, bajo el telón cóncavo de la madrugada. La llovizna presente permitía oler el aguacero futuro. Los instintos se me aguzaban en un deplorable estado de excitación.

—Señor, yo amo la lluvia. ¿Y usted?

A cien metros de distancia, por ejemplo, y sin ninguna visibilidad, yo podía distinguir entonces el frufrú de los carros por Santa Catalina. De pronto, hubo un chirrido escalofriante y después un sonido seco: un crouch de guitarra eléctrica sin baterías. A los pocos pasos, me crispó el ulular de una sirena. Una ambulancia, los bomberos, la policía: ¿accidente o fatalidad? Igual ella me tomó de la mano y me la apretó con la fuerza de un aparato mecánico, de una prensa o un torno que quisiera imprimirme forma: su forma.

No me resistí, ni tampoco demostré asombro o dolor. De hecho, no estoy seguro de haber sentido sus dedos. La rareza me entumecía, a pesar de poner de punta a mis cinco, cinco mil o cinco millones de sentidos. Me di cuenta de que avanzábamos como una vieja pareja de vuelta al barrio tras una noche de tedio social.

—No tengas miedo —le dije, más pedante que paternal—. Nada malo nos ocurrirá.

—Todos dicen lo mismo, pero es incierto —me cortó ella, cortés—. Señor, al final siempre algo se nos ocurrirá: no me engañe ni se engañe tampoco usted.

En este punto sentí deseos de auparla. De taparle la boca de un manotazo. A ella y a la que roncaba en su coche. Darles una nalgaña a cada una y someterlas a mi voluntad: «¡a dormir, coño, que ya es muy tarde para tanta cháchara!» O, llegado el caso, como en un cruel juego de roles, fungir de verdugo y echarlas a ambas en algún tanque rebosante de gatos y de basura: únicos sobrevivientes de aquel paisaje lunar.

—¡Es aquí, ya llegamos! —señaló con su mano libre—. Gracias, ¡puede pasar!

Nos detuvimos. Miré. La arquitectura era un casco: una mole venida a nada, como los restos de un naufragio ocurrido en otro tipo de realidad. Era un residuo fabril de la etapa posproletaria del barrio: un edificio art-decó más allá de cualquier posible arreglo o demolición. Un equilibrio imposible, un colofón. Bajo la luz cenital de la luna, las alambradas que lo rodeaban tejían una espinosa tela que se proyectaba, acera afuera, casi al nivel del contén. Nos detuvimos en la cuneta, enchumbados por el goteo de la llovizna: chinchín de agujas que me estimulaban los nervios.

—Señor, no alcanzo —me haló—. Ayúdeme a saltar la cerca, por favor —y alzó los bracitos y con ellos también su bata de parturienta.

Entonces le vi los blumers, casi transparentes o del color de su piel. Sin nada que contrastara debajo. Ni por la forma. Ni el color. Ni el olor. Justo como en las muñecas sintéticas. O sintácticas, ya no sé: territorio en blanco de mi lenguaje, borrado por lo que pasó. O no tanto. Y acaté su orden de meterla dentro de aquel lugar. De meternos, incluido de pronto yo.

Miré hacia afuera por última vez. Respiré el aire libre de aquel barrio, ciudad y país: a esa hora difuminados en un sólo vaho. La lluvia desplazó por fin a la llovizna y la luna se escondió tras una gasa rojiza, algodón sanguinolento que todo lo coloreó. Hacía frialdad. Intuí que el peligro se condensaba en la púa oxidada de los alambres, pero ya era muy tarde para reaccionar. Sentí una opresión en el pecho: un peso muerto a ras de esternón. Como un augurio. Literalmente, una corazonada: pura reacción muscular.

Pensé en mi Impala 59, en sus puertas y ventanillas abiertas de par en par, abandonado a la buena suerte de los rateritos del barrio. Pensé en Lilí, entre cómica y sádica, cantando para los niños en la TV nacional de veinte o veinte mil años atrás. Lilí, rubia de rabia hasta la demencia, usando vestiditos cada vez más osados, con los que después de filmar nos metíamos en cualquier posada para hacer el amor: dos cuerpos locos, eso éramos hasta que se aburrió. Lilí desnuda, cabalgando sobre mí y repitiendo las mismas letras de aquellas tontas canciones, usando ahora a mi cuerpo como un micrófono a punto de reventar en feedback. Y recordé entonces a esta otra niña de ahora, que tal vez hubiera visto alguno de

aquellos *Shows de Lili*, tratándome todo el tiempo de «señor» y de «por favor» y de «usted».

Me ajusté el pitusa a la altura de la entrepierna y me dispuse a cargarla: a complacer su deseo de que penetráramos allí, fuera fábrica o funeraria. Su cochecito se desbordaba de lluvia, como un inodoro, y la muñeca de importación seguía roncando pero haciendo burbujas: *glu-glu-glu*. Agarré por el talle a mi niña madre y sentí el elástico de su ropa interior. Estaba húmeda y se me resbalaba. Yo tenía que ser cuidadoso. Mucho. Así que la trabé mejor, mis dedos clavados tan hondo como pude dentro de su piel. La alcé por el aire y le dije:

—Vamos —y la lancé sobre la cerquita de espinas.

Cayó bien. El colchón de hierba guinea que crecía al otro lado la protegió. Enseguida se incorporó, muy contenta, y no pareció reparar en que yo dejaba atrás a su coche con su cadáver bebé. Entonces yo también me volé la cerca, aunque no tan alto como traté, pues largué muchas tiras de piel sobre los pelos de púa de la alambrada.

El descalabro ni siquiera me llamó la atención. Un imán me halaba tras ella y, si algo recuerdo nítidamente en medio de aquella niebla, es la total imposibilidad de asumir el dolor. El deseo me hacía sentir mitad inmune y mitad inmortal. Me sentía muy vivo y por eso mismo no me importaba sobrevivir.

### 3

Avanzamos unos metros hasta guarecernos bajo el alero. La puerta principal estaba cerrada con un candado estilo colonial, pero los vitrales que la enmarcaban no tenían ni un vidrio sano. Así que entramos al lobby como si de verdad regresáramos al hogar después de un largo viaje desde otra época.

Las astillas crepitaron bajo nuestros pies: crich-crach. Bajo mis botas, en realidad, pues al mirar los de ella caí en la cuenta de que iba descalza. Aunque no se cortaba. O de sus heridas no brotaba la sangre. O a los siete años la sangre es de una tonalidad invisible para la hora y mi edad. Mejor así: el color de la sangre diluida siempre me da arqueadas.

Por las paredes del lobby se filtraban las consecuencias del aguacero. El resplandor de la luna ausente rebotaba del piso al techo por las paredes y, en una de ellas, vi uno de esos murales típicos del siglo XX. Una epopeya de leyendas urbanas y guerrilleras, verdadero memorándum contra la necia amnesia del XXI.

Quedé hechizado con aquella obra maestra del irrealismo social: era fascinante. Allí, algún obrero del arte había reunido chimeneas ecológicas de humo verde, ríos de leche pasteurizada, pirámides fraguadas con hojas de tabaco y caña, bosques intraurbanos y ciudades intraforestales, cielos bíblicos del posproletariado mundial, enormes manazas protectoras pero inflexibles: como las manos callosas de dios o acaso las del administrador general. Y también había flores rojas, desteñidas a rosa por el peso del tiempo y la humedad, y una manifestación popular con los brazos en alto: entre el júbilo y la rendición. Y, en lugar de sol, vi una estrella con sus cinco puntas afiladas en forma de lápiz labial.

Estaba, además, la risa de una mujer de dentición perfectamente podrida por un desconchado de la pared: en su espalda un fusil de calamina y en su pecho un bebé, al parecer de plástico o de algún polímero ya en desuso. Noté que su rostro era idéntico al de la niña madre a mi lado y al de su bebé fallecida allá afuera. Reparé entonces en los trenes, barcos, aviones, cohetes y demás



medios de transportación (con la excepción de, por supuesto, mi Impala 59 y el cochecito inundado). Y toda esta babel anónima rematada por un cartel donde aún podía inferirse: «Fábrica d Mñecas Lili: Establcmnto 007, Reynald Aulet Rdríguez dl Rey». Por mi parte, intenté no hacerle caso a las dos sílabas especulares de aquella palabra: Li-lí.

Al final, seguimos hacia dentro por el pasillo. Cada vez yo veía peor. Tendría las pupilas contraídas, no sé. Como las de un tigre en raptó por el delirio de una madrugada rapaz: sexo y combate, alarido y fuga, amor y criminalidad, plenilunio y llovizna, parto, Palatino, lluvia, La Habana, aguacero, América y una moral de mural. De manera que para orientarme me bastaba apenas con su respiración, la que olía remotamente a acetona. Aquel aliento orgánico delataba a mi niña. Por más que ella pretendiera estar en control, la bioquímica de sus nervios anunciaba que ambos estábamos igual: excitados de remate.

Surgió una escalera súbita, de caracol, y por ella subimos girando a la izquierda. Lo que vi arriba escapa a toda posibilidad de enumeración y tal vez incluso de enunciación. En ocasiones, las palabras no alcanzan: son demasiado lineales para tanta impaciencia y tanta simultaneidad. Me arrodillé, junté las manos, aunque no creo en dios ni siquiera en la carencia de dios: la portañuela de mi pitusa queriéndose reventar con cada invocación inventada. Yo había hecho crac, como al inicio el motor de mi carro: alguna bujía o resistencia interna se me fundió. Ya no me quedaba aire ni para contar. Creo que todavía ahora me falta. Es algo que, supongo, de palabra en palabra y de silencio en silencio, enseguida todo el mundo lo notará.

La planta alta era un taller de máquinas importadas medio siglo o tal vez medio milenio atrás. Hierros desven-  
cijados como muebles fuera de uso, pero funcionales:  
monstruos antediluvianos, entre ronroneantes y a me-  
dio agonizar. Parecían mogotes, tanques de guerra emer-  
gidos del fondo de la madrugada o del mar. Parecían cú-  
pulas de reactores nucleares, a la vez que observatorios  
del espacio estelar. Parecía una exhibición de ataúdes:  
una feria fúnebre, un mausoleo. Y volví a sentir el mismo  
pánico de quedarme solo a mitad de calle. Es evidente  
que todavía hoy no me consigo y acaso ya nunca me  
conseguiré explicar.

Entonces la busqué con mis ojos, máquina a máquina  
y rincón a rincón. No la vi. En efecto, ella me había sol-  
tado el brazo y yo era el ser más desolado de aquella fá-  
brica, barriada, ciudad y país: todavía de rodillas, con mi  
pitusa parado y el zípper a punto de hacer explosión.  
Casi jadeando, con ganas de maldecir. De gemir de pá-  
nico o tal vez de placer y, con suerte, sin poder evitarlo  
aunque me lo propusiera, de estallar en un orgasmo dia-  
bólico contra la mezclilla y largarme al carajo de allí,  
antes de volverme loco, como era casi seguro que ya lo  
estaba, entre tantas visiones y tantas sílabas recuperando  
la fonía límite de li-lí.

Miré de nuevo y aún no la vi. Pasaron varios minutos  
o noches. Corrió una brisa de lluvia y el tufillo a acetona  
nuevamente la delató. Escudriñé en el sentido del vaho.  
Enfoqué por fin su silueta y la vi sentada sobre el cañón  
de un torno, que giraba peligrosamente cerca de sus mus-  
los de siete años. La aparición estaba desnuda, la pier-  
nas abiertas sin ningún blúmer ni batica de maternidad.  
En posición fetal, muñeca abandonada por su placenta

de plástico: en posición de matriushka sicópata que no le importó que se ahogara en la lluvia su supuesto bebé.

No pude más. Me paré. Le di un pequeño grito y cerré los ojos. La llamé por el nombre genérico del local: «¡Li-lí!», y la imagen de aquel otro icono rubio, con el micrófono clavado hasta la garganta, mientras canturreaba para los niños ante las cámaras de la TV, me puso nuevamente a rabiar. Así que me abrí la portañuela y metí una mano, pero justo en ese instante caí en la cuenta de que no la había abierto ni la estaba metiendo yo. Era ella, no sé bien cuál: en cualquier caso, Lilí. Tampoco supe si actuaba a distancia o directamente debajo de mí. La boca se me secó y comencé a salivar: una flagrante contradicción. Con la lengua saqué una baba tibia de mis pulmones: espuma blanca, natilla de alveolo, gelatina preseminal. Achiqué los ojos para forzar los detalles y entonces vi su cuerpo cabalgando a horcadas sobre el rotor, destrozándose la carne con las mil y una revoluciones del torno: silueta puta y sin sangre, deritiéndose en un despilfarro de aquellos costosísimos polímeros de importación.

Y ya todo me daba igual. Yo era una bestia abandonada a la intemperie bajo techo de la madrugada patria. Me saqué el pene y con la palma de mi mano derecha lo comencé a acelerar. Como si fuera un segundo rotor. Como quien dobla el timón o embraga la palanca de cambio de un Impala 59. Como si se tratara del eje asesino sobre el que estuvieran columpiándose ahora las dos: las dos embarradas de aceite grumoso o acetona volátil, voraz; las dos sin dejar nunca de centrifugar.

Lilí apoyó un pie sobre la barra en rotación y saltó como un proyectil desde su torno o trono hasta mí. Casi rozó el falso techo tatuado de filtraciones pluviales

o subterráneas. Lilí describió una parábola cóncava de varios metros, tal vez en cámara lenta, y cayó encajada, aunque ingrávida, justo encima de mí, izada por el otro eje que rotaba en mi vientre: Lilí se hizo bandera desesperada para que yo la hiciese batir.

La mujer me agarró por la nuca y la niña me levantó la barbilla. Hizo palanca entre mi cabeza y su entrepierna. Su cara tenía la fuerza infinita de tanta y tanta inexpressión: deseo blanco, obnubilado, desierto. Placer instantáneo en sus dos acepciones: algo que ocurriría de inmediato y duraría justo eso, un instante. Así que me vertí dentro de ella sin ninguna prisa: un derrame largo y sosegado, delicioso y obtuso, de la viscosidad del plástico chorreado por el calor. Un flujo constante y sereno de treinta y siete grados, la temperatura del cuerpo humano ya a punto de la infección. Una marea que manaba desde mi cerebelo, vaciándose a lo largo y estrecho de mi columna, hasta botarse finalmente a presión por la punta roma de mi sexo clavado en Lilí.

Duraba. Y duraba. Y duraba. Temí que nunca terminara de verterse aquel licor placentero y mortal: que se diluyeran una a una mis vísceras y, al final del orgasmo, Lilí tuviera en su mirada el fulgor de la muerte. En este punto, un rayo de luna le dio de frente en la cara y acaso de puro milagro tomé una decisión: la primera verdaderamente mía en la noche, y tal vez en los cincuenta años de noches que sumaban mi vida.

No sé. Me sentí débil, anhidro. Flácido. Me resecaba por dentro, y supe que al tono de mis músculos le quedaba una última oportunidad para actuar. Y ciertamente yo la iba a usar: aún sin saber cómo ni cuándo ni por qué no debía dejarla a ella protagonizar. Entonces Lilí cortó de un topetazo el péndulo de sus caderas y el rostro le

cambió de inexpressión: se convirtió en un tribuno, y su discurso polimérico remplazó nuestra cadena de acciones y en este punto, con un escalofrío de fiebre, se detuvo por fin la nieve amorfa de mi eterna eyaculación. Al parecer, para ella ya había sido suficiente fecundación.

En su arenga Lilí me dijo de todo, pronunciando con tanta pasión y tantos «usted» y «por favor» y «señor», que a ratos me deslumbró. Habló del bien y del mal, del blanco sol y de la blancura lunar, del mediodía estéril y de la noche fértil. Armó tantas historias patrias como a ella le vino en gana, contadas desde y para los títeres: fueran muñecas de tela o de biscuit o de guata o de yagua o de muelles o de cartón o de cuerda o de bagazo o eléctricas o de plástico de importación. Chilló que sin esa muñequería de cuerpos ya no habría barrio, ciudad, ni nación. Y en mis oídos retumbó el eco de una ovación llegada de ninguna parte, que parecía aprobar por unanimidad su chillido.

Lilí me relató otras noches de sexo y combate ocurridas allí: alaridos de los recién nacidos y fugas fallidas de sus estúpidos padres. Estaba harta de su cansancio de madre y verdugo a la par: de tanto amor precario y tanta criminalidad seminal, pero no tenía otra opción. Miles y millones de descendientes confiaban en su vientre para salir a repoblar la nada allá afuera, aunque enseguida todos se mataban o se hacían matar: tan energúmenos como sus padres de carne y hueso. Lilí se lamentaba de tanto pleniunio y llovizna, de tantos partos y lluvia, tan sólo para procrear ese gran coro o mural donde coincidían, sin estorbarse, sin transparencia ni superposición, toda la desmemoria acumulada y toda la amnesia aún por recuperar.

Ni ella misma lograba separar una frase de otra, en medio de sus ráfagas de euforia y lamentación. Menos lo

lograría entonces yo: tumbado ahora de espaldas, viéndola gesticular sin mover las manitas ni tampoco la boca, arengando a nadie sobre la necesidad de generar aquel ejército alien de marionetas. Tal era su responsabilidad, parecía ser la conclusión de su demagogia: tal era su mito y su meta, su tarea y su tara. Y por eso yo estaba atrapado esa noche allí, donante voluntario de genes, en el espejismo de un taller en ruinas alguna vez llamado «Fábrica de Muñecas Lili: Establecimiento 007, Reynaldo Aulet Rodríguez del Rey».

—Ya falta poco, señor: ¡por favor, usted no tenga miedo al dolor! —me imploró o me impuso, aunque a estas alturas de nuestra historia me daba simétricamente igual: yo debía mostrar alguna reacción.

Me di cuenta de que ningún hombre había sobrevivido a sus partos o abortos, fueran reales o imaginados: no dejar testigos era su garantía para seguir repoblando los páramos de lo real, más allá de la fábrica y su alambrada de púas. Para mí, ya había sido suficiente espectáculo, supongo. Era ahora o nunca: yo o Lili, la loca locuaz o mi cordura sin cuerda, aquella puta de poliestireno o mis ganas de sobremorir pero quedando con vida.

Le agarré la cabeza y se la desenganché. Extraje su cuerpo de mi pene y removí sus extremidades sin articulación: ya había articulado suficiente retórica para la hora y mi edad. Lancé sus partes a diestra y siniestra por el salón, zigzagueando a ciegas entre los tornos hasta encontrar la escalera, y dejarme caer por el pasamano girando a la derecha esta vez. Huía de ella o de mí o no sé bien todavía de qué. Rebasé el mural sin mirar atrás, por terror de que fuera un espejo y ver mi cuerpo calcado allí, entre las masas mitad bíblicas y mitad industriales: condenadas al paraíso apocalíptico del posproletariado mundial.

Salí a la hierba rompiendo los restos del vitral. Del pánico, el vidrio ni me cortó. O, por lo menos, yo tampoco sangré. Me subí la ropa, los restos de la mezclilla aceitosa. Di un salto inverosímil para mis fuerzas y volé por encima de la cerca oxidada. Me asustó pensar que mis habilidades repentinas fueran las de un orate. Debía calmarme. Respirar. Tal vez ya estaba a punto de amanecer y todo pronto recobraría su embotado halo de normalidad.

Vi el cochecito en el fango. Seguí. Vi un callejón no tan desierto como desertado y por él seguí. Vi un mar de marabú y tanques plásticos rebosantes de gatos y de basura, y entre ellos también seguí. Vi el parquecito del paradero y lo atravesé decidido, de ser necesario para mi salvación, a cantar fanáticamente salves y glorias y aleluyas y avemarías, incluso anunciando una nueva luz y un avivamiento, tras una noche sin fin que no fuera en absoluto una flagrante contradicción. Yo huía de ella, supongo, incluyéndome en ella a mí.

Oí el frufrú de los carros por Santa Catalina y otro chirrido escalofriante y después seco: un crouch de guitarra eléctrica en medio del bostezante apagón, acorde rematado por el crispante ulular de una sirena. Una ambulancia, los bomberos: ¿accidente o fatalidad? En cualquier caso, estaba seguro de que en aquella escenita de barrio cualquier vecino o policía que apareciera ahora, me estaría cazando exclusivamente a mí.

## 5

Rápidas nubecillas rojizas corrían a muy poca altura, bajo el telón cóncavo de la madrugada. No pude distinguir si iría a llover o si era sólo otra amenaza: supongo que los instintos me respondían ya menos y el insomnio tocaba por fin a su fin.



Con un ramillete de periódicos pescado al vuelo me limpié la cara y los brazos: aún olían a acetona. Sentí asco, un hastío, también un poco de pena. Me subí el zípper y metí parte de los papeles en un bolsillo: más temprano que tarde a alguien se los tendría que enseñar como prueba de mi verdad.

Yo cojeaba un poco, recién lo notaba ahora. Doblé hacia abajo en la esquina y me fui acercando cautelosamente hasta la avenida. Pero ningún vecino del barrio me descubrió antes de salir a la Vía Blanca. Ni tampoco un policía de ronda. Ni siquiera algún vecino con vocación de policía de ronda. En definitiva, no creo que yo tuviera nada específico que ocultar: me bastaba con mi coartada coagulada por el horror.

Vi mi carro, allí estaba aún. Vandalizado, como es pertinente cuando se deja abierto un Impala '59 en medio de la noche local. Ni siquiera los rateros habían conseguido arrancarlo de su posición, bajo el único spotlight con luz entre tantos postes. Cuando las bujías se empernan, es mejor no insistir. Y, por supuesto, esos vándalos barrioterros no estarían dispuestos, como yo, a empujar sus dos toneladas de lata de importación: una aleación eterna que ha sido lo único sólido de toda mi extraña anécdota o ensoñación.

Me lo dejaron en el esqueleto: forros de asiento, chapas, antenas, pedales, paneles de vidrio, focos, alfombras, reproductora, cables, timón y palanca, ejes, gomas, cintillos metálicos, pegatinas, y hasta la muñequita Lili que siempre viajaba ahorcada donde antes estuviera el espejo retrovisor. Fue, en verdad, un trabajo perfecto. Una magnífica contradecoración. 1959-Impala-2000: sin revancha de mi parte pero sin ninguna revelación, *Rev In Peace*.

Me senté adentro, en el hierro desnudó, a esperar el alba o la autoridad, si es que en algún momento se decidían a hacer irrupción. Yo estaba en paz. Exhalé, como si esperar me costara un esfuerzo sobrehumano para la hora y mi edad. ¿Cuál hora sería, por cierto? ¿Y cuál podría ser en definitiva mi edad?

Nada, ninguna. Pensé en que, sílaba a sílaba y silencio a silencio, en algún recodo de esta historia sin histología, ojalá después yo me consiguiera explicar. Pero mientras más he intentado contarle luego, se me hace más evidente que es imposible. No sé. Supongo que hay experiencias que no merecen explicación.

## ISLA A MEDIODÍA

### 1

El camión se detuvo en Imías. Una carreterita de cal entre la blanca arena del desierto y la sal blanca del mar. Todo bajo el sol blanqueante de julio. Una luz roñosa que evaporaba las nubes tan pronto como se formaban, destiñéndolas sobre el telón óseo del cielo. Pregunté la hora y una niña me aseguró que recién eran las doce en punto del mediodía oriental.

—¡Hasta aquí llegamos...! —nos gritó el chofer. Y bajó.

Estábamos estupefactos. Pero igual bajamos tras él. El peor sitio del mundo era entonces el tejado de cinc fumante de aquel camión. Un ZIL ruso dado de baja de sucesivos ejércitos: de Moscú a Kandajar a La Habana a Imías a quién sabe qué pueblo más. Ahora simplemente funcionaba como transporte público interprovincial.

Era 1999 y nosotros íbamos hacia Maisí, desde la capital. Confiábamos en que Maisí no se pareciera en nada a aquel Imías, aunque las dos palabras luzcan como anagramas. A Maisí lo imaginábamos de color terracota: cota de tierra donde se acaba el país. Imías no sería eso jamás. Imías era blanco reconcentrado, acaso un kandinsky candente. Un puro iceberg de verano, con las gotas de sudor rodando gruesas desde nuestras cabezas. Como grasa o acaso leche cortada: una muy mala coartada para narrar nada allí.

Un oficial uniformado de blanco se nos acercó. Debía ser de la Marina de Guerra, no sé. Igual tenía el ceño fruncido por el fastidio o tal vez el odio: un odio sin rastro ni rostro hacia ninguno de nosotros en especial («los del piquetico ése que vienen de la capital», nos identificó).

Enseguida nos repartió a cada cual una hoja en blanco y señaló una larga banqueta pintada de cal. Hasta allí fuimos y nos sentamos, codo a codazo y machetín con mochila. A pleno sol de plomo. Entonces un segundo oficial vino hasta nosotros y repartió, uno por uno, unos finos bolígrafos plateados de importación (made in China, leímos). Al final de tan laboriosa faena nos indicó, por señas, que todo estaba en orden y que ya sólo debíamos guardar silencio y esperar.

Y lo guardamos. Y esperamos. Sudados y jadeantes: un poco nerviosos ante aquel trámite en la última jornada del viaje. El mediodía se dilataba, fuego vertical al blanco vivo. Pero nadie se atrevía a cuestionar nada. Las autoridades sabrían cómo y por qué ejecutaban semejante ritual. Además, siendo 1999, muchas cosas raras nos habían pasado a lo largo y estrecho de nuestro periplo, desde La Habana a Maisí.

La niña del reloj comenzó a llorar, con sus diez o nueve años desfigurados por el horror. Era evidente que quería cambiar de puesto para quedar más cerca de su mamá. Las dos parecían medio extranjeras o enfermas. ¿Cómo distinguir bajo la demasiada luz? Lo cierto es que nadie hizo nada para calmarla o cederle el puesto a la niña. Mucho menos su madre o lo que fuera de ella, concentrada más que el resto en el conjunto de la planilla en blanco más el bolígrafo de falsa plata internacional.

Largos minutos o breves horas: igual pasaba pesadamente el tiempo municipal. El sol permanecía estático en el cenit. No teníamos sombra. Sobre la espuma blanca del mar cruzaron unos katamaranes con las siglas del Ejército Oriental. Entonces, como en una coreografía mar-aire-tierra, zumbó un MIG-15 en el cielo, que rajó en dos mitades aquel silencio tan teatral, y ante

nosotros reapareció el primer uniformado con apariencia de La Marina: ciclo cerrado en vano, en blanco.

Ahora lo acompañaba el chofer del ZIL ruso. Secretaban y sonreían, sus dentaduras de platino duplicando la luz del sobreiluminado escenario. Tal vez todo no había sido más que un error: el horror siempre lo es. Creí notar cierta semejanza entre los pómulos de ambos, y pensé que ellos recién habían descubierto ser parientes lejanos o de la misma región natal. En cualquier variante, fue el chofer quien habló:

—¡Arriba, que ya seguimos para Maisí...! —y se metió de cabeza en la cabina de su camión.

Por supuesto, nos quedamos tan estupefactos como al inicio. Igual nos paramos al unísono de aquel largo banco. En una mano, los bolígrafos plateados sin estrenar. En la otra, las hojas todavía vírgenes en su perfecto blanco institucional. ¿Quién se hubiera atrevido a narrar por escrito algo allí?

—Los que quieran, pueden secarse con ellas —nos invitó el segundo oficial, cortante pero cortés, señalando las hojas que aún sosteníamos como salvoconductos contra nadie sabía qué.

Y justo así lo hicimos, como en un ballet plañidero. Cada cual usó su hoja para secarse la cara. Y la tráquea. Y la nuca. Y el seño. Y el entreseno. Y las manos. Y los antebrazos. Y los codos. Y los codazos. Y las mochilas. Y los machetines. Y las rodillas. Y las pantorrillas y las entrepiernas, hasta que, en fin, la niña de diez o nueve años se secó los mocos y las lágrimas sin la ayuda de nadie, menos aún la de su presunta mamá. Aunque, por supuesto, el vapor era tanto, que igual nos quedamos tan enchumbados como al inicio, ahora con un ovillo de papel crispado entre nuestras manos, goteante.

En este punto nos recogieron los bolígrafos y los boliches de celulosa y sudor, y los fueron echando en un enorme saco de nylon blanco, también rotulado con las siglas del Ejército Oriental. Entonces oímos el ronroneo del ZIL y un humillo blanquecino comenzó a ascender desde el tubo de escape. Así que saltamos sobre la cama fumante bajo el techito de cinc, y ya estábamos otra vez en marcha a lo largo y estrecho de nuestra ruta rota desde La Habana (dos días atrás) hasta Maisí (esa misma tarde noche, con suerte).

Adiós, Imías. Adiós blanco mar, blanca arena, sal blanca, nubes blancas explotadas por el blanco sol de plomo allá arriba, sobre el blanco pavimento reverberante aquí abajo. Adiós a la patria y al planeta difuminados por los destellos de plata de aquel falso nylon que iba quedando atrás, entre las manos de los dos oficiales uniformados con la misma ausencia de color.

El camión se alejaba a tope de velocidad, zigzagueando como un incivil borracho por aquella carreterita de julio, y yo al rato volví a preguntar la hora. Por supuesto, la niña de diez o nueve años fue quien sació mi curiosidad: según me aseguró por segunda vez, todavía eran las doce en punto del mediodía oriental.

## 2

Cuando por fin llegamos hasta Maisí (viajábamos en botella desde La Habana), nos topamos con un velorio en la calle principal.

La descripción es somera (parca): incontables viejitos sentados en cada acera (en comadritas de guano), entre termos de chocolate (con motivos árabes o japoneses), oscilando abanicos de paja (con motivos bucólicos de la región: el Faro y el Yunque), luciendo guayaberas de mil

novecientos algo (amarilleadas por la cercanía del año dos mil), y mascando unos cucuruchos de cierta masa fangosa que ellos pronunciaban *guassspé*.

Todo amigablemente animado a la par que literariamente tedioso. Como una tertulia que igual funcionaría sin necesidad de cadáver. De hecho, nunca vimos la caja. Estaría dentro de la funeraria, eso no importa ahora.

Según los comentarios cazados al vuelo (mientras buscábamos un alquiler por la izquierda para cubanos), nos dio la impresión de que tales eventos eran los más reales que ocurrían en aquel pueblito limítrofe, a punto de salirse ya de la isla: velorios públicos.

Y esa fue toda la bienvenida que nos tenía preparada Maisí como colofón.

Velorios públicos. Sólo eso. Velorios públicos bajo un eterno mediodía.

Lo demás es historia, tiempo muerto ilusorio: agua o tierra pasada que ninguno de nosotros ha dejado del todo atrás.



## IMITACIÓN DE IPATRIA

### 1

Ipatria y yo. El odio. Los himnos agresivos y hermosos de la revolución. Un adiós sin adiós. Una despedida laxante. Estúpidos y clandestinos, no nos dimos cuenta de nada a tiempo. Pero, ¿darnos cuenta de nada a tiempo de qué?

Ipatria y yo. La ira. Las banderas zigzagueantes en el cauce inmóvil del pavimento: luego barridas con inercia de asalariado por una anciana de uniforme y escobillón. Geniales y genitales, fuimos amantes espectaculares y un poco cursis, atragantados entre la apoteosis política y un dolor visceral.

Ipatria y yo. El tedio. Estábamos locos, por supuesto. De atar, de matar. Y tal vez por eso mismo ignorábamos que aquel viaje sería nuestra última oportunidad. Tal vez la única. Un viaje de bahía presa a bahía libre, por una carretera siempre al borde del mar. Un viaje desde La Habana hasta la ciudad de nombre más sangriento de América. Un viaje a Matanzas.

Ipatria y yo, sin pasaje de regreso. Una ruta rota desde el inicio. Decisión de desafiar al destino. Desatino y decepción. Delirio, deleite, casi delito.

### 2

Cogimos un taxi particular. A cinco dólares por persona. Toda nuestra fortuna secreta. ¿Valdría la pena arriesgarlo todo? Supongo que sí. Lo valía. Infinitamente. Y en hora y media llegamos.

De La Habana a Matanzas en un Chevrolet Impala 59. Un Cola de Pato. Un prodigio. Una herejía viviente del paleolítico republicano de este país. Una máquina

del tiempo a 110 km/h. 110 metamorfosis de kafka en cada historia. A tope de velocidad.

Al otro lado de la ventanilla, 110 millones de palabras y culpas se iban quedando detrás, al ritmo del rockasón con timba en la reproductora del chofer. Ipatría y yo nos apretamos las manos. Afuera hacía un solecito monocromo invernal. La temperatura era agradable, la brisa bien podía ser eterna. Y, por un instante de hora y media, Ipatría y yo nos imaginamos como dos inmortales.

Comenzaba el mes y el año: primero de enero del 2000. Comenzaba un falso siglo XXI y su milenio de miniatura. Comenzábamos, también, Ipatría y yo. Aunque fuera sólo para no aburrirnos. Sinceros al borde mismo del suicidio, comenzábamos por fin ahora a terminar. Pero, ¿por fin ahora a terminar qué?

### 3

Matanzas a las nueve y media de la mañana. Un privilegio, un primor, una pena. Nos sentamos en la baranda del puentecito metálico sobre el Yumurí. Equilibrados sobre aquel río o masacre. Sin miedo, sin abismos, si ninguna memoria del terror.

Ipatría me dijo:

—¿En esta ciudad amaste a una mujer?

Y yo le dije:

—A dos. Incluida ahora tú.

Con 23 años ella no era una mujer, por supuesto, pero igual nos dimos un largo beso en la boca. Todavía equilibrados sobre el cauce inmóvil del Yumurí. Todavía confiados, ignorantes. Todavía todo ternura y ganas de hacer el amor. Aquí. Bien lejos de nuestra ciudad de memoria muerta. La Hanada. Y nos dimos otro largo beso en la boca.

Entonces nos hicimos una foto. Un encuadre magnífico. Nos la hizo una adolescente de saya escolar mostaza que cruzaba por el puentecito con su cuerpo limpio y tajante, de recién nacida. De hecho, nos hubiera gustado retratarla nosotros a ella. Pero se negó. Hubiera sido una imagen propicia para jugar en nuestra cada vez más invisible intimidad.

—Llévame a verla —me pidió Ipatría.

—¿A quién? —le dije.

—A tu antiguo amor —me respondió—. Llévame a verla ya.

—Ipatría, mon amour —acaricié su cabeza ovoide—: para eso vinimos, ¿no?

Imposible borrar aquella geometría cerebral cuya oscuridad interior yo siempre adoré. Adoré de verdad. Hasta las lágrimas y el asesinato. Hasta el ridículo patetismo de escribirlo ahora con esas mismas palabras: *hasta las lágrimas y el asesinato*. Una joya: la cabeza de Ipatría.

#### 4

Y fuimos. A verla. A mi antiguo amor. Ian.

El barrio de La Marina arrastraba eones de lodo y manantiales de agua albañal. Excepto uno. Aún quedaba un manatíal cristalino y potable. Con cangrejos y clarias y camarones.

Y hasta allí fuimos, Ipatría y yo, a contemplar los restos de mi antiguo amor: Ian. A bautizarnos en las aguas mitad milagrosas y mitad mortíferas de su manantíal. A beber de ellas mientras nos zambullíamos o flotábamos. Y también, por supuesto, de ser posible, a restringarnos desnudos de madrugada. Ipatría y yo, por primera vez en el año cero o dos mil.

Era una sensación triste y genial. Un sentirnos hermosos y libres y muy cansados de tanto habitar en otra lejanísima ciudad. Aunque en Impala 59 Matanzas y La Habana quedaran al doblar de la esquina. Era sólo una ilusión dolorosa y fallida: toda ciudad es antípoda de la otra. Igual fue un buen intento de no pronunciar la palabra *adiós*. Como nos mereciéramos una isla de silencio después de tanto deseo loco y toneladas de diálogo por imitación. Igual era un augurio: la certeza de que ya habíamos acumulado suficientes odio, ira y tedio intentando precisamente no pronunciar la palabra *adiós*.

## 5

Yo llevaba mi cámara. Canon semipro. Cañón analógico para explotar los encuadres intestinos de la vida provincial. Matanzas: La Tenia de Cuba, nos reíamos subiendo por Milanés hasta el Parque de la Libertad, donde retraté los pezones parados de una estatua desnuda que huía de otra estatua en saco, acaso para evitar algún intento de violación, nos reíamos todavía más.

Al rato doblamos por el cine en ruinas hacia el Yumurí, Ayuntamiento abajo. En cinco o seis cuadras agotamos un rollo Lucky, Made In China. Lo más barato y súper-amateur. Matanzas tampoco se merecía mucho más que 36 chasquidos de una Canon semiprofesional, todo ligeramente sobreexpuesto y desenfocado a través de mi objetivo zoom Made In Japan. Así me gustan las fotos. Así cada recorte de la realidad me luce un poco menos real.

Cuando llegamos a la orilla mohosa del Yumurí, vimos peces, crustáceos y aves pudriéndose al por mayor. Era un cementerio fétido. Los botes de los pescadores parecían panteoncitos flotando en el fuel. Yo no lo recordaba así. En menos de un año el río se había contaminado. De

pronto me dio alegría de no haber visto la metamorfosis, sólo la barbarie final. Abracé a Ipatria por detrás.

—Es allí —le indiqué, y señalé la casa de Ian.

Ella se estremeció levemente. Por un instante, supongo, intuimos lo que hubiera sido de nosotros en La Habana si antes no hubiera fallado en Matanzas mi antiguo amor. Yo recordé una línea del padre poeta de Ian: *Aquí, bajo estas aguas, están todos dormidos*. Y, rebasado este punto de la historia, el resto es muy probable que esté de más. O sea sólo eso: restos.

Mejor así. Que sobre: sobras nada más entre su ipatría y la mía, hicimos un último intento por no dejar de sonreír.

## 6

Yo tenía 36 años, ella 23. Y entre los dos acumulábamos suficiente cultura fósil como para matar o hacernos matar.

El *Aullido* de Ginsberg nos divertía, por ejemplo, como una chiquillada gringa de homosexual incivil mansamente deportable de Cuba. El *Grito* de Munch, por ejemplo, no era más que un susurro puesto de moda por la culpa de una generación que llegó muy tarde al horror. El *Paradiso* de Lezama, por ejemplo, no era tanto el infierno como una carcajada cubana que nadie quiso nombrar como Ipatria y yo: un fiasco innombrable.

Alto arte. Mentiras por lo bajo. Detritos del intelecto. Ipatria y yo huíamos como extranjeros en nuestra tierra natal.

Yo tenía 36 años, Ipatria 23. Y nuestra suma nos permitía saber sin saberlo que todo debía estar ya de más. Que no valía la pena ese viaje. Ni siquiera por el Impala '59 que casi logra remover nuestra inercia entre dos bahías vacías como palabras armadas sólo con *a*.

Esa noche nos quedamos los tres en el cuarto y la cama de Ian. Fue una madrugada incesante, insaciable. Un signo de pornoinfinito, no acostado sino de pie. Porque justo así lo hicimos Ipatria y yo, bajo un falsotecho abofado de La Marina. De pie.

Ella, asomada al persianal abierto sobre el último manantial potable del Yumurí; yo, asomado a su espalda y a su interior. Lo hicimos durante horas. Sin movernos apenas. Sin sudar, hacía frialdad. En paz. A ratos húmedos y a ratos en seco. Sin jadeos ni asfixia, casi sin excitación. De ahí lo angustioso del desmayo final. A dúo, todavía de pie. Los dos otra vez tendidos sobre la cama, donde Ian dormía o fingía dormir desde muy temprano.

El pelo de Ipatria olía a no podría nombrar ahora qué. Olía a algo indefinible y tan definitivo que, esa misma noche, estuve seguro que sería lo último de ella que se me iba a olvidar.

Tal vez sólo por eso lo hicimos. Para conservar un impronunciable detalle. Para esquivar durante un instante las rachas de odio-ira-tedio con que nos bombardeaba nuestro foráneo país: funéreo paisaje de estatuas desnudas que huyen de estatuas en saco, mientras un antiguo amor se abraza a la pared con unos ronquidos tan mal actuados que parecían un llanto amateur.

Yo, 36. Ipatria, 23. Ian sin edad, sin sumarse ni restarse a la orgía más solitaria y muda del universo. Ahora y por el resto de los Impalas '59 en aquel mes de enero del año cero o dos mil.

Amanecemos. Los tres. Desayunamos. Los tres. Nos zambullimos en el manantial. Los tres. Con esa gentil corte-

sía de los cuerpos extraños que se conócen demasiado entre sí.

Hablamos en un español amable y decrepito, tres remotos conocidos que el azar reúne en el exilio de un barrio donde se ha hecho de pie el amor.

Ipatria, Ian y yo. Mitad cansados y mitad clandestinos. Como si no nos diéramos cuenta de nada a tiempo. Pero, ¿darnos cuenta de nada a tiempo de qué?

Ipatria, Ian y yo. Entre la nata de la nada y un dolor político un poco cursi que como siempre nos humilló. Como si no supiéramos que en cualquier tiempo y teatro del mundo nadie escapa nunca de escenas así. Como sinistros Ginsberg de pacolímica. Como efectistas Munch. Como Lezamas ya limados por una retórica retruécana.

Ipatria, Ian y yo. Estábamos locos, por supuesto. De atar, de matar. Y ya queríamos regresar de una bahía libre a otra bahía presa, en una fuga por carretera siempre al borde del mar, sin voltear la cabeza hacia aquel nombre sangriento para una ciudad de América. Sin pasaje de regreso a Matanzas, yo recordando o rumiando otra línea del padre poeta de Ian: *Ninguna ha tenido nombre más perverso*.

Ipatria y yo le dimos un beso a Ian. Le pedimos diez dólares prestados hasta la próxima ocasión. Era un gastado gesto de confianza en que muy pronto volveríamos a coincidir. Los tres. Era una mala suerte de pacto con el futuro. Era un acto de fe: una tragicómica manera de despedirnos para siempre sin necesidad de decirnos adiós.

## 9

Volver. Alquilar un Chevrolet Impala '59, pero en sentido contrario. Un prodigioso Cola de Pato a cinco dólares por cabeza y 110 km/h.



La boca del túnel nos resultaba siempre un misterio. Una luz que te ciega y atrae. Edificios, árboles y señales de tráfico que se sumergen y emergen y nunca sabes del todo en qué ciudad vas a desembocar. La Habana, La Hanada.

En hora y media emergimos en Prado. Nos quedamos en el Capitolio, con sus estatuas tan desnudas como las de un provinciano Parque de la Libertad. Le dimos el dinero y también las gracias al chofer. Por suerte viajamos sin música. Sólo la brisa repiqueteando fuerte en los tímpanos.

El cielo estrenaba su mejor color gris militar. Encapotado de oliva. Una gasa enchumbada en sepia. Una monocromática aberración. Nos sentamos en la escalinata del Capitolio y nos pusimos a contemplarlas. Nubes, humo. A contarlas, si es que se podían diferenciar entre sí. Era lo mejor que podía hacerse a esa hora, poco antes de nuestro mediodía mediocre en la capital.

—Me gustaría hacer un viaje a otra ciudad —pronunció sin mirarme Ipatria.

—Podríamos ir a Matanzas —pronuncié sin mirarla yo.

Un policía nos hacía gestos obscenos desde la acera. Con su silbato nos indicaba que estaba prohibido sentarse en la escalinata del Capitolio a contar las nubes. Cualquiera fuera el incomprensible razonamiento de la autoridad, a Ipatria y a mí su despotismo nos parecía que era la pura verdad. Una certeza desacelerada a 110 kilomentiras por habana.

Obedecimos la bulla del policía. Dejó de rechinar su silbato. Bajamos sin tocarnos y nos retiramos cada cual por su lado favorito de la escalinata. Sin odio, sin ira, sin tedio. Sin adiós.

Por supuesto, no las volví a ver. Ni a Ipatria ni a Ian. Y el rollito Lucky Made In China ni siquiera lo revelé.

Sus 36 fotos aún esperan por otro siglo y otro milenio, entre otros himnos agresivos y hermosos de otra revolución, y otras banderas zigzagueantes en el cauce inmóvil del pavimento: acaso luego barridas con inercia de asalariado por otra anciana de uniforme y escobillón.

No sé. En ocasiones pienso que si hubiéramos retratado a la escolar de saya mostaza que nos retrató en el puentecito del Yumurí, con su cuerpo limpio y tajante de adolescente que se nos resistió, tal vez esta imitación de historia a trío no hubiese abortado tan indolentemente aquí.

## CAMPOS DE GIRASOLES PARA SIEMPRE

### 1

Leían cosas más bien decadentes: novelitas de personajes que se suicidan poco antes del autor que los escribió, ediciones de uso rematadas como papel reciclable, libros prohibidos, panfletos inéditos, joyas en bruto, y etcéteras por el estilo. Por supuesto, leer cosas más bien decadentes les hacía pensar que vivían en «una época absurda, de poca o ninguna acción, como suele ocurrir después de las grandes revoluciones o los pequeños naufragios»: una cita que a los dos les gustaba mucho y que seguramente salía de *Silvia*, de Gérard de Nerval (la preferida de Orlando), o de *Orlando*, de Virginia Woolf (el preferido de Silvia). En cualquier variante, a ellos les encantaba ser los protagonistas de tan hermosa y triste desesperación. Así que ahora ya sólo esperaban la menor oportunidad para actuar.

Cada noche, muy tarde, Orlando la llamaba para decirle: «Silvia, no pasa nada, pero me duele», ella en silencio. Cada noche, por teléfono, Orlando le repetía: «Silvia, yo no soy yo, pero tú tampoco eres tú», ella en silencio. Hasta que, cada noche, Orlando la agredía para provocarla: «Silvia, es inútil esperar que llegue el amor: ojalá no te hubiera conocido jamás», ella en silencio, sin prestarle demasiada atención a su patetismo. «El miedo te mata, Orlando», era la voz en calma de Silvia.

Y entonces él sentía la rabia. Un rencor que taladraba todo por dentro: gusanos con pinchos en su cerebro, chillando en un coro esquizo de pésima afinación. Orlando temblaba de ganas de asesinarla, sin advertírselo, por la espalda. Deseos de rajarle en mil y un pedazos aquel crá-

neo lúcido con el teléfono. Placer de escupirle una obscenidad precisamente a su amor: ¡Silvia, muérete!, por ejemplo, y colgar sin darle chance de reaccionar. Y justo así Orlando lo hacía, iracundo al punto de la imbecilidad: «¡Silvia, muérete!», y le colgaba sin que, del otro lado de la línea, ella tuviera chance de reaccionar.

Durante dos o tres minutos él cerraba entonces los ojos y respiraba sensacionalmente mejor. De pronto se sentía el ser más desolado y sincero del universo. Durante dos o tres minutos Orlando leía, tatuadas sobre su pecho, las siglas de esa loca palabra: *l.i.b.e.r.t.a.d.* Por fin él estaba libre de Silvia, y Silvia lo estaba de él. Sin lecturas decadentes ni radicales libres en sus neuronas: más allá del naufragio y el rescate, más acá del estancamiento y la revolución. Por fin Silvia estaba libre de Orlando, y Orlando lo estaba de ella también.

Hasta que un frío le paralizaba los pulmones y el estómago, al punto de retorcerlo de pánico y dolor. Una úlcera mental, casi física. Un vómito que le arrastraba los dientes de tan violento y vacío. Entonces Orlando descolgaba el teléfono y abría demencialmente los ojos, para captar todo el desamparo de Lawton y marcar espantado el número de ella en Guanabacoa, volando como un poseso sobre los seis teclazos que lo separaban de Silvia.

Y cuando la voz de ella le contestaba, Orlando ya no podía decirle *silvia*. Ni *sálvame*. Ni nada. Él sólo podía tragar una pasta muerta, sin saliva, antes de arrojarle encima una especie de llanto mudo, que era su infantil manera de pedirle perdón: «Perdóname, Silvia», ella en silencio. «Perdóname, Silvia, yo no quería que fuera así», ella en silencio. «Perdóname, Silvia, yo no quería que fuera así, ni tampoco de ninguna otra forma», ella en silencio, ya lista para ser dios y resucitar a Orlando con

su misericordia: los dos tocándose el sexo hasta la náusea y el sobrevoltaje de aquel cable telefónico propiedad de una empresa estatal.

Todas. Todas las madrugadas. Todas las madrugadas de Lawton y Guanabacoa ocurría así. Una tragedia en miniatura que acababa con pucheros y risas y chillidos de placer. Todas, todas, todas las madrugadas. Ellos querían flotar en la nata de una época aburrida, y semejante delirio les parecía entretenidamente genial. Ellos querían hundirse en el tiempo cero de los años dos mil. Y los dos sospechaban el fin de algo y el comienzo de una nada que, de lectura en lectura, Orlando y Silvia intuían que Silvia y Orlando ya estaban a punto de protagonizar.

## 2

Para Orlando, sentarse en el parquecito de la calle B era la más cruenta manera de experimentar el horror. En Lawton siempre iban hasta allí, entre flamboyanes y gorriones abatidos por el sol nacional. Era un área agujereada por los refugios en tiempos de paz, pocetas antiaéreas inundadas por décadas de lluvia y fermentación. Una manzana arrasada por el incivil combate de los vecinos contra sus bancos, faroles y caminitos. Más los serpenteantes ríos de brujería albañal. Más el óxido y el comején de sus cachumbambés y columpios. Más los pinos raquíticos por el exceso de luz cubana. Más Silvia recién llegada en camello desde Guanabacoa, con la mirada desenfocada de tanto Lawton.

Para Silvia, sentarse en el parque B era la más amable manera de experimentar el horror, sintiéndose menos sola abrazada a él: casi dentro de Orlando. Y hasta allí se dirigían los dos, mediodía tras mediodía. A hacer nada. A mirarse. A matar el tiempo y el perenne estado

de nervios en que sobrevivían los dos. A temblar y dar vuelta a las páginas. A leer tomitos de papel tan calcinado como el paisaje, o paraje. A sentirse perdidos en la lectura, héroes anónimos de los que ningún suicida escribió. Allí dejaban correr los nombres patrióticos de los años. Sin historia y sin tiempo, Orlando y Silvia sin apellidos, sin pasado ni futuro: criaturas de un puro presente reconcentrado, boqueando al aire preso de la ciudad. Y nada les parecía más excitante que ese día a día sin reglas ni consecuencias, ese amasijo de historias compradas al por mayor entre las polillas y el tedio de una librería estatal.

Desde la calle B, ellos veían pasar a los camellos por la avenida Porvenir, pabellones entre apestados y hepáticos. Desde allí iban contando, como si estuvieran en un mirador a ras de tierra, a los borrachitos sin patria que nunca se acababan de suicidar. Desde allí Silvia y Orlando se admiraban mutuamente, casi agradecidos a dios, o a la carencia crónica de dios, de tener aquel banquito aburrido donde leer y amarse entretenidamente y, con suerte, de mes en mes y de milenio en milenio, resistir en privado la experiencia cruenta y amable de tanto público horror.

### 3

Manejaban entre los autos, toreando cláxones y frenazos, burlándose de los semáforos descolgados por la nuca allá arriba, sin creer del todo en ningún mensaje o señal. Habían decidido que para ellos ya había sido suficiente lección. Por eso odiaban tanto aquella entrañable ciudad: por su estilo de eterna aula, de claustro uniformado, de escuela disciplinaria imposible de ignorar o dinamitar. Ellos esperaban el instante justo de cada uno, antes de emitir un aullido y saltar, como fieras arteras, sobre

no podrían decir todavía qué. O quién. Y mucho menos para qué o por qué.

Por el momento manejaban a ciegas sobre la moto de él, una Júpiter canibaleada con piezas de Harley-Davidson. Iban fundidos en un solo cuerpo, clavándose las uñas alternativamente según estuviera Orlando o Silvia al timón, penetrados en la promesa de hacerse libres antes de hacer por fin el amor: la promesa de esperar con tal de no sentirse culpables bajo la inercia fofa de lo repetitivo. Por el momento manejaban de noche, comentando aquellos sitios que llamaban su atención a esa hora, cuando les parecía más verosímil inventarse, de barrio en barrio, la barbarie de un mapa no tan tétrico como teatral: un libro abierto abandonado incluso por su anónimo autor.

«Silvia, de esa azotea saltó la amante de Virginia Woolf», dicho en Ñ y 23. «Orlando, en ese solar se fundó el Partido Nazi Cubano», dicho en San Lázaro y Lealtad. «Silvia, ese edificio curvo es una hoz y su torre sería el martillo», dicho en Línea y L. «Orlando, bajo esos zapatos de bronce enterraron la rótula rota de Gérard de Nerval», dicho en Avenida de los Presidentes y Malecón.

Manejar juntos los animaba, espantando el tedio de manejar. La Habana se les llenaba de imágenes tontas y respirables, y les parecía divertido y rebelde contarlos todo de nuevo para ellos dos, desde cero y todavía menos, sin detenerse nunca en ningún decorado, y sin recordar a la noche siguiente cuál detalle era falso y cuál sería verdad.

«Silvia, en ese asilo murió Orlando, el mejor personaje de Virginia Woolf», dicho en Dolores y Acosta. «Orlando, en las ruinas del restaurant Moscú funciona en secreto el reactor atómico de Juraguá», dicho en Infanta y P. «Silvia, hay una noche del mundo en que el túnel de la bahía te



conecta dos veces con el mismo lugar», dicho en Prado y La Punta. «Orlando, en esa iglesia hay un cáliz con la sangre que no coagula de Silvia, el peor personaje de Gérard de Nerval», dicho en Novena y 84.

Manejaban alternándose el timón, hasta agotarse, hasta caer rendidos sobre el exagerado tanque de gasolina. Entonces tiraban la moto en cualquier parqueo estatal, tomaban un taxi en dólares, y en veinte minutos cada uno estaba de vuelta en su cuarto: tendidos sobre la cama sin destender, los dos ya listos para el teléfono, con aquel terrible y tierno ritual de ofensa, llanto, perdón y placer a través de un cable.

Todas las madrugadas ocurría así. Todas las madrugadas. Todas. En Guanabacoa y en Lawton y en todo el planeta: ellos resistían o jugaban a resistir. Hasta que una mínima variación fue suficiente para que Orlando y Silvia destejieran esta historia tejida únicamente para ser protagonizada por ellos dos.

#### 4

Silvia se apareció con un revólver en el mediodía líquido del parque B. «Es de mi bisabuelo», dijo, «mira la fecha en el cabo: MCMX». Orlando se motivó: «El año del cometa Halley. En 1910 el siglo XX debió desaparecer».

Silvia lo haló hacia ella sobre el banco. Puso la cabeza de Orlando en sus piernas y se echó hacia delante para taparle el sol cenital. Orlando cerró los ojos. Igual el resplandor era demasiado, y atravesaba los pelos de Silvia como si fueran una palmera de gasa o una pirámide de cristal. Todo el año hacía el mismo calor. La realidad se les evaporaba, y a ellos les daba ira tener que existir así, húmedos y humillados: sin la ilusión de esos noviembrs descritos en cualquier libro abierto y cerrado al azar.

Orlando le pidió el revólver. Lo lamió. Sabía a hemoglobina ferrosa, a salitre seco de yodo por alejarse demasiado del mar. Sopló tangencialmente aquel cañón casi centenario, improvisando una flauta fúnebre: «como tallada en tibia de puta o de fusilado», dijo él sin abrir los ojos. El sonido remitía a los acordes letales de una marcha nupcial. Y ese silbido silvestre despertó algo en Silvia pues, al devolverle su reliquia de muerte, él la oyó tomar una decisión: «Es ahora o ahora, Orlando, no perdamos por miedo esta oportunidad».

Y, sin necesidad de descorrer sus párpados, Orlando supo que ella sonreía magníficamente doblada sobre él: la boca abierta como una gruta, como el cráter rajado de un manantial. Para Orlando era muy fácil darse cuenta de la alegría de Silvia porque, desde donde él estaba, casi podía masticar el vapor cálido de su risa. Y el aliento de Silvia era el de frutas inexistentes bajo este clima feroz: uvas, peras, manzanas, y esas raras almen-dras sin carapacho. Orlando jugó a ser catador de vinos y pronunció en voz inaudible para el mundo, pero todo un grito de guerra para su amor: «Lo haremos porque hoy Silvia me sabe a cometa asesino, cosecha frustrada de 1910».

## 5

Fueron a las minas a ras de tierra de Guanabacoa. Cargaron con una enorme mochila donde el revólver iba escondido, flotando como un bebé secuestrado en una placenta de balas: cien, mil, cien mil proyectiles de calibre ligero. Por un costado del cementerio se internaron hasta la autopista nacional, tira infinita de ocho vías. «El 8 es un infinito de pie», Orlando oyó a Silvia gritarle en el sillín de atrás: «y también una S cerrada».

Anohecía, y ellos dejaban atrás los rabiosos repartos de nombres mártires y vulgares. Pasaron váquerías, fundiciones, torres de alto voltaje y de extracción de fuel, y también desesperados campos de flores para vender: la mayoría de girasoles, cabezas crispadas como puños a esa hora. Finalmente, la Júpiter-Davidson estuvo en la boca carriada de las canteras, con la luna rebotando entre los farallones hasta caer en una laguna de plata. De lejos aún se veía el desfile inmóvil de los campos de girasoles, que a la mañana siguiente alguien vendría a decapitar. Entonces Orlando dudó: «¿Lo hacemos ahora, Silvia?», y ella le contestó quitándose la ropa allí mismo, a horcadas sobre el rugiente motor.

Orlando seguía agarrado al manubrio cuando Silvia le apuntó a la nuca con su revólver. Puso en el tambor las primeras diez o diez mil balas, y rastrilló o algo por el estilo: *clic-clac*. Entonces ella le ordenó desnudarse él también. Y, después, le bastó con una frase de burla para echar a rodar la escena que echaría a rodar al resto del film, sin doblaje ni traducción: «Run for your life», rió Silvia, y comenzó a disparar.

Orlando corría desnudo como una astilla de luna. Huía por su vida, pero sin miedo, tal como había sido acordado, sintiendo los zumbidos picoteándole alrededor: gorriones nocturnos en picada mortal. Bajo sus pies, los alfileres de cuarzo se le clavaban hasta el hueso con cada pirueta, y las gotas de sangre ya entibiaban aquel escenario bello al punto de lo criminal: de Orlando manaba un fluido rojo convertido en escarcha por el frío de su sudor.

Pasaron muchos minutos de fuga. Media hora, o una hora y media tal vez. Él cayó finalmente exhausto. Respiraba gracias a los sibilantes. Silvia le había hecho poco más de dos mil disparos, como la fecha, y ahora la mochila

parecía vaciada tras aquel ensayo de guerra antipersonal. Orlando jadeaba, el esternón se le quería partir, y su asma eran las cuchillas de viento que se afilaban en los acantilados, rasurando el cuarzo hasta dejarlo en diamante.

Él se arrastró unos metros hasta el borde mismo de la laguna. Miró arriba. Vio una luna metálica, doble. Y dos veces entonces bebió. El agua o la luz eran salobres. Sintió náuseas, pero volvió a tragar ese fluído de moho, oleoso y puro, seminal más que sideral. Y entonces se introdujo completo en aquel mar sólido, sin soltarse de una piedra rematada en forma de asa. Enseguida sintió la silueta de Silvia, que le daba una mano y le advertía a Orlando: «Ven, de noche el agua es más traicionera que el resto de lo real».

Y él salió afuera y comenzó a besarle toda la piel, deteniéndose en las axilas de Silvia primero y en su ombligo felpudo después: crin hirsuta que le tatuaba la pelvis. Se dieron un abrazo tembloroso, mitad fiebre y mitad frialdad. Se manipularon con cinismo los sexos bajo el cielo célibe de Cuba, pero ni siquiera intentaron hacer el amor. Esa noche todavía no. A los dos aún les faltaban demasiadas palabras para un acto así: lujo luctuoso y liberador. A los dos aún les sobraba pánico. De manera que allí permanecieron hasta poco antes del amanecer, vírgenes onanísticas, cuando el cosmos entero se puso malva y después naranja, y después amarillo y después blanco, y después sin color y después azul: un aqua-cyan con tiras necróticas, donde ni el día ni la noche se borraban del todo entre sí.

La idea era recuperarse y hacer entonces lo contrario a plena luz: que Silvia practicara su mejor estilo de fuga, el cuerpo desnudo bajo los rayos del sol, mientras Orlando le apuntaba con las balas restantes, siempre listo para fallar. Pero, según amanecía, les fue llegando

más y más alto, desde el otro lado de los farallones, el aullido histérico de los altavoces y las sirenas. Había comenzado el asedio, o ya el asalto quizá.

Silvia y Orlando se vistieron antes de asomarse al acantilado y ver la aparatosa caravana policial, que venía describiendo eses a campo traviesa entre los surcos de girasoles, chapeando cabezas de óleo, raspando un van-gogh desenfocado que, desde la altura en que él y ella se atrincheraban, les pareció mejor que cualquier pintura o pintor. Los disparos de madrugada probablemente habían delatado su juego: algo así dijo Orlando, y Silvia asintió con un bostezo que él convirtió en beso, justo cuando los labios de ella estaban en el punto máximo de tensión. Orlando pensó que, ciertamente, el vaho de aquella boca era más eterno que la palabra *silvia* con que ella se indefinía.

Se tomaron de la mano. La respiración paradójicamente se les frenó, también el pulso y el nerviosismo en que sobrevivían. Y lo decidieron al unísono con la mirada, sin necesidad de verse otra vez, los ojos extraviados en el horizonte, desde donde la autoridad ya los instaba a rendirse sin fuga y sin resistir.

Era la hora sin hora, la de Orlando y Silvia, la de Silvia y Orlando: en cualquier orden de anarquía y desesperación. Ninguno de los dos quería borrarse las siglas de aquella súbita *l.i.b.e.r.t.a.d.*: puzzle del que nunca se arrepentirían, sólo de eso estaban seguros bajo la amenaza del amanecer. Además, hacía tanto que esperaban una brecha así, que ya no tenía sentido ni olvidarlo ni volverlo a pensar. Les bastaba ahora con un primer gesto de reacción. Un acto, un ademán, un golpe: tras tanta decadente cultura pasada por escrito en un borrador, actuar era para ellos el único verbo que valía la pena leer y limpiamente protagonizar.

Huieron en moto por las canaletas del tondo, por ese archipiélago de pueblitos floridos y sosos que a la postre desemboca en Tarara. Y de ahí recto por Via Blanca, con dirección a Matanzas o al puente postumo de Bacunayagua: altar de suicidas locales, escribieran o no libros donde los personajes se matan poco antes o después de su autor.

Orlando manejaba turibundamente, proveectando piedras de asfalto a tope de velocidad, mientras Silvia le daba ánimos encajada entre sus riñones y vertebras, sentada abierta en tijeras sobre el sillín de atrás. Estaban un poco mareados, pero con una calma muy eufórica por la estampida. Huían: eran profugos capaces de alguna acción. Y esa energía vital les insuflaba el vertigo de una caída libre. Por fin eran ellos los que hacían las cosas pasar. Por eso en ningún momento pudieron callarse, atropellando planes al unísono que ni él ni ella comprendían muy bien, pues el viento en rafagas de 200 o 2000 km/h les secuestraba la voz.

El motor reverberaba, como todo el resto de la realidad: sus restos de irrealidad. Una cosa sí entendieron y les dio mucha risa, carcajadas de locos que escapan en una ambulancia estatal: a partir de ahora él sería siempre Orlando Woolt —«lobo orondo en honor a Virginia», dijo él—, y ella sería siempre Silvia de Nerval —«vaga visión de uves que tuvo Gérard», dijo ella—. Renombrarse les parecía el mejor síntoma clínico de las infinitas ocho siglas de una palabra: *l.i.b.e.r.t.a.d.*

Y fue rarísimo. El paisaje no avanzaba. Palmas, algarrobos, ceibas y flamboyanes salpicados con los colores primarios. Vacas y caballos, arados y tractores, ancianos de siglos y niños de semanas, mujeres y militares, con las líneas del pavimento homogenizando su recorrido. Todo

volaba ante los ojos de ambos, pero el paisaje completo no parecía avanzar. Orlando Woolf y Silvia de Nerval se revolvían en una burbuja de excepción cinética, en un fotograma congelado de cualquier película de carretera: extranísima inercia que a los dos les parecía un milagro ancestralmente habitual.

La Júpiter-Davidson rugía como una garganta de dragón. Escupía chispas por las cuatro bocas del tubo de escape, arrastrando un cordón de humo más turbio que turbio. La Vía Blanca lucía irreconocible esa mañana. Orlando Woolf sintió los labios de Silvia de Nerval sobre su nuca, justo donde horas antes ella había clavado el cañón mortífero de 1910: «Qué lenta es Cuba», la oyó: «¿no puedes acelerar?» Y él le explicó a gritos que los pistones estaban ya a punto de hacer explosión. Entonces doblaron la curva de Santa Cruz y, aunque no vieron nada, los dos sintieron aquel golpe seco que hizo añicos los focos y los lumínicos, y cuyas esquirlas los recubrió de una pasta o polvillo raro.

Miraron atrás por instinto, sin detenerse. Y vieron una especie de títere azul, zigzagueando entre las ocho sendas, a la par que lanzaba chorros de tinta roja por las extremidades, dibujando un grafiti ilegible sobre la carretera. «¿Le dimos a un policía?», dudó Orlando Woolf ante una imagen tan obvia. Y Silvia de Nerval esperó varios segundos o kilómetros antes de responderle: «Da igual».

Porque ya no tenía sentido frenar la escena, mucho menos por un accidente. El caucho de las gomas se hacía viscoso y, a partir del choque, manejaban sin que ninguno estuviera seguro de retroceder adelante o continuar marcha atrás. De hecho, Orlando Woolf arañaba ahora la espalda de ella, y Silvia de Nerval era quien guiaba el timón sobre unas huellas frescas de moto que, sin



dudas, eran las de su Júpiter-Davidson unos minutos o kilómetros atrás: el paisaje estático les daba la impresión de volver sobre sus propios frenazos.

Así cruzaron las líneas férreas y reconocieron el perfil en contraluz de los pinos raquíuticos y los flamboyanes sin pájaros, recortados sobre aquel mismo césped sin vecinos ni bancos ni faroles ni caminitos: una ciénaga infectada de aparatos de diversión infantil, amenazantes como saurios prehistóricos. Era, otra vez, el provinciano parquecito de la calle B, apenas a un par de cuadras de la avenida Porvenir.

Silvia de Nerval no se detuvo. Ni se inmutó. Ni tampoco se lo hizo notar a Orlando Woolf, que de todas formas ya lo sabía, y a su vez luchaba contra su asombro para no hacérselo notar a ella, trepidante ahora al timón, cortando camino por la escalinata del convento estatal. No era necesaria otra explicación: Lawton reaparecía mientras más se alejaban de él. Entonces Silvia de Nerval cruzó tangente al estadio de béisbol, y enseguida recuperaron la visión en ángulo ancho de esos campos de flores para vender que pululan en las afueras de Guanabacoa: girasoles desesperados en su mayoría, con las marcas aún babeantes del asalto policial del que ellos querían o creían huir.

Unos metros más, y la Júpiter-Davidson estuvo de vuelta en la boca carriada de las canteras, con la luna rebotando entre los farallones hasta caer en una laguna de plata. De pronto ellos intuían que toda aquella fuga era sólo ilusión, porque el tiempo cero de los años dos mil les devolvía las cuatro siglas más fulminantes del siglo: *c.u.b.a.* por todas partes, *c.u.b.a.* para todas las épocas, *c.u.b.a.* como libertad gratuita y obligatoria, *c.u.b.a.* como ubicua ubicubidad.

De hecho, de nuevo estaban rodeados por la autoridad y así les era imposible distinguir. Ni resistir, ni fugar, ni nada. Las ansias de protagonismo de Orlando y Silvia habían abortado, como sus apellidos de último minuto. O precisamente al revés: gracias a seguir rodeados es que Silvia y Orlando podían ejecutar ahora su parto de muerte, o tal vez su pacto de vida. Un acto no tan tétrico como teatral. La debacle de volver a ser ellos mismos les parecía el camino más corto para ser otros por fin.

## 7

Las canteras rielaban. El cuarzo patrio restallaba rabiósamente en las pupilas de ambos. Desde el agujero lechoso de la luna, una calavera de conejo les hacía una mueca obscena, a pesar de que ya había salido el sol. Ellos se sentían tan ajenos y tan parte de todo: tan ambiguos, tan distantes, tan definitivos y tan cercanos que aquel tendría que ser el fin.

Se afincaron sobre la Júpiter-Davidson, collage de caballo mecánico con piezas en cirílico y en inglés. Orlando volvía a estar al timón. Aceleró. Olieron la gasolina recalentada al alba, con sus más íntimos aceites y alcoholes de destilación casera. Él quitó el freno de mano y Silvia se paró en puntillas sobre las cuatro bocas del tubo de escape. La moto se encabritó, parada haciendo maromas sobre la goma trasera. Y, sin ponerse de acuerdo, Orlando y Silvia profirieron un alarido seco que evaporó al rocío remanente de la mañana.

Saltaron. Sólo entonces repararon en que, a pesar de recordarlo a la perfección, aún no se habían vestido. La moto comenzó a empinarse en una parábola loca sobre el precipicio y, ya en el aire, ellos se descubrieron tan desnudos como en la madrugada anterior. Abajo quedaba

el despliegue militar que casi logra atraparlos. Más que leída, se trataba de una escena literalmente sacada de un film: de dos mil películas baratas, donde el guión al final da un salto sobre la valla de lo verosímil. Orlando y Silvia bien sabían que todo era sólo espectáculo. Silvia y Orlando bien sabían que, precisamente por eso, ellos dos manipulaban en ese instante los más recónditos hilos de la realidad irreal.

Oyeron la fanfarria de los altavoces y la histeria de las sirenas. Allá abajo sus perseguidores parecían formados en un ejército de juguete. Sobre el horizonte en forma de lazo corredizo, las nubes se les antojaron cargadas de agua y electricidad: ondas deslocalizadas en una ecuación insoluble. La laguna de plata no era más que «una moneda sin curso de 1910», dijo él: «el escupitajo de un dios desterrado en cometa».

En algún momento Silvia dejó de gritar y dijo: «No veo nada desde aquí atrás». Y Orlando enseguida la consoló: «Tampoco hay mucho que ver», con un tono jovial: «son canteras de cuarzo muerto y campos de girasoles por ejecutar». A cambio ella sólo emitió un brevísimo «da igual», comprimido casi a una sílaba, y entonces los dos rieron, flotando en el pico máximo de la parábola, los dos ingrátidos pero ya a punto de recuperar la masa perdida con el impulso.

Orlando sintió que Silvia se le encajaba con mayor fuerza. Los senos de ella le barrenaban sus pulmones y le salían a ambos lados del esternón. Silvia lo amenazaba otra vez por la espalda: lo estaría encañonando o devorando por atrás. Orlando sintió las manos salvajes de Silvia, colocadas como lentes opacos dentro de sus párpados, metiendo los dedos-raíces hasta raspar su retina. Ahora él tampoco podía ver, acaso porque le daba tam-

bién igual. La moto recuperaba gramo a gramo su gravedad, y descendía con avidez para hacerse añicos contra un vocabulario de palabras pesadas, pasadas de moda, comprimidas a una sola sílaba o a todo un vocabulario oficial.

Y ahí se consumó la magia mojigata y la trasnochada trascendencia de esperar meses o milenios para hacer el amor. Ese salto mortal fue el clímax de una caída presa de la que ellos querían o creían huir. Esa fue toda la opción que, los dos a ciegas sobre el barranco, él le dio a escoger para por fin escapar: «¿Canteras de cuarzo muerto o campos de girasoles por ejecutar?» Aunque ella, como respuesta, sólo lo penetró un poco más, hasta desbordarlo por dentro y llenar ambos cuerpos de Silvia, tras aquella vertiginosa y voraz elección: «Campos de girasoles para siempre», pronunciado con calma: «aunque el miedo te mate, Orlando, la eternidad aún está por ejecutar».

## 8

A la medianoche siguiente, tras otra larga y estrecha jornada de leer cosas más bien decadentes y, en consecuencia, convencidos de que vivían en «una época absurda, de poca o ninguna acción, como suele ocurrir después de las grandes revoluciones o los pequeños naufragios» —una cita que a los dos les gustaba mucho y que seguramente salía de *Silvia*, de Gérard de Nerval (la preferida de Orlando), o de *Orlando*, de Virginia Woolf (el preferido de Silvia)—, él levantó el auricular y marcó desesperadamente los seis teclazos de ella. Como de costumbre, por el tono de la voz tejido por uno y otra, era evidente que la historia destejida por ambos sólo ahora estaba por comenzar.

## LES CHORISTES

En el edificio de enfrente, a las tres o tres y media de la madrugada, cada noche se ponía a cantar. Yo la oía:

*—Debout, les damnés de la terre... Debout, les forçats de la faim...*

Es Madam Gaceñiga, la soprano políglota del barrio. Probablemente, la única soprano loca de la ciudad: un privilegio, un lujo, una exquisitez.

Madam Gaceñiga tiene más o menos cien años, nadie lo sabe bien. Y vive, por supuesto, en la más absoluta soledad. Su contacto con el resto del planeta se realiza a través de los gatos. Decenas, cientos, acaso miles de gatos. Políglotas en su mayoría también, como ella. Y como ella, insomnes y operáticos hasta la enfermedad. Es decir, Madam Gaceñiga no vive sola en absoluto. Al contrario: tal vez sea el ser más acompañado del barrio, la ciudad, y hasta de nuestra desvelada nación.

*—Arise, you workers from your slumbers... Arise, you prisoners of want...*

Hace años que a Madam Gaceñiga le ha dado por perfeccionar las notas iniciales de «La Internacional». Como es sabido, se trata de un arreglo musical de Pierre Degeyter (su compositor favorito, por lo demás), quien al parecer llegó a ser incluso su amante, en 1930 o 1932, siendo él mismo ya un anciano y ella una solterona republicana de paso por París para estudiar el belchant.

Hace décadas que, según dicen, con un fémur humano (acaso del propio Pierre Degeyter), la madam dirige a su coro de felices felinos (todos machos, pero castrados) desde la medianoche hasta el amanecer. Hace décadas que (y esto nos consta a cada uno de sus vecinos)

la madam sacrifica a uno de sus vocales tras la velada: tal vez al que peor desafine. Al parecer, de eso se alimenta ella en su ostracismo. Y también el resto de su tropita coral. Los huesos remanentes son lanzados entonces desde una ventana hacia el tambuche plástico de la esquina, aunque casi ninguno acierta, y así se va creando un cementerio fósil que nadie se atreve a limpiar por miedo a que Madam Gaceñiga sea bruja.

*—De pé, ó vítimas da fome... De pé, famélicos da terra...*

Este holocausto, por supuesto, implica forzosamente cierta reposición. De ahí que los vecinos ya no dejan salir nunca a sus gatos machos sobrevivientes. Aunque en los consejillos de vecinos se ha valorado denunciarla a alguna instancia paramédica o parapolicial, la naturaleza ideológica de la canción ensayada por la madam, así como su relación afectiva con un ícono de la izquierda internacional de la talla de Pierre Degeyter, han votado a favor de Gaceñiga. De hecho, todas las escuelas y empresas del barrio se llaman desde hace décadas «Pierre Degeyter», y en sus respectivos murales florecen la biografía del músico plagiada de una enciclopedia digital.

*—Ontwaakt, verworpenen der Aarde... Ontwaakt, verdoemd in hong'ren sfeer...*

En lo personal, he preferido aliarme a nuestra soprano loca local. Supongo que no sea muy elegante hacerle una guerrita fría a quien tiene más o menos cien años. Así que, noche tras noche, a las tres o tres y media de la madrugada, cuando desde el edificio de enfrente ella y sus pupilos se ponen a ensayar otra vez, en la penumbra muda de mi apartamento yo comienzo, también, y sin la menor ironía o parodia, a tararear las notas iniciales de «La Internacional».

Sé que no afino especialmente y que Madam Gaceñiga enloquecería de rabia si me escuchara entonar: imagino incluso su fémur humano chocando toc-toc-toc contra mi occipital. Sé que mis amigos dicen que yo lo hago para paliar mis persistentes temporadas de insomnio. Pero no es así. En absoluto.

Resulta que siempre me han fascinado las posibilidades creativas y clandestinas de los idiomas extraños. Creo que en cualquier otra lengua, que no sea la natal, es posible narrar ciertas sutilezas secretas que, en este caso, se escapan del universo físico de nuestro idioma español. Asumo que esto no tiene mucho que ver con la tan manoseada libertad de expresión, sino en todo caso con la de inexpressión. Sé que no puedo transmitir del todo mi idea. En fin, no sé. Mejor óiganme interpretar estos floreos de Madam Gaceñiga a ver si, mal que bien, me ayudan a mostrar lo que les quisiera directamente decir:

—*Debout, les damnés de la terre... Debout, les forçats de la faim...*

—*Arise, you workers from your slumbers... Arise, you prisoners of want...*

—*De pé, ó vítimas da fome... De pé, famélicos da terra...*

—*Ontwaakt, verworpenen der Aarde... Ontwaakt, verdoemd in hong'ren sfeer...*



# IPATRIA, ALAMAR, UN CÓNDOR, LA NOCHE Y YO

## 1

*Hay exilios que muerden  
y otros son como el fuego que consume.*

Nos conocimos en la funeraria «Mártires de Alamar». Su padre había muerto esa tarde, yo había entrado a beber barato nunca menos de diez cafés. Los necesitaba para paliar la ansiedad, para paliar la ansiedad, para paliar la ansiedad.

Mis noches eran largas, demasiado largas de sobrellevar. Túneles ciegos hasta poco después del alba, cuando conseguía por fin rendirme en un parque. Sólo para que un enjambre de niños con uniforme me zarandeara enseguida, haciendo añicos mi único pestañazo del día, la semana, el mes o tal vez el milenio.

Por supuesto, ese primer viernes ella aún no se llamaba Ipatría. La vi, sentada mortalmente sola en la capilla Ch, a escasos metros de la cafetería donde mis nervios me recalaban. Ni siquiera su padre muerto la acompañaba entre los cirios y el apagón. Después supe que ella misma había pedido una segunda y una tercera y una quinta y una décima autopsia: Ipatría desconfiaba o «no, ya no desconfío», me confesó: «ahora estoy muy segura de lo que pasa...»

La ausencia de caja fue lo primero que me llamó la atención. Luego su pelo de un negro foráneo, cayendo al descuido sobre sus hombros de pájaro: su pelo inmóvil de ébano o araucaria, todavía no sé. Y luego fue su voz rajada, ríspida, cuando me llamó sin mirarme, tajante: «Ven aquí» (como a un perro). Y yo avancé hasta ella,

destruyendo así para siempre mi rutina noctámbula, por primera vez obediente en la medianoche anárquica de un cementerio obrero llamado Alamar.

«Siéntate», me ordenó, y me puso frente a su cara. Tenía unos ojos negríssimos, peores aún que su pelo: de una noche sin noche, estrallada y hecha jirones, y yo adoré aquel picotillo de sombras en sus pupilas entre el espanto y el apagón.

«¿Vienes de afuera?», me preguntó. «¿De afuera de dónde?», le pregunté. «De la noche cubana», me dijo. «Supongo que sí», le dije. «¿Y lo has visto, lo has oído?», me zarandéo. «¿Visto y oído el qué?», me retiré de su ataque. «¡Chalado!», me empujó hasta casi tumbarme al suelo: «el aleteo del cóndor, ¿qué más podría ser?»

Entonces hizo una mueca y se tapó la cara: estaba horrorizada por haber hablado de más. Pretendió llorar pero tampoco lo consiguió. Me miró con odio, como si yo acabara de traicionar su secreto. Yo no atinaba a nada. Me gustó imaginarla loca desde el inicio. «Por favor», la calmé: «ya no hay cóndores en Alamar», y la tomé por la cintura. «Se extinguieron por exceso de carroña», y le di un abrazo. A ciegas. Ella temblaba. Sus vibraciones se transmitieron a mí. Yo temblaba también. Parecíamos un par de epilépticos esperando la caja donde uno de los dos se iba a tender.

Entonces se quitó las manos del rostro y me separó de su cuerpo. Su voz volvió a ser ríspida, rajada, y me despidió sin mirarme, tajante: «Rajá de aquí» (como a un perro). Y yo me volví, por segunda vez obediente, y eché a andar por el pasillo, de vuelta a la cafetería de la funeraria donde, a pesar de la triunfal carencia de electricidad, los conserjes aún se empeñaban en colar el café. Humo negro dentro de una humareda mayor.

Lo cierto es que ese primer viernes Ipatria nunca se llamó así. Ese 3 de diciembre me fui de ella sin saber su palabra, clave terrible para penetrar su cabeza, para colarme dentro de su seso de fósforo rayado por la lija de la historia chilena y sus tiranías: antesala húmeda de su sexo ya anhidro tras tantas lágrimas repatriadas en Cuba.

## 2

*Devorando calles galopaban  
miedosas manadas vestidas de terror y asombro.*

La segunda noche fue en un camello M-1: doceplantas rodante de lata rosada incluso en pleno apagón. Ella iba sentada en los escalones de la última puerta, las rodillas recogidas por el círculo de sus manos y la maraña del pelo, en el que esa noche cabeceaba una flor o una explosión de blanco. Parecía un puño de pétalos con pistilo: un marpacífico, pensé. Aunque enseguida supe que no: «no está viva, tarado», se burló de mí, «es sólo una pata-gua de plástico Made In Chile al por mayor».

Me quedé mirándola un par de paradas del M-1, durante tres o tal vez trece kilómetros de Vía Blanca, recordándola otra vez en la funeraria, reconociéndola por segundo viernes en el mes. Cuando el metrobús comenzó a jaderar en la loma de Cojímar, me dejé caer junto a ella sobre los escaños: entre jabucos, cigarrillos prendidos, animales de crianza, pantorrillas al aire o sobre puyas. «Me llamo Sagis», me atreví.

Ella me miró, acaso recordándome otra vez en la funeraria o reconociéndome por segundo viernes en el milenio. Entonces sonrió. «Sagis es nombre de quiltro, no de gente», y me encañonó con su índice izquierdo, arma larga rematada en la bayoneta de una uña pintada de

blanco, pétalo no menos artificial que los de su flor importada.

«Mi nombre real es Salvador», admití. Pero ella seguía implacable: «Salvador es mucho peor». Y se puso seria: «seguro naciste después del 73». Me dejó pasmado su adivinanza. «Casi», le confesé, «el 10 de diciembre del 73: supongo que hoy sea mi cumpleaños», y me sentí ridículo de mi patetismo. Por suerte, ella me miró compasiva. Con paciencia. Y volvió a sonreír para mí.

Entre las patadas de la muchedumbre, lucía aún más hermosa que en la caja negra de la capilla. Anochecía. Habían pasado ya siete madrugadas insomnes desde aquella otra en que me la topé. Para entonces yo pensaba no verla más. Tal vez por mi estúpida costumbre de seguir rondando la funeraria «Mártires de Alamar», como si su padre pudiera morir dos veces en una semana y tras una paranoia de autopsias.

Había un ruido infernal bajo nuestros pies, humo blanco de motor incluido. Yo no podía dejar de mirarla mientras ella me sermoneaba: «En diciembre del 73 yo también hubiera tenido tu nombre, pero nací meses antes», encogió las clavículas, como alas. «Nuestros padres estaban obsesionados por la presencia o la presidencia de algún Salvador», dijo para azoro y diversión del público en penumbras del metrobús.

Y yo amé tanto tanto su vocabulario de evangelista política que no sé... Me hechiza la vehemencia del brillo orate. Atiné a decirle lo mucho que me intrigaba el sentido de nuestros encuentros por puro azar, y que ya no quería perderla otra vez. Porque, además, desde entonces yo dormía menos y, en consecuencia, mi ansiedad estaba peor, mi ansiedad estaba peor, mi ansiedad estaba peor.

«Feliz cumple y adiós, viejo», me dio un beso en cada mejilla. Y enseguida me dijo que no: que no me era posible verla y que ella lo sentía de corazón, pero repudiaba la casualidad y el azar. Y yo encarnaba exactamente la casualidad y el azar: lo cual era demasiado sospechoso para su intuición. «Un poder con memoria puede usar a cualquiera para detectarte», dijo. Ella desconfiaba. O no, ya no desconfiaba: «ahora estoy muy segura de lo que pasó», dijo en un susurro. Y mi ignorancia no le garantizaba mi inocencia: que alguien de la Junta Militar, por ejemplo, me estuviera manipulando como a un títere de civil. Conmigo ella nunca estaría a salvo: «lo siento mucho, seas Sagis o Salvador», fue su remate.

«Pero, ¿a salvo de qué?», me impacienté. Y ahora casi me miró con lástima. «Por favor, a salvo de patria: de Alamar, de un cóndor, de la noche y de ti», dijo y saltó con la puerta a medio abrir, todavía frenando nuestro M-1. Se fugó entre rendijas, entre los ecos de su propia enumeración. Como una de esas alimañas de la noche, criaturas angélicas y escalofrantes, sin darme tiempo de actuar: de cazarla y amenazarla realmente de muerte, a ver si entonces ella reaccionaba realmente a mí.

Miré afuera un instante. La vi corriendo. Vi sus espaldas a punto de despegar, recortada contra un paisaje lunar en permanente revolución. Estábamos en el antiguo barrio de los chilenos: un páramo aún más desierto que el resto de Alamar y acaso también del país. Chile, Cuba, Santiago de La Habana: ¿cómo diferenciar bajo la mirada muerta del desamor? Además, en esa parada nunca subía ni bajaba nadie, por temor a las leyendas que, desde hacía más de diez años, asolaban esos edificios tras aquella súbita repatriación: fuga masiva y clan-

destina sin causa aparente, lo que invisibilizó a todos los chilenos cubanos en pocas horas, días, semanas o tal vez siglos.

### 3

*Extrajeron la sombra de la sombra,  
dibujaron un viento con colmillos.*

Sin embargo, el viernes siguiente me bajé justo allí, después de mis cafés baratos en la «Mártires de Alamar». Necesitaba ver a Ipatria, aunque sólo fuera para perderla otra vez. Su zona era un desierto pétreo de alta salinidad, entre doceplantas roñosos en ruinas y murales desteñidos: en todos el mismo anciano miope, en traje y corbata pero con casco de constructor y, en la mano izquierda, una metralleta apuntando al cielo, en señal de redención o tal vez rendición.

Atravesé la cancha de baloncesto arrasada de la escuela «XI Festival». Atravesé el terreno de beisbol enyerbado junto al paradero de los camellos. Y atravesé el ghetto desertado por los chilenos a finales de los ochenta, de vuelta en estampida hacia su islita continental entre el desierto de Atacama, el hielo de la Antártida, el filo de los Andes, y la voracidad del Pacífico. Sólo inmigrantes ilegales, llegados desde el Santiago cubano, residían ahora allí. Sin luz ni gas ni teléfono ni documentos de identidad. A la espera de la delación que los regresara a su provincia natal para, como muelles, reorganizar las huestes familiares y reinstalarse en la capital: entre buches de prú y toques de batá.

Me la tropecé enseguida. Ipatria permanecía inmóvil, hablando en voz alta para nadie: discurseando sobre los hombros de aquel viejo busto carcomido por el salitre,

del que todos alguna vez nos burlamos de niños, sin que ninguno luego de adulto se preguntara qué tipo tan solitario tendría que ser aquél. La falta de alumbrado los reducía a ambos a una sombra chinesca o, mejor, chilesca: a la estatua de pie y a Ipatria sentada encima, declamando a horcajadas.

Parecían versos. Ella los pronunciaba sin importarle su ausencia de público. Presté atención: «En la región profunda de la patria», todavía acercándome al conjunto, «donde gime el puma y grita el cóndor», sus dedos crispados como garras, «heridos por los hierros y la pólvora», me paré junto al pedestal, «las piedras, los muertos, las vasijas», tapó los ojos del busto y lo sostuvo por el mentón, «cubriéndose de polvo y raíces negras», como protegiéndolo o buscando ser protegida por él, «mientras la bandera está tendida entre dos edificios», reparé en que su cuadra estaba escoltada entre dos doceplantas vandalizados, «y se infla su tela como una barriga ulcerada, una teta o una carpa de circo», y entonces Ipatria se ovilló sobre la cariada cabeza del mártir, como si finalmente fuera a parirlo o tal vez a abortar.

Yo aplaudí. Lo hice solemnemente, tratando de no parecer sarcástico. Estaba fascinado ante aquella puesta en escena y también por el ángulo recto en que se abrían sus piernas sobre el cogote metálico de la estatua, fuera cobre o latón. Al parecer, ella estaba decidida, porque enseguida me agredió. «Te esperaba, Sagis o Salvador, y acostumbrarme a una persecución es lo mismo que dejarme atrapar», dijo entre la rabia y la queja: «Así le ocurrió a mi padre y, ya sabes, la consecuencia ha sido fatal».

Yo no entendía ni me importaba entender. Me bastaban los hechos. Estábamos allí, coincidíamos: ¿no era perfecto? Y se lo dije sin pensarlo ni media vez: «Estamos

aquí, coincidimos: ¿no es perfecto?» «No: primero es patético y después es muy peligroso», se desesperó: «Tú no sabes nada y no te importa saber». «La vida es hoy», me justifiqué con una seguridad que yo no tenía. «Mira, cholo», la voz se le rajó: «mataron a nuestros padres, mataron a nuestros hijos, mataron las calles, los caminos, la tierra silenciosa», a mí me parecían versos otra vez, «mataron a los que son, a los que saben, a los que sienten, mataron la casa, el cajón, la frente del presidente, me van a matar a mí que no sé nada y no me importa saberlo, ¿al menos sabías eso?» Por mi expresión era evidente que no. «¡Ellos ya están aquí...!», aulló al borde de la histeria. «El poder rastrea por telepatía. Desde el Valle de Elqui lo saben todo: desde ese ombligo espiritual nos olfatean como a lauchas, hasta aplastarnos la memoria primero y el resto de la cabeza después».

Para mí era suficiente. Exploté: «¿Pero ellos quién, coño?!», me pegué al busto y la cogí por las pantorrillas, intentando bajarla de su tribuna sin cordura pero con tanta cuerda. Ella intentó defenderse con aquella mirada suya tan vaciada de caos y de significado. Mas no me importó. De un tirón la bajé. Y con el impulso de tumbarla, rodamos juntos sobre las piedras de lo que, más de diez años atrás, pudo ser el jardín de lujo de algún miembro mediocre del PCCChile. Quedamos a los pies de un tronco con tarja. Era un álamo de importación, leí en el oxidado metal, sembrado en mil novecientos setenta y algo por no sé cuál poeta antifascista, si bien el monumento ya era sólo una tarja sobre el tocón.

«¿Qué te pasa, loca?» Ella en silencio. «¿Qué te pasa, Ipatria?» Ella en silencio. «¿Qué te pasa, mi amor?» Ella en silencio. Y entonces salté sobre sus caderas y allí me instalé: ella todavía en silencio. Y la estremecí como



a un animal rabioso, maniatándola bajo mi peso y moviéndome casi al galope contra una resistencia que al final nunca surgió: ella siempre en silencio.

Tuve una erección obscena y no la disimulé, sino que hiqué aún más mi bulto en su entrepierna. La fui a besar en la boca y ella me escupió. Le grité: «¿qué te pasa, chiloca, te da pánico la tortura?» Ipatria rechinó los dientes, yo amé su absoluta vulnerabilidad. Tuve ganas de penetrarla allí mismo. «¿Qué te pasa, chiloca, no quieres que te delate yo?» Y entonces ella por fin reaccionó: simplemente tuvo un desmayo. Aquél era el triunfo de su defensa. Y también mi humillación de imbécil verdugillo nacional.

Perdí la erección y mis músculos todos se relajaron, también mi cerebro saturado de ganas, lástima y café funerario. Me dio pena: me di pena. Hubiera podido correr, pero la vergüenza me paralizó. Me di cuenta de que el único loco de aquellas escenas de viernes era yo, que casi destruyo al único ser que en mis noches de insomnio alguna vez me miró. Tuve deseos de cantar para pedirle que me perdonara. Y canté para pedirle perdón. Le susurré nanas infantiles bien tiernas: son las únicas letras que recuerdo, aunque con erratas. «Dame la mano y danzaremos, dame la mano y me amarás», canté para Ipatria tan desafinado como no pude evitarlo: «porque seremos en la danza como un horror y nada más».

Un pájaro nos pasó por encima y graznó. O un murciélago: ¿cómo distinguir a mitad de apagón? Igual fue escalofriante. Dejé de cantar y me senté a su lado a esperar que volviera en sí. Tuve miedo de que se estuviera asfixiando y le di un boca a boca desde el fondo de mis pulmones. Ipatria comenzó a respirar mejor, recuperó el descolor de su piel perfecta, y al poco rato se incorporó,

casi abrazada a mí. Su larga bata de tela blanca, como de nylon, le quedaba preciosa. Parecía un ave de rapiña a la que hubieran obligado a volar hasta caer abatida. Tenía saliva alrededor de la boca. Se la quitó, y también descorrió un mechón de pelos que le borraba los ojos. Me miró desde una recóndita paz. Su frente sudaba, a pesar de que hacía frialdad. Y entonces no sé si me lo ordenó o me lo imploró: «Por favor, Sagis o Salvador, llévame ahora al mar».

Y yo la cargué hasta la costa: el estéril dienteperro cubano de La Playita de los Chilenos. La luna salía entre las azoteas y rebotaba enseguida en el cenit, tras las nubes de guata y algodones de rojo rubí. Me arrodillé con Ipatria en brazos, si es que Ipatria se llamaría por fin, incapaz de lanzarla y lanzarme al agua con ella, hasta desempercudir su pánico y mi ansiedad. La deposité con cuidado sobre la línea de espuma. La sombra fatua del pájaro todo el tiempo nos acompañó. Tenía un cuello larguísimo, al estilo de un cañón, y se movía en círculos cada vez más abiertos, en contra de las manecillas del reloj, hasta diluir sus giros en contra de la madrugada, retrasando así el final de aquel viernes 17 que en mi memoria nunca llegó a hacerse sábado del todo.

Volví a besar a Ipatria, en la boca. Fue apenas un roce. O aún menos: una premonición. Su aliento era tibio y gentil, pero también muy tajante y gélido, sin paradoja ni contradicción. Le estreché las manos en un gesto de adiós con el que en realidad le pedía que, al menos por una noche, ninguno dijera de nuevo adiós. Pero la vi sonreír sin mover un solo músculo de la cara. Algo siniestro hacía evidente que, sin necesidad de palabras, su cuerpo le estaba imponiendo al mío que ya no siguiera allí.

*Me detuve en el capítulo de tus héroes,  
en voz alta dije la página de tus vinos.*

El 24 fue nuestra noche peor. El fulgor de tantas fogatas por cuadra, inútilmente pujando contra el apagón general, casi me conmovió: la angustia se me coagulaba en los pómulos y no me dejaba participar de aquel espectáculo. Yo caminaba bajo el semáforo ciego de Vía Blanca, a esa hora devenida Vía Oscura, y pensaba en el destino de Ipatría una semana atrás: gata combada entre mis brazos y el dienteperro, tensa como una lira desafinada de música y de pavor, con los puños y el rostro crispados por quién sabe cuál pesadilla mitad insurgente y mitad oficial.

En la caseta de tráfico roncaba un policía. Lo iluminaba sólo una vela y usaba un periódico de letras rojas en lugar de una manta: «El Mercurio», pude leer. En su radiecito de pilas, aún se malescuchaba un juego de beisbol. Desde el Estadio Nacional, único escenario con luz del reparto, el equipo Metropolitanos perdía, como de costumbre, por un denigrante score. El narrador hablaba de una «última oportunidad para la esperanza roja de la capital» y yo seguí de largo hacia La Siberia, la zona cero de Alamar: por esta vez quería volver a mi escondite antes que la medianoche me sorprendiera tan triste en medio de la alegre Nochebuena popular.

«¡Ellos están aquí!», fui recordando entonces los barboteos de Ipatría siete noches atrás, donde «ellos» eran los «provocadores del VOP y el MIR», me dijo, «y los cadáveres del Caleuche resucitados en Villa Grimaldi», me dijo, «y el Cochero de la Muerte paseando a los agitadores del Radical y a los del Plan Zeta y el Alfa», me dijo, «de la mano con los momios de la Concertación

y los Chicago Boys del Senador Vitalicio», me dijo, «y los monjes de Colonia Dignidad y los de la Recta Provincia y los de Patria y Libertad y los del FPMR y la Escuela de Mecánica», me dijo, «y los buitres del tacnazo y los del tancazo», me dijo, hasta que me fue literalmente imposible retener tantos nombres, alias y apellidos entresacados de sus dientes de piedra lunar: «Veaux, Mongliocchetti, McAntyre, Lotz, von Schouwen, Ayrwin, Edwards, Salvattori y Superonfray», entre tantos y tantos de aquella Primavera Rota o Roja, ya no entendí muy bien, en lo que parecía ser una tétrica rimita infantil al estilo de «dame la mano y matarás». Pero igual no había nada que entender en Ipatria, que tal vez nunca se llamaría Ipatria del todo: bastaba respirar su aliento cetónico para comprender el brillo desesperado de sus nervios, acaso tan largos y frágiles como sus extremidades. Y tan fríos.

Ese viernes 24, los doceplantas sin luz parecían mogotes de la era jurásica: geometría elemental sin memoria ni amnesia. Media cuadra antes de llegar a mi refugio la vi, sentada sobre el contén, bajo una pancarta de fe o al menos de fidelidad al futuro. Iba pelada al rape, calva de remate, y al parecer esperaba por mí. La reconocí al vuelo: el color de su piel lánguida la delataba, como una explosión de neón importado desde algún pico cianótico del Cono Sur. Sentí euforia al verla: una alegría imposible de reprimir medio paso o medio silencio más. Y reí, llegando de un salto hasta ella, que me extendió un papel muy serio, como si nuestro azar no significara nada precisamente por tanto significar. Así, por primer y único viernes pude recorrer el mapa neurótico de su caligrafía mínima, de criatura que cabe adorablemente dentro de una mano. Ipatria me había escrito: «un pájaro echado a la intemperie se convirtió en

un bosque suave y nada ni el asombro y nunca ni la duda y nadie ni la noche destruyó aquel aire».

Era bello. La agarré. Quise darle un abrazo. Oler sus poros. Que me pasara una parte de su locura esplendente: la mía se iba haciendo tan pobre que... Sentí su mano fría en la mano aún más fría con que yo sostenía la suya, solitarios a dúo en un contén de La Siberia cubana. Con mi frente acaricié su cabeza de huevo y me pareció que ese cráneo andino bien podía estallar como una granada: pedazos de piel entre pedazos de los edificios sin Alamar. Era obvio que no nos quedaba nada. Ni nadie. Y que nunca iba a ser nuestro último viernes para coincidir por casualidad en un dormitorio obrero llamado La Habanazar.

Entonces me lanzó un reto y una profecía: «El próximo viernes te espero en el bloque Ch-73». Y lanzó un beso al aire casi rozando mi boca. Tragué su hálito dulzón y fétido, como la respiración asmática de los 666 volcanes que recortan a Chile del resto de América: de los restos de América. Y se paró de un salto y, por supuesto, de otro salto se fue, devorada por la incipiente madrugada y por mi indecisión al borde de la indolencia: ella siempre partiendo y yo sin atreverme nunca a partir. Ni a romper algo. Aunque no fueran más que las tres sílabas de aquella palabra: I-pa-tria...

## 5

*Pero la sangre era árbol vestido de piedra.  
Pero la mano era ala nacida en la piedra.  
Pero la noche era fuego apegado a la piedra.*

Cogió el cinturón y se lo abrochó a la cadera, desnuda. Entonces colgó la afilada hoja a su izquierda, adoptó una cómica pose de caballero andante del siglo XXI

(«caballero andino», según ella), anunció solemnemente que «mi patria es la espada inglesa de América», y comenzó a marchar con estilo de cadete republicana. Iba de una pared a otra de su habitación, abriendo en ángulo recto las piernas, como tijeras de jardinería militar.

Yo sólo miraba, sin interferir con aquel alef maléfico. Veía sus músculos tensos, tironeando la piel blanquísima y su sexo invisible en el medio: estaba depilada con precisión citostática. Veía sus senos, dos círculos dobles tatuados a cada lado del esternón. Veía la punta del desnudo metal, rozando a ras del tobillo y raspando un crucigrama de tajos que adornaba su pie: las cuentas de sangre goteando sobre las frías baldosas. La veía a ella y me veía también a mí, tiritando: a un tiempo títeres y tirititeros, sin retablo ni indumentaria. Y vi el discurso imposible con que ni ella ni yo alcanzaríamos a describir todo aquello: escenario molecular dispuesto para ningún espectador adentro o afuera. Para nuestra historia de dos ya no quedaba público. Acaso el público para cualquier historia siempre había sido eso: una comfortable ilusión.

Estábamos en su sala, en un duodécimo piso indistinguible de los duodécimos pisos del Reparto Chileno: desde 1989, un suburbio secreto dentro de Alamar. Me esperó sentada en los escalones y me invitó a subir con un gesto. Yo la seguí medio metro detrás, por las escaleras tachadas bajo el impoluto apagón: aguinaldo estatal por ese día 31 en que se acababan el mes, el año y también el siglo y el milenio. Me guiaban sus pisadas y el blanco fosforescente de su chamal: telilla fantasmagórica como la huella de una flor o un pájaro que nadie nunca terminará de nombrar.

Empujó la puerta y entramos: estaba entreabierta. «¿Te convences ahora, Sagis o Salvador?», parecía complacida con la supuesta demostración: «ellos estuvieron

aquí», y se alejó para regresar enseguida con un gran mazo de velas. Las encendió, una a una, durante cinco o cincuenta o cinco mil minutos, hasta que el humo casi nos asfixió. Comencé a toser ridículamente y ella misma me condujo al balcón. Respiré. Hondo, hondo, hondo. Y desde allí noté que adentro no había muebles, excepto el televisor o una sombra sin patas que simulaba ser un televisor: el piso, las paredes y el techo parecían de atrezzo, utilería removible para dejar que la casa flotara de cuando en cuando en el aire.

Desde mi altura vi nuestra propia sombra proyectada al vacío. En el cuello sentí el fragor tibio de las velas. En la cara me golpeaba la frialdad de un fin de año asomado al borde del planeta. Ipatria se había desnudado sin pronunciar palabra y se sentó sobre la barandita. Me asustó su desequilibrio y quise sostenerla al menos por el talón, pero ella me rechazó con una patada de juguete, y al tacto noté el duro postillaje, o tal vez ya espuela, que crecía en su tobillo izquierdo.

Allí estaba Ipatria entera para mí, diáfana más que desnuda. Ya era sólo cuestión de saber leerla entre mi desidia y su desamor: enciclopedia del vértigo y del naufragio. La única vida del paisaje eran las luminarias con baterías del Estadio Nacional, donde seguramente Metropolitanos aún perdía jugando al beisbol. Ipatria lo señaló para mí: «¿cuántos grimillones de cuerpos cabrán allí?». «Ni uno solo», le dije, «se compite para que existan la radio y la televisión». «Te confías demasiado de tu ignorancia, Sagis o Salvador», no le hizo caso a mi ironía, «pero tarde o temprano, por la razón o la fuerza, en ese estadio también...» y dejó la frase por la mitad.

Fue entonces cuando se armó de cinturón y espada. Se lo abrochó a la cadera y se colgó la hoja a la izquierda.

Hizo un chiste sobre las oscuras leyendas de un «caballero andino» que vagaba sin pies ni párpados de un polo a otro de Chile, según las madres se acordaban de él para asustar a sus guaguas, y entonces Ipatria me habló de la suya: «Es la luna quien succiona mi cuerpo», declamó mientras aún marchaba. «Mitad sombra, mitad grito: asciendo en espiral entre viscosos líquidos que me perfuman». Me miró orgullosa: sus labios una línea apretada, sugerida apenas, como la tábula rasa de su entrepierna. «Son versos de mi madre, tarado», se cuadró en firme: «todas las palabras mi madre las ha dicho antes por mí».

Y enseguida me contó detalles de aquella otra mujer, su madre mártir, mientras volvía a recorrer en círculos la habitación: sus piernas, un par de tijeras sobre la bisectriz de su sexo; sus tobillos sangrantes a la luz de las velas que simulaban un estudio paleolítico de televisión. «La espada es mi patria inglesa de América», repitió pervirtiendo la frase, y se subió otra vez en la barandita. Yo me puse igual nervioso, pero no intenté sujetarla ahora. Ipatria cruzó ambas piernas sobre el arma y se acarició contra el filo fácil de aquel metal. Movía la espada en uno y otro sentido, en un abrazo cada vez más estrecho y rápido. Al final la hundió dura y mansamente en su sexo y gritó: «¡Algo así fue lo último que mi madre sintió: el frío de los milicos por dentro!»

Estaba loca. No entendí ni pretendí comprender. Yo estaba loco también, ¿y qué? Igual la deseaba con toda su desidia y mi desamor, en cualquier orden y en ninguno. Tuve una erección clínica. Como en la funeraria al tomar café y oír los gimoteos de los dolientes de los mártires de Alamar. Como en la noche de la estatua. En un arranque de acción pura, me saqué la ropa y se la entregué: quería decirle algo con aquel gesto, pero aún no



imagino qué o para qué. Que me viera convertido en mi propia bestia, quizá. Que supiera cosas dolorosamente reales de mí. Que no me expulsara este viernes a la soledad popular que lo rebosaba todo allá afuera, rebasando mi resistencia para sobremorir. Que me amara, supongo, hasta que yo pudiera resucitar para amarla, supongo, y resucitarla a ella después. Que bebiera de mí y me hiciera reventar, la muy puta de importación Made In Chile en 1973. Que se alimentara de mis líquidos coagulados y de mi carne insomne ya a punto de incendio como un palacio presidencial. Que fuera un poco yo para siempre y yo ser siempre un poco de Ipatria. No sé. El lenguaje por momentos no alcanza.

Pero ella no pareció notarlo. Nada de nada. Su única reacción fue oler mi bulto de zapatos y ropas durante el minuto más eterno de América, antes de lanzarlo en parábola hacia afuera, en picada libre al otro lado de la barandita, donde lo vi flotar inútilmente en la brisa marina hasta ser tragado doce pisos más abajo por la fuerza de la gravedad. Así mismo voló mi madre», me apuntó con el índice izquierdo: «así los peritos la volaron encima del mar, y desde aquella primavera de septiembre nadie nunca la vio», dijo arqueando las cejas. De manera que ella y su padre aún más huérfano que ella salieron, a través del costurón de montañas, hacia una pampa de gauchos insufribles y pésimos aires. Y desde allí se montaron en un carrusel de exilios que desembocaría justo en aquel piso doce del bloque Ch-73.

Entonces se tiró de la barandita, espada en ristre, y me haló sala adentro hasta tumbarme en el chasis sin patas del televisor, que no era un televisor sino una maleta: ataúd de álamo o tal vez araucaria. «La revolución portátil de mis padres está presa completa aquí», sonrió

Ipatria y se me encimó. Se sentó a horcajadas sobre mi cuerpo y crispó una mano en mi nuca. Enarcó las piernas y se clavó, como hiciera una escena antes con el mudo metal. De hecho, todavía sangraban sus muslos, a cuentagotas. Con la otra mano se dio impulso en mi pelvis, moviéndose limpiamente dentro y fuera de mí, penetrada seca y duro hasta bien abajo. Yo no intenté movimiento alguno: era tan excitante contemplar en inerte su ejecución que... Además, tenía un cuerpo bello y desesperado. Además, yo no la conocía en absoluto y hacía mucho que ningún cuerpo se me acercaba sin tasar un precio primero. Entonces la madera crujió bajo mis nalgas y la maleta cedió de súbito con un quejido de ave rapaz.

Nos revolcamos con la explosión, cuerpo a cuerpo. El piso era hielo que hincaba y un escalofrío me recorrió de las plantas a la columna a los parietales al esternón. En uno de los giros, sin querer empujé a un lado su cabeza de piedra lisa y fue entonces que definitivamente lo vi. Lo vi. Lo vi. Lo vi. Y pegué un chillido de pánico, de pájaro: «¡allí!» Y ella saltó a mi cuello como un bebé: «¿Allí qué, Salvador, allí quién, Sagis, allí dónde, por favor?», y en la brusquedad de los tironeos, su espada lasqueó mi pierna. Me doblé de dolor. Abrí la boca en forma de letra O, acaso de número 0, pero no pude pronunciar ni una sílaba entre tanta imagen y tanta imposibilidad.

«¡Allí, un pájaro, o yo qué sé!», dijo al rato y la desprendí de mi tráquea para que no me asfixiara con su histerismo. Intenté pararme, mas la rodilla cortada me lo impidió. Miré mejor y, en efecto, sería un ave gigante o su silueta, en la misma pose de Ipatría antes sobre la barandita. Sería su madre mártir, no sé. Lo cierto es que Ipatría ya rebotaba con rabia contra mi garganta, muchacha de muelles retorcidos a base de miedo y pavor.

Así que tuve que pegarle en la cara y, como aún seguía sin reaccionar, la empujé tan lejos de mí como pude, como quien lanza al infinito una bala o un balón. Y con el gesto sentí que estaba desprendiéndome de algo que yo no sabía cuánto me deshabitaría por dentro después.

Ipatria salió desprendida con demasiada inercia por encima del balcón, como si fuera otro bulto de zapatos y ropas. Como si fuera su madre poeta tres o trece décadas antes, arrojada a ras de la Antártida por un coleóptero artillado del Ejército de Salvación Nacional. O como si Ipatria fuera la sombra de aquel pájaro repentino que, sin abrir las alas, también se dejó caer: los dos cuerpos rebasaron la barandita que ya no contenía al vacío del otro lado, y fueron tragados en un pestañazo por el fin de año iluminado sólo por las velas de su apartamento y las torres del estadio de beisbol, donde Metropolitanos aún no se aburría de agonizar bajo un denigrante score.

Me quedé hueco a mitad de sala. Mi rodilla abierta de un tajo no me hubiera permitido asomarme al balcón, pero el inminente cambio de fecha tampoco me ilusionaba: de los mil novecientos noventa y algo al dos mil nada, el año cero. Casi me convenzo de que ese viernes 31 allí no había ocurrido absolutamente nada, excepto la descripción de los incontables objetos que la maleta había dispersado sobre las baldosas. Eran iconos del holocausto mundial en el que se sacrificaron los padres de Ipatria: banderines, posters, recortes de titulares, fotos, volantes, folletines y mamotretos, bonos, boletas y brazaletes, pegatinas, entre otros objetos más difíciles de identificar. Pero, por suerte, recorrer con la vista aquella parafernalia de esquirlas me sosegó: asumí que diciembre entero había sido escrupulosamente real y que eso justificaba aún más su verosímil irrealidad.

Empezando por aquel nombre de tres sílabas que yo acababa de lanzar a la nada chilecubana de Alamar.

La vista se me nubló. Sentí frío, arqueadas, náuseas. Después sólo ganas de dormir y de no despertar hasta el próximo siglo veinte. Era absurdo. ¿Me estaría desangrando, a cuentagotas, como los muslos y el pie izquierdo de Ipatria? ¿O mi cabeza de fósforo rayado por la lija de esta historia me hacía trampas con tal de no regresar a La Siberia ni a la «Mártires de Alamar»?

Respiré. Hondo, hondo, hondo. Aún tenía que recorrer la madrugada infartada de América, hasta ubicar un policlínico donde alguien me deseara «feliz año nuevo» antes de fingir interés en mi sutura. Aún tenía que arrastrarme piso a piso por las doce escaleras, antes de encontrar mis ropas alfombrando el jardín ruinoso allá abajo, o tal vez guareciendo la desnudez mortal de la estatua con gafas: carriada de óxido rojo, pero alzando una metralleta no menos mortal. Aún tenía que exorcizar sin tanto patetismo retórico la mirada muerta del desamor: esa angustia antigua que sedimenta en mis pómulos y en mi tráquea, paralizando cualquier acto de cercanía con alguien que no sea yo. Aún tenía que alejarme de aquel reparto y ya ir pensando en mi siguiente sesión de viernes, verdadera patria extranjera de mis semanas tan largas como mis noches, demasiado largas de sobrellevar: túneles ciegos hasta poco después del alba, cuando consigo por fin rendirme en un parque, sólo para que un enjambre de niños con uniforme me zarandee enseguida hasta hacer añicos mi pestañazo y catalizar mi ansiedad, catalizar mi ansiedad, catalizar mi ansiedad. Aún tenía que decidir si Ipatria había sido en definitiva su nombre, o si la palabra quedaba libre en mi mente para cuando apareciera o desapareciera alguien más. Aún...

## TOKIONOMA

Violento suspiro de un japonés. Todas las noches lo veo. Viejo. Senil. Habitante de isla. La mayor de las antiguas. Un ser que exhala su aire como quien expira.

Casi cien años. Tiene. Nació a mediados del XIX. Y sólo a mediados del siglo XX lo consigue expulsar. Su aire. Se llama enfisema y no tiene cura. Ni siquiera en Japón. Mucho menos en pleno agosto de 1945. Un verano del mundo no más infernal que el resto de la realidad.

En los suburbios de Tokio. Desde allí escucha sus noticias en japonés. Literalmente. Porque son suyas. Él las reinventa. El locutor comenta sobre otra ciudad de isla enteramente borrada. Él suspira. Ya va quedando menos del mapa. Falta sólo el borrón atómico de la capital imperial. Y luego llegaría por fin el turno del japonés, una última oportunidad de tachar ese idioma no tan retórico como reiterativo. Una lengua que enfatiza a tiempo. Al principio muy complicada pero, con la práctica de años, tan sencilla como el arte de respirar.

Lo veo exhalar como quien expira. Violentamente. De alivio. Anhela el fin de su historia. Literalmente. Porque es la suya. Ansía el vacío del mapa. Y teme que no le alcance el tiempo para enterarse de la noticia, de ese comunicado por radio en la locución eterna de un vocero imperial.

—Ojalá que Tokio no tarde —pronuncia con los ojos cerrados, aunque sus retinas hace décadas que ya no ven. Nada.

Yo sí. Yo veo.

Veo aquella frase y suspiro violentamente. Me falta el aire. Me parezco a un japonés. Viejo. Senil. Habitante

de otra isla. La menor de las antiguas. Casi cien años. Tengo. Nací a mediados del siglo XX y aún suspiro a mediados del XXI. A estas alturas de la historia apenas me queda tiempo para escuchar mis noticias. Literalmente. Porque son más. Yo me las reinventé.

Sólo que el idioma español es demasiado retórico para reiterar. Y eso es lo más peligroso. Habitamos una lengua que a nadie le avisa a tiempo. Ni siquiera el locutor muestra algún síntoma de preocupación. Ahora todo mapa parece eterno, mientras sea narrado en español. La historia traducida a este idioma es una estera sin fin. La memoria se hace tan imborrable que provoca dolor.

—Ojalá que Tokio no tarde —me escucho doblando la misma frase del japonés.

Ojalá que Tokio no tarde, pronunciado en la capital de ningún imperio. Ojalá que Tokio no tarde, en un amnésico español que no anestesia ni media palabra. Ojalá que Tokio no tarde, con mis dos ojos tan abiertos como ceros atómicos, las retinas tragándose y a la vez borrando hasta la última frase de luz. Ojalá que Tokio no tarde, en pleno agosto de 2045: un verano del mundo no más infernal que los restos de la realidad.

## ENTRE UNA BROWNING Y LA PIEDRA LUNAR

### 1

Recogimos una piedra lunar. Una de esas piedras rosadas que caen de la luna atraídas por la fuerza de gravedad. Una piedra del tamaño de un puño. Áspera a sobrerrelieve, laberíntica. Una piedra de luna fácilmente confundible con un coral. De fuego, en estado de excitación o extinción. Como un cerebro de miniatura. Por supuesto, fue Ipatría quien la nombró:

—Se llamará Clito —nos dijo—. La diosa solitaria y apócrifa de la historia y la sexualidad.

Y todos reímos de su ocurrencia al nombrar la piedra.

Como de costumbre, no entendíamos ni una sólo de sus palabras. Con el lenguaje nunca nadie la superó. Con la lengua tampoco. Por eso Ipatría tenía todo el derecho a nombrar. A ella y cada miembro del grupo. Y también a tragarse cada miembro de los cuerpos de cada miembro del grupo.

Ipatría era una gran boca abierta al estilo de un cero voraz.

### 2

Una Browning de 15 tiros. Una pistola extranjera, como toda arma. Cargada, por supuesto, como en aquel tema anglo sobre la felicidad, cantado medio siglo o medio milenio antes del nacimiento de Ipatría: *la felicidad es una pistola cargada, cansada*.

Ipatría apuntó a lo lejos. Al vacío recóndito de la noche. A nadie y nada en particular. Ipatría apuntó en medio del parque de la Asunción. En el medio de Lawton,

La Habana, Cuba. En medio de América y el planeta Tierra. Ipatria apuntó a la luna, hacia arriba. O al menos eso nos pareció. Entonces, de un súbito giro, se metió el cañón en la boca. Esa era su especialidad: usar la boca como amenaza inmediata de matar o hacerse matar.

—No juegues que está cargada —le dije—. O dinos dónde encontrar otra boca así.

Ipatria me miró. Desearía creer que sonrió. Gélida. Sudaba bajo la luz blanca del parque, filtrada entre los últimos pinos de la ciudad. Sudaba hasta por los ojos. Puede ser que llorara. Sudor frío, lágrimas adrenérgicas, entre otros fluidos andróides que ningún humano ha visto jamás. Ipatria, la más solitaria y apócrifa de las diosas de la historia y la sexualidad. Ipatria, la madre de clito, browning, y el resto de las palabras. Ipatria, orate y lúcida como un círculo recortado de luminiscencia lunar. Ipatria se sacó el cañón de la boca.

Bajó la Browning de 15 tiros. Bajó sus brazos de neón anémico. Bajó las cejas, bajó los párpados. Bajó los dedos y el arma cayó a tierra, atraída por la fuerza de gravedad. La vimos rodar por el césped hasta llegar al fango, donde se encajó de cañón sin emitir quejido o disparo.

Nadie en el grupo se atrevía ahora a reaccionar. Ipatria tampoco. Se nos habían descargado en masa las baterías. La luna parecía una lápida desteñida de coral. De fuego, pero ya fatuo.

—Uno de estos días, ya verán —se alejó protestando Ipatria hacia su banco eterno del parque de la Asunción: el que no tenía respaldo.

De una u otra forma siempre todo empezaba así: a través de Ipatria y sus amenazantes frases que leíamos con imposible fascinación.



Una noche decidimos recorrer en ómnibus la ciudad. Atrapamos al vuelo una 23, ruta trasnochada a lo largo y estrecho de la avenida Porvenir. Ya dentro, nos apilamos en la parte trasera, aunque nadie más viajaba en la guagua.

Serían las tres o tres y media de la madrugada. Y a esa hora el mundo casi no existe en La Habana: La Hanada, según Ipatria. A esa hora ya sólo existía Ipatria. Desnuda, como de costumbre. Bailando en cámara lenta con su piedra lunar. En público, en grupo. En un ómnibus propiedad del Estado. Ipatria lunática. Húmeda y ríspida, laberíntica. Ipatria petrificada y calva, cerebral y afeitada. Pura piel sintética sin accidentes. Ipatria, divino despilfarro desvelado de la d y otros demonios antidiurnos.

La rodeamos para protegerla de los curiosos que quizá en otro espacio-tiempo pudieran aparecer. La rodeamos para ponerla a salvo del paisaje irreal que corría a tope de velocidad al otro lado de las ventanillas, película mal fotografiada que íbamos dejando atrás: de Lawton a Luyanó a Centro Habana al Vedado. La rodeamos para verla, porque era ella el centro de nuestras noches en grupo, fuera en ómnibus o caminando: porque era ella nuestro eje gramatical. La rodeamos para que fuera libre de moverse al compás del motor, bailando sobre infinitas ondas cuánticas de un solo tono. Blanca, insonora, nano. Arcoiris monocromático de ningún decibel.

Y entonces la vimos meterse ahí dentro la piedra: a Clito, bien hondo por su entrepierna. Y después meterse ahí dentro también un puño, el derecho: sus cinco dedos cerrados en forma de arrecife coral. Nervaduras y venas, furia rosada, piramidal. Y meterse ahí dentro el resto de su brazo después, hasta quedar inválida, asimétrica.

Y meterse ahí dentro el resto de su cuerpo, hasta casi desaparecer: medusa traslúcida a la altura de la avenida 23, rampa de lanzamientos para colocar su cuerpo invaginado en la luna, satélite genital devenido ahora muñón.

Más que desnuda, Ipatria bailó invisible en la parte trasera de la 23. Rodeada por nosotros, que de pronto ya no rodeábamos a nadie. Y todos sentimos nuestros sexos duros y babeantes, por la excitación de esa misma nada. Y ya no pudimos o no quisimos o no supimos evitar que su cuerpo se nos esfumara hasta quedar a flote como una niebla transnacional. Aire y asma y asfixia: smog del subdesarrollo, somnomemorias tatuadas en el hielo sucio de un cometa que nadie en el grupo supo si volvería a bailar. A brillar. Ni siquiera el chofer de la 23 que, por supuesto, en todo el viaje no se dio cuenta de nada: zombie institucional de correcto uniforme y reloj.

Esa noche nos despedimos sin rozarnos apenas. Ni el grupo ni Ipatria. Ni un beso. Ni un chiste. Ni una nalgada. Pero tampoco ni un sólo anuncio del fin. Cada cual solitario a su apócrifo hogar. A rebajarse el alma retorciendo los cuerpos sobre la cama, pensando en Ipatria: hedonistas y hastiados, onanismo autista. Siendo todos un poco Ipatria a esa hora sin hora. Rezando mientras nos veníamos con tal de que, por favor, Ipatria, ojalá reaparezcas la próxima noche en el parque de la Asunción. Ojalá que surjas de la nada, como siempre, tan lustrosa de blanco y sin un sólo pelo en el cuerpo. Con tu boca y tus manos ya listas para la acción que cada miembro del grupo imita ahora en su cuarto. Y, como siempre también, Ipatria, ojalá que en tu cintura refulja un arma sin alma llamada Browning, mientras en tu pecho plano pendule el puñetazo rosado de Clito, nuestra piedra lunar.

Otra noche bajamos hasta el estadio, en la recurva de las líneas del tren. Nos tumbamos sobre la grama, a ciegas, y oímos en primer plano los pitazos de las locomotoras. Locas, locuaces. Formidables máquinas de importación, tan pesadas que las vibraciones rebotaban en nuestros pulmones a través de la arcilla y la clorofila dormida de la hierba profesional.

Daba la sensación de que los trenes avanzaban sobre el estadio. Que el terreno de béisbol estaba siendo bombardeado. Que no nos daba tiempo a una fuga. Que nos veníamos de miedo y frío entre los raíles, de puro pánico en paralelo, mientras una rueda aceitosa y bufante nos clavaría por detrás, placenteramente enterrando el dolor de nuestros esqueletos en la grama vegetal. Entonces Ipatria se paraba y comenzaba a dar gritos.

Eran chillidos de animal rebanado: partido por la mitad o abierto en canal. Ipatria, hembra desesperada que estalla por la boca con un hambre fónico, de piedra de amolar: laberíntica lija de gritos obscenos, acordes palatinos sin más armonía que el eco y la distorsión. Ipatria mal afinada bajo la carpa de estrellas ya muy aburridas de sus elipses y órbitas. Ipatria despertando a los vecinos al otro lado de las vías del ferrocarril.

Y entonces, para eludir la furia de las primeras luces encendidas y ventanas abiertas, el grupo completo interrumpía su sexo contra la tierra y nos perdíamos esa noche de allí. Con Ipatria a la cabeza, todavía estentórea: en estéreo. Faro de luminiscencia blanca en un pentagrama de clave sostenida menor. Todos otra vez con unas ganas cósmicas de regresar a nuestros apócrifos cuartos y, cada cual en solitario, revolvernos rabiosamente en la cama hasta eyacular o morir. Por más que

la frase parezca una consigna sin misterio del peor ministerio estatal.

## 5

A veces Ipatria usaba la Browning para hacer prácticas de 15 tiros. Con Clito. La zona del paradero de guaguas era la más apropiada, por remota y por el exceso de iluminación. Todos los postes del alumbrado público funcionaban allí, si bien la policía nunca se atrevía hasta esa zona de Lawton. Tampoco quedaban muchos vecinos. Por lo demás, desde allí se oía el rumor del río Pastрана, que dispersaba el eco hueco de cualquier disparo. Incluidos los de la Browning de Ipatria.

Ella colocaba la piedra a casi una cuadra de distancia: algunos pasos de menos, rara vez medio paso de más. Ipatria apuntaba entonces durante largos minutos, horas enteras tal vez, hasta poco antes del amanecer. Lo hacía siempre desnuda, sus nervios tiritando bajo el falso invierno nocturno y el peligro imaginario de aquel rincón muerto de la ciudad.

El grupo se limitaba a hacer silencio a su alrededor. La rodeábamos hasta hacer inservible su desnudez. Todo para que, de pronto, en 15 segundos de gloria, Ipatria descargase la ira automática de su cargador. 15 tiros con silenciador: 15 fogonazos de muda rabia. Y llegaba entonces el ritual de presenciar cómo Ipatria se volvía a vestir. Botines de plata, un vestido ancho y una bufanda de papel periódico sin imprimir. Todo blanco excepto la Browning, aquella pistola parda.

Era sobrecogedor verla empujar su piel dentro de la tela, como si no cupiera completamente en la ropa. Y tal vez por eso Ipatria se quejaba. Bajito: susurros y ayes. Apretaba los labios. Se olía las manos: sudor a punto de

condensación. Intentaba introducirse de nuevo un milímetro más. Contorsionaba, luego ya en calma, y se relamía para ayudarse a enropar con su propia saliva. O con el rocío de su frente. O acaso fiebre. Hasta que Ipatría parecía quedar conforme de su apariencia vestida y taconeaba entonces la distancia que la separaba de su diana o víctima o piedra lunar.

Tac-tic, reloj en contra de las manecillas del tiempo, tac-tic, anacrónica sin salvación: algunos taconeos de menos, rara vez medio taconazo de más. Así avanzaba hasta alcanzar el blanco de su puntería. Y recogerlo. Lo alzaba como si fuera un animalito cadáver, una mascota caída muerta del cielo, tan sólo para voltearse enseguida y mostrarnos su piedra convertida ahora en trofeo.

Por supuesto, las 15 monedas de plomo siempre estuvieron en su lugar. Ninguna bala de Ipatría jamás falló. Eran 15 marcas microvolcánicas sobre la superficie de Clito, puño pétreo y herido. Eran 15 punzonazos circulares: flor fornicada por 15 balazos o meteoritos de miniatura. Exactamente 15 infartos sin coágulo y 15 chapillas como centavos de importación. Una violación pedestre a disparo limpio, con humo remanente de lunar coralino: con olor a pólvora de Ipatría y su sabor a metal.

Entonces, antes de retirarse a quién sabe dónde en la ciudad, la oíamos silbar altaneramente aquel aire lánguido y anglo *de la felicidad es una pistola cargada, cansada*. Y, por más que lo hacía casi a quemarropa del grupo, Ipatría nunca estuvo más distante de todos que cuando acababa de disparar. Era imperdonable que, después de esperar por ella tantas y tantas madrugadas, Ipatría siempre nos abandonara así, en el clímax.

Poco tiempo después comenzó la moda de los apagones. Los vecinos o los policías o ambos se robaron los bancos del parque y hasta los peldaños de las escalinatas de Lawton. Se robaron postes, farolas, cables, y talaron los últimos pinos para hacer leña en comunión. Levantaron aceras para construir túneles o catacumbas. Se emborracharon fermentando la clorofila del césped y, para colmo de información, de punta a punta del barrio clavaron dos mil pancartas a mano alzada: NO PASE, TERRITORIO MILITAR.

Ipatria se puso triste. O impávida. No parecía entender el espíritu épico de la época. Quería oponerse y no sabía qué hacer. Ni por qué hacer. Había extraviado su intuición planetaria. Se deprimía y ya no nombraba nada. Ni a nadie. Ni a ningún miembro de nadie. Incluso su cuerpo en público la aburría. Ya nunca se desnudaba rodeada por ningún otro cuerpo que le prestara atención. Hasta que a todos se nos fue olvidando aquella lengua rugosa y lisa que Ipatria tampoco ya usaba: se fue borrando su fonía de vocablos y gestos de cuando Lawton aún no era un cementerio de símbolos, sementerio en blanco donde lo único que persistía eran las esporas cactáceas del argot militar.

Era muy cruel ver así a nuestra Ipatria: los brazos caídos, las cejas caídas, los párpados caídos, la Browning de 15 tiros y Clito caídas también. La fuerza de gravedad era un telúrico telón que taponeaba su antiguo apetito. Por eso una noche en grupo lo decidimos. Sin Ipatria, contra Ipatria. Era necesario por todos: no hay grupo humano que sobreviva a semejante estado de compasión. Nosotros amábamos a Ipatria en su borrosa nitidez. Y lo criminal hubiera sido dejarla sobremorir así, como una mediocre más en las madrugadas inciviles del apagón.

La amarramos. Aunque fuera el fin. El nuestro, el de ella. El de Lawton, el de La Habana. El de Cuba y América también. O tan sólo el final de Ipatria. No importa, es igual: la amarramos y ella no hizo el menor intento de resistir. Tal vez hacía mucho que se esperaba algo así.

Desearía creer que sonrió al verse prisionera, libre por fin, acaso burlándose en secreto de tanto pánico alrededor de su paz. Nuestra impotencia la fascinaba: marca defectuosa de fábrica de un grupo tan fracasado como toda nuestra generación. Desearía también creer que al final no fuimos más que conejillos de Ipatria, que fue ella quien desde el inicio así lo planificó.

Ya amarrada, la bajamos al túnel menos accesible del parque de la Asunción: el de los escalones de madera a medio construir. Allí la depositamos delicadamente en la galería, como una pucha de flor de muerto. Entonces la desnudamos y uno a uno le pedimos perdón.

—Ipatria, perdónanos —repetimos hasta que su mirada en blanco nos absolvió:

—Los perdono porque saben muy bien lo que van a hacer —pronunció desde su cuerpo tendido entre los cirios de bodega que nos robamos especialmente para el ritual.

Yo era el último en la fila. Me doblé sobre su silueta tumbada, recta como la manecilla ausente de ningún reloj, y vi cómo los alambres le cortaban la piel y la circulación. Ipatria tenía marcas profundas, pero no sangraba. De su vestido tan blanco aún le colgaban ripios que se confundían con las piltrafas blanquísimas de su piel. Blanco sobre blanco, una fuente de luz muy viva en aquel hueco negro. Y ese era todo su vestuario de cara al bestiario de nuestro grupo.

Le puse una mano en la frente. El sudor me quemó. Fiebre fría. Superficie de luna tras una explosión atómica cenital. Hongo lunático antes que alucinógeno. Se me hacía intolerablemente agresiva la belleza de una muerte en libertad, y no pude evitar escupir sus labios y abofetearla. Le di dos o doce o doscientas veces. Y entonces me despedí pegado a su oído al pedirle, por supuesto, perdón.

—Ahora te toca a ti —me respondió Ipatria para mi asombro, y deslizó su piedra roseta en mi mano, justo cuando el grupo ya se le avalanzaba.

La despatarraron. El olor de su sexo compactó todo el espacio y expandió un apetito animal, atávico. Cada cual hurgaba en Ipatria iluminándose con su propio mocho de cirio, cera tibia y goteante. Cada cual ávido por extraerle la rebanada mejor, la más nutritiva alícuota de su ahora muda locuacidad.

Tratábamos de triturarla. De diluirla en nuestros líquidos sin sentido, aseminales. De halarla cada cual hacia su propio delirio, deleite, delito. De ser posible, descuartizarla sin otra coartada que no fueran nuestros deseos de fragilidad. Al fin y al cabo, nosotros estábamos tan tristes o impávidos como Ipatria, y nunca entenderíamos tampoco el espíritu épico de la época, a la que queríamos oponernos sin saber por qué ni para qué: habíamos extraviado a Ipatria como ella a su intuición planetaria, supongo.

Hundí en ella mi mano hasta el antebrazo. En la derecha, yo aún sostenía su piedra de fuego coral. Tanteé órganos a ciegas, por su textura. El olor a víscera comenzó a dializarse dentro de mis pulmones y sentí náuseas: un vahído, una súbita erección. Quise callarme de una vez en silencio, sin énfasis ni reiteración. Quise



llorar en seco, aguacero anhidro, y no lo logré. Ningún gesto mecánico debía distraerme de hurgar en ella: no quería perderme ni un sólo resorte interno de Ipatria, muñequita de guata célibe bajo el trapo pornográfico de su piel.

No sé. Tal vez fuera un riñón. O el páncreas. O un feto. O un lóbulo de su intestino con heces petrificadas. No me importaba saber. Halé hacia afuera y se lo saqué: en mi puño izquierdo, el arma parda chorreaba vapores de óxido. Fue un parto fluido, ilegible y denso como la leche, sin sangre ni pus.

Mientras, el grupo entraba y salía de Ipatria. Sin puntería, al azar: sus detritos eran nuestro trofeo de caza. Inánime, ella parecía una estatua caída del cielo a la tierra por la fuerza de gravedad. Nunca se resistió ni quejó, dejándonos desamparados con nuestro pedestre ritual: violación sin víctima. El refugio entero comenzó a temblar. El amasijo de túneles y laberintos uteriformes parecía cambiar de mapa mientras el olor a pólvora y vísceras dinamitaba la atmósfera. El grupo seguía rypiándose los despojos de Ipatria, tan energúmeno como de costumbre, pero yo entendí que sobrevendría un colapso, que ya era hora de huir y salvar de aquella podredumbre los dos atributos ipatrios que yo heredaba del parto.

Y así lo hice: huí, tropezando de peldaño en peldaño por las escaleras de palo. Golpeándome hasta perder el sentido, sin inconsciencia ni dolor. Exiliado total sin otra patria que Ipatria. En mis manos empapadas de zumo lunático iban la piedra Clito, aún tibia de nieve, y la Browning suicida de 15 tiros, tan mortífera y melodiosa como en aquel tema anglo, cantado medio siglo o acaso medio milenio antes del nacimiento y muerte de Ipatria: *la felicidad es una pistola cargada, cansada.*

NO PASE, TERRITORIO MILITAR, se lee aún en la pancarta a mano alzada del parquecito de la Asunción. Un paisaje devastado a ras de tierra. Con surcos de camiones y pisadas de pelotón. Todavía sin postes ni farolas ni cables. Sin pinos ni bancos. Sin aceras ni césped de clorofila amateur. Sólo quedan túneles abandonados y galerías subterráneas ya inútiles excepto como cadalso: catacumbas colectivas de nueva y última generación.

Ha pasado el tiempo, tal vez demasiado. Del grupo sólo sobrevivo yo y mis peregrinaciones al cenotafio de Ipatria, en pleno parque de la Asunción: monumento ignorado por los vecinos y policías de este barrido barrio. Las sicopastillas de importación, las inyecciones fumantes en vena, cierto indolente dolor político terminal, el sexo a solas como homenaje póstumo desde mi cama, y las retrobacterias asesinas caídas tal vez de la luna, se han encargado de diezmannos. Mi misión ha sido sobremorir más allá de la desidia y la desmemoria. Y acaso ahora contarlos.

Desde entonces siempre cargo con el contrapeso de Clito y la amenaza de Browning, sin saber cuándo o cómo o con quién o por qué usar esas dos palabras. Pero igual sé que Ipatria tenía razón en aquel instante eterno de nuestra orgía funeraria: *ahora me toca a mí*.

Y así será mientras duren mis noches sin noche en este relato lato que ya a nadie cautiva en las madrugadas de Lawton, La Habana, Cuba y América, donde han taponeado todo nuestro vocabulario hasta trocarlo en un vocabulario de asfixia. Pero ahora me toca a mí. Y así será mientras no aparezca nadie capaz de nombrar a una piedra caída del cielo como un puñetazo lunar. Alguien

que después practique a tiro limpio contra esa piedra, vistiendo únicamente la pistola desnuda de su propio cuerpo, como si en verdad fuera ella la diosa más solitaria y apócrifa de la historia y la sexualidad.

## CUBAN AMERICAN BEAUTY

### 1

La sala era grande y con un cartel de cartón: «Surjery», alguien había intentado en inglés. Otro Juan Ramón Jiménez resucitado en spanjlish, ¡y nada menos que a lápiz! De verdad son osados los muy cabrones, pensé.

La enfermera vino hasta mí y sonrió. Gesticulaba bárbaramente con una ceja, la izquierda. Sería una histerica in potential, no sé. De un saltico adelante la vi quitarme los bártulos, que eran dos jabitas de nylon con ropa vieja y un pequeño bulto forrado con periódicos de la prehistoria –del siglo XX tal vez–, donde se empollaba mi magra colección de pocket books. Todos en inglés, of course, con la excepción de rigor mortis: un poemario de Mao traducido por Ezra Pound ya en el manicomio. «Poemaorio», le decía yo, y lo conservaba desde Cuba por pura jodedera con los amigos, cuando existían amigos. El panfletico incluía unas acuarelas cuyo autor tendría que ser, por lo amanerado del trazo, un homosexual tapiñado bajo el viril ropaje obrero del emperador. O del nuevo shit campeador o Cideólogo posnacional.

Qué porquería, ¿no? Yo siempre con mis libritos de bolsillo y los bolsillos tan broken como mis huesos. Una rata rota que habita las alcantarillas del lenguaje, yo. Aquellos bártulos eran todo mi equipaje y también todo mi hogar: mi hospicio y mi boarding home. Y está OK que así sea. Bendita mierda la manía de acumular cosas si uno de estos días te mueres y ni tu insurance se entera. Y ni el médico chino ni tu madre muerta en La Habana te salvan de una tarja sin nombre en el South West.

—Tú debes ser William, ¿eh? —me reconoció la enfermera. O la modelo de Vogue En Español.

Era preciosa, de verdad. Una puta perfecta. Lo que se dice una auténtica profesional. Y para colmo su acento, la muy cabrona se delataba solita: era cubana a matar, de atar. Ah, a veces uno tiene la impresión de que todas las hembras de la Unión Americana, tarde o temprano, resultarán siendo cubanas. O hijas de cubanos. O hijas de hijos de cubanos. Y así es imposible que progrese la democracia en este país. Habría que escribir otra constitución y después echarla al recycle bin. O dar un golpe de estado por cada united state. Por mi parte, juro ante dios y ante los hombres que ahora ya me da igual. Lo blasfemo incluso ante la abulia de dios y la estupidez de los hombres. Bah.

—Depende de William qué... —corté su confiancita de tú-debes-ser-william-¿eh?

Que se joda, la muñequita de biscuit. No me gusta caer en tuteos con personas uniformadas. Aunque fuera aquella chiquilla con una bata blanca que le anunciaba las nalgas. Un uniforme siempre es disciplina, historia falseada y represión real. Y, después, que dios le bese el culo a América si así lo desea. His business, I don't medicare. Yo me paso, con ficha y sin fecha de defunción. The show must stop. Ya todo me va resbalando ramplán. Y no sólo ahora. A veces, en sueños, mi madre revive y me recuerda que en La Habana yo también era igual. Sweet Home Alahabana: madrecita del alma podrida, en mi pecho yo guardo el horror. ¿No es un fastidio no poder olvidarlo todo de un tirón? Borrón y cuento nuevo. En fin.

Por su parte, la enfermerita en voga ni me escuchó. O se hizo la que no. Típico de toda Cuban American

Bitch. Ella iba a lo suyo: Her business. Y se puso a garrapear en mi expediente clínico. Ojalá que algún día llegues a ser una triunfadora en este gran reality show, pensé. No me gustaría leer en el Herald que una compatriota tan bella ingirió 1984 píldoras antidepresivas o que ha vaciado su sangre en la solitaria y pulcra habitación de un motel. Computriota. «Las venas abiertas de América en la tina», escribí alguna vez en mi diario. Porque eso sí: para escritor de diarios, yo. Tengo cientos y todos abortan al séptimo día, como toda creación. Para suicida no cuenten conmigo, por muy jodido que esté. Así que no me vengas a joder tú ahora, Criollita USA o Barbie de la barbarie, con tu escribidera en mi historia clínica. Porque, ¿acaso toda historia no es eso: clíniliteratura barata? Oh, my.

Yo la dejé que anotara su buen par de capítulos de ese novelín llamado «William Algo». Entonces rompió a dar taconazos por el pasillo central de la sala H. Room H, letra muda: improvisada pasarela. Ella avanzaba hacia el interior, sin darme ni medio gesto de indicación. Pero era obvio que yo debía seguirla, si es que en definitiva pretendía ingresar: a eso se le llama poder. Y el resto es plasta seca publicada en tinta fresca por las revísticas francesas y demás especímenes de la izquierda pop, como *Le Courrier du Soir de la Révolution*. Justo así suenan las botellas de champagne y los anos rotos de los intelectuales de Europa, de Eupopass: viento en popa y a toda izquierda, já. Ulalá: tel quel ascó!

Y así mismo ocurrió con la tipa. No tuve más remedio que seguirla como un perro a su presa. De prisa, mientras me reía en voz alta, jajá. Riendo solo, como los locos. Bienvenido al making off de una nación o tan sólo ya su necia noción. The Demagogic Republic of William Figueras, se llamaría ahora mi payasito país: my clown-

try. Ya veremos quién mete a quién en cintura. Literalmente. Y dejé por fin de reír. De pronto me pareció grotesco escandalizar como si yo fuera un cubano más. Además, allí todos tenían pinta de no rebasar vivos la tarde. O la noche. Despertar allí no sería el clásico: ¿cómo amanecieron los pacientes? Sino el luctuoso: ¿cómo, amanecieron los pacientes?!

By the way, la sala H resultaba larguísima de caminar a marcha forzada, siguiendo a la nurse. Su arquitectura era oblonga, como un ataúd hecho a la medida de algún fenómeno de feria. En este caso, yo. Casi al chocar contra el panel de fondo, mi Betty Bloomer se detuvo ante la que, supuse, tendría que ser mi cama. La number 666. Recordé una remota canción de Iron Maiden: 666, the number of the beast; 6/66, el mes y el año en que nació el bebé de Rosemary Polanski en New York. Aquello no era casualidad. O ya estoy muy mal o me van a sacrificar estos cirujanos del estado federal, pensé. Y desde ese mismo instante comencé a pensar seriamente en cómo escapar. Morir cagado en un pantano del golfo tendría mayor dignidad que fingir curarme. Qué contradicción, qué miedo, qué falta de serenidad.

Además, no creo que en todo el Estado existan 665 camas antes de la mía. Tal vez ni siquiera existan tantas camas en toda la Unión, islas del Pacífico y del Caribe incluidas: Cuba y Puerto Rico entre ellas («De un pájaro las dos nalgas», parodié alguna vez en mi diario). Pero igual allí alguien había escrito con un plumón, sobre una radiografía velada: William Figueras 666. Y, ya sabemos: quod scripsi, is crisis. Sea.

Entonces ella se dignó a inclinarse sobre el colchón desnudo y poner mis bártulos allí. Los tiró, fuonch, y saltó una nube de polvo. Buenos muelles, good springs:

«Espera la primavera o pregúntale al polvo, Bandini», como el consuelo patético de John Fante e. p. d., ese otro bandido de importación. Allí rebotaron los mismos libros y ropajos de nuestra primera confrontación entre enfermera y enfermo. Entonces ella tomó la iniciativa y se dobló todavía más, en cámara lenta, sacando un juego de cama de una gaveta.

Jesús, Mary and José. Gómez, Maceo and Martí. Mejor se hubiera levantado el vestido con las dos manos. Se le hubiese notado menos la punta del blúmer. Con aquel gesto le vi hasta el triángulo isósceles de su encajito blanco, como seguro estaba prescrito en el reglamento para los uniformes del hospital. Orientado así por algún degenerado fornicador, como yo. Sólo que con más dinero, poder, y salud. Aunque eso de estar sanos es como una visa lottery donde no tienes funcionario a quién sobornar. Nadie muere en vísperas ni tampoco una idea después. ¿Quién le teme a Orlando Woolf?

A mí, por el momento, simplemente se me paró. Aquella erección era algo así como mi última rebelión. Ahora ya no me era dada otra revelación como no fuese la revolución de la sangre. Un buen culo cubano jala más que un mal búfalo yankee en cinemascope: business is business and bisontes son bisontes. Son las fallas tectónicas de la demoncracia y la pismodernidad. Y justo en ese instante ella se viró y recorrió mi cuerpo como el de un moribundo, de arriba a abajo y después al revés: imposible que no notase la parazón. The Hulk. Y en pago a mi cumplido, me advirtió con sorna de sarna cubanoamericana, la más difícil de quitar con kerosén y cepillo:

—No te hagas pipi, papá —casi me grita, para que el resto de los insectos en cama la oyesen—, que aquí durante el weekend no se cambian las sábanas, ¿right?



Y me clavó su mirada de bicha lúcida, universitaria. Hi-tech pro y hi-tech prost en un sólo modelo. Come with the wind, Zorra del Siglo XX. Cuban American Beast. Y era lógico que hasta ella se burlara de mí, de mi condición de paria público, semiparalítico y penelítico. De verdad que no hay peor palo que el de la misma patria. Well done, country girl: no te dejes mangonear por ningún machito transnacional.

Ah, a ratos uno se siente orgulloso de ser cubano. De compartir la historia con semejante ejemplar de yegüita. Una joyita bien entrenada que debía ganar nunca menos de treinta por cada hora gastada allí, entre detritos locales. En el último par de minutos, por ejemplo, mientras yo elucubraba tanta porquería mental, ella se habría clavado ya sus primeros dólares del día, calculé. Los muy cabrones: con ese cobra y encoge han construido este enorme país. Be my guest: beat my guest! Con sala H y con Hospital. Al final no hay quien escape del manicomio, dear Ezra. De suerte que decidí no usar mi lenguaje para ripostar. Me bastó con una sílaba en cuasinglés:

—Yep —asentí con la cabeza y le miré de frente las tetas: bolas duras, rectas y fusionadas al medio. El Basexball bien podría ser ahora nuestro pasatiempo internacional.

Y ella que aguante mi lascivia ahora. Que me demande ante el City Hall o la Corte Suprema Federal, acaso por acoso visual. Que me expulsen a la pinga de allí. Creo que por esos días yo quería morir en paz, en pus. Y rápido. Fast food, fast fuck, fast fin: telón. Aunque yo estaba seguro de que otra vez sobreviviría. Además, tampoco deseaba que ningún compatriota notara demasiado mi odio. Aquel sentimiento pertinaz era la única intimidación que nunca me intimidó, la última que aún me hacía sentir humano en medio del glamour generalizado

y mi enfermedad démodée. El odio era mi talismán: mi ticket de regreso a ningún hogar dejado allá atrás, allá lejos, allá abajo. El odio era yo. «Dos patrias tengo yo: Cuba y el odio», escribiría alguna vez, si es que alguna vez salía de allí.

Así que, sin subir la vista de su entreseno a la cara, le agradecí y le di mi apellido como propina, tips for teets, si bien supongo que demasiado tarde:

—Figueras, gracias por todo and justice for all.

Y noté que usaba un crucifijo de oro para resaltar el blanco piel de sus tetas. Tal vez por eso no me demandó, pía impía. Tendría crazy hasta el mismísimo dios. Ni me expulsó de la Sala H. Al padre Varela le faltó escribir un «Ensayo sobre la Piedad». Y ni siquiera me trasladó de cubículo. Cubículo, qué ironía, pensé: un cuba chiquita, ajustable aproximadamente al tamaño de un culo. Fue justo en este punto que entramos en el deshielo, la nurse y el nerd. Al contrario de lo que yo suponía, la nani me regaló su nombre y su apellido de single. Todo silabeado con la mayor severidad, como si se tratara de una Fiscal General. Pero con esa dicción perfecta, típica de toda latin pornstar:

—Lia-net —dio media vuelta—. Lia-net A-gui-lar, un pla-cer.

Y se retiró por el mismo pasillo, como en las novelas radiales. Sin taconeo esta vez. Con contoneo, eso sí. No body's perfect. Y yo me tendí en la cama sin siquiera tender el colchón. Quería entender algo, necesitaba pensar. Sopesar, so pesar de mí. Esa cabrona tradición nacional: un cubano que piensa resulta a la postre una amenaza universal. Y ya no recuerdo si me quedé dormido o si fue tan sólo que lo soñé. I have not a dream, ¿Malcolm Sex?

Soñé con Lianet. Lianet hablaba en la plaza y yo le tiraba fotos. Fui cambiando los rollos hasta que ya no tuve más para reponer. Then Lianet interrumpía su discurso y me señalaba: «Hacen falta unos rollos ahí para el compañerito», decía, y de todas partes llegaba gente a darme uno. O diez. O diez mil. O diez millones de films, de todas las marcas y formatos imaginables. Desde Kodak 120 hasta Konica 35. Desde Koniec 1917 hasta Kapput 1989.

En el sueño, llegaban lo mismo guajiros de monte adentro que balseros de mar afuera. Que indios con taparrabos. Que una señora muy vieja que había sido mi madre, pero ya no lo era más. Que estudiantes de la universidad: mis colegas de la Colina. Que choferes de ANCHAR y de la ruta 23: esa reliquia literaria que conecta a Lawton con El Vedado desde «La Habana para otro William difunto». Que el Presidente Prío: y esto lo recuerdo muy bien, aunque no tenga referencia alguna sobre su cara. Que militares y milicianos. Que albañiles y albaceas. Que médicos. Que una maestra que era la misma enfermera, aunque no se lo podía decir con tal de que no parara de discursar. Que, sobre todo, niños. Decenas, miles de niños con los rollos cayéndose de sus bolsillos, pocket films, de tan repletos que los traían de las tiendas o de sus hogares atorillados con una tarjeta postal: «Esta es tu casa, Lianet» (garabateado en cirílico cyber-punk).

Y Lianet se reía de tanto alboroto a mi alrededor, y todo el pueblo se contagiaba de su alegría. Pero a mí tanta abundancia de negativos me daba una injustificable tristeza positivista: mañas de un Mañach inercial. Y en este punto no sé si me desperté o si fue tan sólo que no soñé. Ahora anochecía en Orlandoville: en Orlandovil.

En la sala, de pronto iba haciendo demasiado frío para la hora y la estación. Supuse que alguien habría conectado a full la aclimatación. Otro cubano, seguro: nunca nos adaptábamos a respirar en una atmósfera más natural. Entonces entendí la mudez de la sala H. Room H: de Hielo, de Hiello, de Hell. Y no sé por qué no me agradó aquella interpretación fonética más que freudiana, si bien resultaba mucho menos hipócrita que la h himbécil de heaven. Simplemente tosí y me tapé con las sábanas sacadas para mí por Lia-net-A-gui-lar, un-pla-cer. Tenía hambre, pero no ganas de cenar. Así que seguí tumbado. Mañana sería otro día y el mismo. Y todos y ninguno. En fin: tomorrow I'm not half the man I used to be. To beer.

### 3

Magníficos carcinomas. Lupus. Emponzoñadas leucemias y esputos rebosantes de vida inferior: virus, bacterias, fungi, algas y celenterados. Puzzy pus. Cirugías en falso con el presupuesto estatal: puro consuelo tax-free para moribundos y familiares en fuga. Tisis tácitas y sicklemias racistas hasta la pared de enfrente: sikkklemlas. Aids senil, gayds. Por mi parte, apenas algún vómito de tanto en tanto y un mareíto soso. Eso era todo. Me reconfortaba la idea de que mi salud no estaba en mi contra, como el resto de la humanidad, que nunca decía «basta» ni quería dejar de andar, en andanadas: andanadas. Sólo que mis síntomas mínimos, intermitentes, fomentaban un autodiagnóstico peor, un auto de fe: esa enfermedad llamada esperanza. ¿Por qué me retenían entonces en aquel valle de extremaunción bilingüe? ¿Por qué yo mismo no me escapaba en puntillas? Y aquel cartel de «Surjery», ¿qué demonios representaba su orto-

grafía coja? Exactamente, ¿a cuáles demonios convocaba su heterografía a mano alzada con lápiz y cartón?

El alfabeto de todas las salas me pareció tan calamitoso como la H, a pesar de la higiene institucional y cierta diplomacia cool de los uniformados de blanco. Casi todos eran muy jóvenes, como Lianet Aguilar. Asalariados de primera línea que, si alguna vez se unían a nivel mundial, nunca lo harían para romper sino sólo para reforzar sus cadenas: de oro 24 K, se sobreentiende, como el crucifijo de ella. Postproletarios del mundo, huíos!

Pero después de su tercer o décimotercer turno, pues trabajaba un día sí y otro no, ya nunca más la vi, a Lianet. Durante una quincena entera no se portó por allí. ¿Estaría de holidays o le habrían asignado alguna letra mejor? So far, so good, so what. Dudé hasta de su existencia real. Y de la mía, of course. Pero yo ya tenía su nombre, silabeado con ínfulas de estrella porno fiscal: Lia-net A-gui-lar. Y si existen las palabras, es evidente que existe también lo real. Así que ella me había sucedido in fact: fátum fáctico. De hecho, tarde o temprano tendría que reaparecer. O al menos aparecer como si fuera la primera vez, lista para encararse conmigo. Encarnarse. Para carear, gallinita vidente: ready to cacarear. Si bien las últimas veces que nos topamos, casi logramos firmar un tratado de paz local: locuaz.

Tal vez fue sólo que nos miramos con compasión: al fin y al cabo éramos compasiotras. Ella, condolidada profesional y cristianamente de mi condición de paciente. Sick shit. Yo, conmovido fisiológicamente con la geometría camagüeyana de su cuerpo importado en 1994, según me contó. Buddy body, un tinajón. Igual creo que fuimos lo bastante polite como para intercambiar infor-

mación humana en medio del esplendor y el caos de la civilización septentrional.

Cumplía 25 ese año, ella. Yo casi 50. Vivía en Orlan-doville, ella. Yo en ninguna parte, sin town by my own: sin patria, pero todavía con amo. Ella tenía también a su padre aquí, que llegó muchos años antes. Lianet viajó siendo casi una niña de diecípocos. Yo, un vejete de die-cimuchos. «Tú eres todavía una niña», la interrumpí. «Jijí», ella. Lianet vino remando todo el tiempo de la mano de un primo bastante mayor, que por entonces co-menzaba a ser su primer amante. «Una familia muy spor-tiff», comenté. «Jijijí», ella. Su madre quedó allá atrás, allá lejos, allá abajo, pues tenía altos cargos en Cuba. Se me escapó un waaa: Lianet era hija de una cirujana del corazón. «Como tú», me aventuré y ella no volvió a ji-jijir. Y me hizo la historia de su última década en los Sta-tes, incluida la muerte del primo en un tiroteo de barrio. «Casi fue lo mejor para él», bajó la mirada: «se había vuelto loco a las drogas y no sabía qué hacer para no vivir», y acarició el crucifijo como si fuera la mano de su primo en aquel remoto 94: maremoto. A falta de algo mejor, yo clavé mis ojos en sus dedos finos, rematados en largas uñas a ras de su par de tetas: bolas duras, rectas y fusionadas al medio.

Me impactó su pasado, sí. Pero aún más que ella se hubiera inyectado silicona en gel, y que encima fuera capaz de articular un relato así. Seco y conmovedor. Eso sí era narrar, incluso narrar en el mar, no la morronga de mis diarios diarreicos. Yo también era un fucking inte-lectual de la pop-izquierda françoise. Para colmo ahora peando, con vómitos y mareadera: síndrome del nauí-frago sin nao. Life fucks, fo. Y, justo el día en que le iba a contar lo extraño de mis sueños con ella a cada pesta-

ñazo, y mi miedo de que tanta reiteración significara que pronto yo me iba a morir, entonces Lianet se saltó sus turnos alternados de un día sí y otro no. And that's all folks. Es simple: nunca jamás la vi. Durante dos o doce semanas ella no volvió por la sala H.

Y no fue hasta el otro mes que se corrió la noticia. Es decir, que yo paré las orejas con suficiente interés como para enterarme de lo que había sido pan comido desde que ocurrió: nuestra miss yacía también en cama. Y allí mismo, no muy lejos del resto de sus insectos, en la sala de terapia especial. ¿How come? «Porfiria súbita», fue el epitafio que me dio el vecino de la 667: moribundo desde la guerra civil del siglo XIX. Y los pacientes terminales no suelen cometer errores a la hora de diagnosticar, incluso a distancia. Por lo demás, la forma de la noticia y sus detalles de persuasión revelaban, en sí mismos, suficientes trazas de la verdad. Trozos, trizas. Y me lo creí al pie si no de la letra, por lo menos sí de la voz.

Pinga. La puta no era ella sino la vida. Lianet Aguilar se moría y punto. Lianet Aguilar se moría y coma: yacía en coma vegetativo en una sala sin letra del pabellón especial. Room Zero. Hasta allí sólo era permitido el paso a los intensivistas. Y a los sabuesos de la morgue estatal, que hacían zafra. A farewell to arms: adiós a las almas. Me cago no en su madre cirujana, sino en el quirófano apostólico de dios. ¿Cómo te dejaste coger el culo a traición, cubanita de pacotilla? ¿Qué cubano mierdero te pasó el cabrón gen letal? A ver, César: ¿en qué compartimento estéril se desecha la memoria y la silicona de los que van a morir? Pero, ¿valdría la pena coger tanta lucha? Tampoco era mein kampf, ¿o sí?

Bajé al patio central. Estúpidamente, sentí deseos de sentir deseos de llorar. No William no cry. Me vi en el

espejo del lobby. Un lobo, já: de complexión recia, seco de carnes y de rostro aguileño y enjuto. Un cervantes de tristes ojos y nariz corva y desproporcionada, jajá. Boca pequeña, con dientes ni menudos ni crecidos, porque no tengo sino 666, todos mal acondicionados y peor puestos, sin correspondencia entre sí, jajajá. «Reir solos es cosa de locos», repetía mi madre muerta. Este es el tipo de quijotada kitsch que a uno le inculcan by heart desde una escuelita primaria de Luyanó, renombrada Nguyen van Troi medio siglo o medio milenio atrás. Igual hay que reír en voz alta para no sentir deseos de sentir deseos de llorar. La risa es el mejor antídoto contra no recuerdo bien qué..., ya no sé si escribí en algún diario. Opción cero: Room Zero, empezar de cero. Quería llegar hasta allí. Hasta ella. Vedi Lianet e poi muori. Vade Aguilar. Verla aunque fuera partida en dos, en sílabas, como en nuestra primera trifulca, o bifulca: Lia-net-A-gui-lar un-pla-cer versus Figueras-gracias-por-todo-and-justice-for-all.

Lástima de cuerpo, ahora en manos de peritos y especialistas: esos perversos con licencia hasta para pasarte la lengua por el pipí. Y no te hagas pipi este weekend, mamá, ¿remember? Recuerda que allá arriba nadie te va a cambiar las sábanas en tanto no te decidas a morir. Y ojalá que no resulte casi lo mejor para ti, porque vale la pena intentarlo aún con pánico de sobrevivir al séptimo día. Para suicida, no cuentes conmigo. Mírame aquí: ecce homo. Un sobremuriente a ultranza, un pendejo perdedor que persiste peleando por muy jodido que esté. So, no te vengues ahora, y no me vengas a joder also tú. ¿Tú también, Cuban American Bruta? Y me tumbé de espaldas sobre un contén del patio central, incontenible de tanto elucubrar. Elucubar.



El sol me golpeaba suavemente las vísceras. Cerré los párpados. Telón de fondo, de fonda. No para dormir, sino para intentar soñar en plena mañana de Orlando-ville: villa de baratija y vodevil. No serían todavía ni las diez de mañana, la hora en que comienzan a llegar los surjeons en sus tojotas rojos de ocho bujías, modelo del prójimo año. Que se vayan todos al divino mojón, con jota juanramonjimeniana. Justo ahora yo necesitaba un brake para pensar en mi compatriota, para despedirme de ella de la manera más cursi en que pudiera caer rendido y comenzar a roncar. A soñar la pesadilla de los justos. Recurrente jodío errante, por muy lugar común que sea este chistecito chic. Cheap, shit.

#### 4

Soñé con Lianet. Lianet despedía mi duelo, vestida de verde oliva en el bohío de mis abuelos en San Francisco: pared con pared con el viejo Hem, otro suicida heterogay. Y yo entendía todo el discurso, tumbado de espaldas en mi cajón de madera, que no dio tiempo ni dinero para curarla bien: así que se pudriría primero que yo, como dicen que le pasó a mi tío Juan, el evangelista de Juanelo. Qué aburrido sentido de la repetición: ensayo del ensayo de una puesta en escena que nunca representarás.

Y aquel fue el discurso más triste que yo le haya escuchado jamás a Lianet. Y me desperté con los ojos agua-dos. ¡Por fin lágrimas! Y un nudo en la garganta imposible de vomitar o tragar. Me faltaba el aire. Abrí la boca. Traté de gritar. Era mi oportunidad de romper por fin a llorar. Arrrgh. Pero nada. Salió sólo un ronquido. Grotesco. Grrrah. Y entonces oí los jijijís en spanjlish de no sé cuántos mequetrefes a mi alrededor y me incorporé.

Students, moribundos y doctors: todos me rodeaban en son de público para alegrar su día con el bufón. Pegué un salto y caí de pie, un milagro de mi biología a punto de réquiem ya. Quise fajarme, morir limpiamente allí, de cáncer al sol y de culo a Cuba:

—¿Qué pinga e? —los amenacé en cubano no tan foráneo como funéreo.

Pero justo así quedó el gesto. O mi mueca. O la mueca de mi agresión. No pasó nada, como nada era de esperar. La audiencia se retiró, y yo quedé con el puño y la palabrota en alto, en vilo, en Orlandovilo. Ridículo como una provinciana Estatua de la Libertad: antorcha tronchada entre el sueño privado y la resingueta social. Entendí que me sería imposible pensar o despedirme de las cinco sílabas de aquella mujer: Lia-net-A-gui-lar. Técnicamente, ¿eran cinco? ¿Quién se acuerda ahora de gramaticar: gramasticar?

Y lo más jodido, no sé si ella se enteró de esto por mi expediente clínico de vivibundo: mi segundo apellido era el suyo, William Figueras Aguilar. Aunque aquí en América ya casi lo olvido, pues a nadie le hace falta un segundo surname. Hubiera sido bien cómico caernos de nalgas con la noticia de que un pariente lejano de un pariente lejano nos convertía de pronto en parientes a Lianet y a mí: por ejemplo, primos exprimibles estaría muy nice. Nada. Maneras de comer tanta mierda con tal de no comer tanta muerte.

## 5

Y comenzaron a ponerme sueritos. Los sentía gotear calientes dentro de mí. Oscuros, densos. Cada doce horas. Unos pocos mililitros de ni me tomé el trabajo de averiguar qué. Como si me inyectaban pasta de Coca Cola

Diet: yo ya no pensaba en mí. Sólo en ella. En ellas: la muerte y Lianet.

Una mañana, fue un muchachito flaco y miope quien me conectó al botellín, manipulando torpemente mis venas. O arterias, no sé. Igual lo dejé que se desarrollara, que aprendiera conmigo el noble arte de torturar. Por la pinta, ése no hacía ni un año que había llegado de Cuba, podía apostar a mí. De manera que así mismo se lo pregunté.

—Diecioc-c-cho m-m-meses —me contestó, poniéndose más nervioso y concentrándose aún menos en el copyright de mi hematoma.

Cualquier día alguien lo demandaba y le partían hasta las balls, si es que tenía un par. Y su brillante curriculum quedaría entonces brillantemente cagado. Tal vez por eso aquel muchachito flaco y miope, amanerado y cubano, me simpatizó desde la primera impresión: era un perdedor in potential. Al contrario que yo, que era tan sólo un perdedor a secas.

—OK, hijo —lo tranquilicé—. Cuéntame de ella, anda. De ellas: dime algo de Cuba y todo sobre Lianet.

Él soltó mis venas o arterias. Subió sus ojos hasta los míos. Tenía mirada de ciervo, de siervo. Con unas pestañas profundas al estilo de Bambi, de Barbi: un par de ojos que ciertamente desconocían el sinsentido preciso de lo que es el horror. Bah. Inmigrantes de terciopelo, visado legal y un avión Boeing directo de La Habana a Miami. Así era muy easy, ¿no? Carne fresca para el engranaje de 24-hours-a-day que necesita moler esta mole llamada America for the Cuban Americans. Para colmo, amariconados en su mejor mayoría. Literalmente. Como este mismo ejemplar que me resultó tan simpático. Parecía una people person, la verdad: ya muy pronto se

convertiría en todo un tipejo de bien. Un guy gay y, para colmo, politically correct. Puaf. Entonces bajó la vista y me tart-t-tamudeó:

—Está prohib-b-bido hablar de eso con los p-p-pacientes —reunió el coraje de pronunciar—. Pero Cub-b-ba hasta hace poco seguía ig-g-gual y de Lian-n-net me han dicho que está p-p-peor.

Era lamentable. No la noticia, sino que cualquier noticia ya me dejara igual. Incluida la muerte, Cuba y Lianet. Serían los sueritos esos, no sé. Oscuros, densos, cada doce horas. O serían los vómitos: cada vez más oscuros, densos, y doce por cada hora. Con unas raras vetas de un material granulado como granitos de arroz, pero aún más blancos: duros como de porcelana. O sería acaso la calma chicha de los meses dentro de aquel instituto estatal. Creo que por esos días yo no quería morirme sin dar un poco de guerra. Me aburre tanta paz en el hombre. Y sobremorir en aquella sala sitiada podía resultar un entretenimiento eficaz. Lo sentía por ella y de verdad lo intentaba, pero no sentía ningún dolor que no fuera el de la aguja en mi brazo: la aguja del pájaro y no en el pajar.

Entonces, ¿era sólo morbo o curiosidad? Tal vez aún no me creía del todo que una enfermera estuviese entre las redes tejidas por ella misma para extirpar enfermos. Se me ocurrió contar esa anécdota y hasta inventé la palabra del título: «Hospitalia». Enseguida la confronté con el joven transgresor del voto de silencio, prescrito en quién recuerda cuál acápite del reglamento oficial.

—¿Usted es escrit-t-tor? —su terror pánico se desvaneció, pero no sus gaguerismos de gay—. Yo soy Héct-t-tor, es un p-p-placer —otra vez la frasecita: ¿sería el slogan?—. Díg-g-game, ¿es cierto que aquí es imp-p-posible pub-b-blicar sino es en ing-g-glés?

Sonreí con lástima. Me apuesto media nalga a que ya has publicado algo en Cuba, poor bastard. Me la apuesto completa a que fue un «volumen de poesía». Y lírica, tal vez el eco del hueco dejado por la Amarga María o por Emily van Llagas, tus favoritos, ¿no? Me apuesto las dos tuyas, incluso por anésima vez, a que ni siquiera reconocerías mis juegos con el verso de Piñera «El olor de la pinga bien puede detener a un pájaro» o con el lezamiño «Ah, con qué seguro paso tu culo ante el abismo». Me hubiera gustado soltarle un desplante que aboliera su vocación de ocasión, pero en literatura mi única escuela es una altanerísima humildad.

—Hijo, ¿tú sabes por qué has venido aquí a los States? —gané tiempo para fingir interés por su carrera, y hasta regalarle un advice al estilo de «el texto no tiene afuera» después.

El muchachito se quedó meditando. Tal vez quería darme una respuesta smart. Seguramente él mismo se había convencido de mi condición de escritor premórtém, y ahora pretendía sostener un diálogo solemne a la altura de la situación. Cometranca. El único diálogo de altura es el vértigo. ¿No habría visto cine allá en Cuba? Y la única conversación literaria es saber sostener un silencio. ¿Si no a Hitchcock, no habría visto al menos a Charlot, allá en el Chaplin de la calle o el canal 23?

—Desde niño mi p-p-padre me inculc-c-có su amor por este gig-g-gantesco p-p-país.

¡Ahora sí! Un discursito chic-cheap-shit con ínfulas freudianas o tal vez medio freak. «Desde muy niña» me hubiera parecido un argumento sincero, me burlé en secreto desde mi diván.

—¿Anexionista el vejete? —me burlé en voz alta desde mi diván.

—No —me cortó—. Lo mat-t-taron en Nicarag-g-gua. Era médico, pero ad-d-dmiraba a Frank-k-klyn, Whit-t-tman, y a Roos-s-sevelt.

Y no pronunció más. Ordenó manguerines, tanteó la aguja del crimen, y ajustó a full el goteo del botellín. Me dejó un algodón para disimular el parche violeta que se iba tatuando en mi piel. Y se despidió con un cabeceo de excesiva formalidad después de su entusiasmo inicial. Bah, Cuban American Maricans: histéricos in potential. Lo más importante es que su información me decidió por fin a llegar hasta ella. Hasta ellas: la muerte y Lianet. Sólo que aquella pasta en suero me idiotizaba cada minuto más: Coca Cola Idiet. Poco a poco yo entendía lo que es parecer un lagarto o, más poético todavía, un caimán dormido de San Antonio a Maisí. Puaf, infame infancia memorizada de octosílabo sencillo en octosílabo sin sentido, mientras pelábamos papa y no sabíamos ni pí. Please.

## 6

Soñé con Lianet. Yo estaba dormido y soñaba con ella, pero desde sus ojos me veía dormido y soñando con ella otra vez. Ciclo cerrado: oniriconerías de un exiliado total. Yo estaba sereno como un bebé. Sarana astaba la mar. Y lucía precioso, destilando belleza como en las fotos de estudio retocadas en El Arte. Serene estebe le mer. Yo no roncaba, por supuesto. Ni respiraba, porque hacía muchos años que estaba muerto. Sirini istibi li mir. De manera que ahora conservaba sólo un sentimiento, que de pronto era el mismo que el del padre interanexionista del enfermero epiceno: yo amaba a aquel enanESCO país. ¿Cuál, Cuba? Qué ironía, qué ira, qué idiotez. Sorono ostobo lo mor. Imposible ser un reptil sin que el aire comprimido en la tráquea enseguida te ponga a roncar,

a pesar de que estar ya muertos en aquel gigantesco país. ¿Cuál cebo? Qué idilio, qué inercia, qué ideologítez. Surunu ustubu lu mur.

Y, como siempre me pasa cuando me embeleso de día, mis propios ronquidos me hicieron resucitar. Glotis gutural, atragantada: arrrgh, grrrah. Un exquisito ridículo a mitad de la mañana primaveral. Definitivamente, abril es el mes más cruel. Las carcajadas fósiles del resto de los 665 cubículos, o tal vez capillas, me lo confirmaron un instante después. Nada. Me había convertido, para ellos, en algo así como su bufón inflable antes del Juicio Final. Cuban American Bluff. Balón de foolball cubano-americano con el que, allí dentro, nadie tenía la energía suficiente para patear o putear un gol. Gore.

## - 7

El sopor se hacía insoportable desde muy temprano. Las noticias de ambas eran confusas. De Cuba y Lianet. Para colmo, ahora era Héctor el que hacía dos o doce semanas que no asistía a sus turnos de un día sí y otro no. No podía arriesgarme más. Me quité el pijama y me disfracé de civil con mi ropa vieja. De hecho, ya había esperado de más. Hacía días que no comía, la vista se me nublabá, los dedos se entumecían, y los médicos no me daban ni media señal. Esa apatía podía ser mi señal: la hipocresía hipocrática siempre significa que se acerca tu fin. Y, en mi caso, ya era sólo cuestión de definir quién ganaría el maratón: los sueritos o mi enfermedad, cualquiera fuera el contenido de aquella baba traslúcida y cualquiera el inesperado síntoma mortal de algo que, en definitiva, todavía considero que no me enfermó.

Así, vestido como un familiar o incluso como un inspector del Estado, con un pocket book bajo el brazo,

me aventuré en el ascensor. Marqué el number 7. «The lucky seven», como decía mi padre en el Estadio del Cerro o frente a la pantalla de nuestro televisor Caribe. En Cuba State, marcar carreras en el séptimo inning era síntoma de victoria, según él decía. En Florida State, marcar la tecla 7 de un ascensor ojalá que también lo fuera, iba rezando ahora yo. Aún sin creer en el séptimo ni en el septuagésimo cieno. Miré mi libro placebo y ¡horror!: era el poemario de Mao Tse Pound. Aunque nadie repararía ni medio segundo en él: era sólo cuestión de mantenerme in control.

Al alegre Héctor ya le había sacado información más que suficiente, step by step. Él no se daba cuenta, pero gagueaba de más. Sería miembro del Gay Gossiper International: Gayssiper Ltd. Y, paso a paso también, doblé dos veces a la derecha, la mano todo el tiempo apoyada en la lustrosa pared, técnica infalible en los laberintos, empleada por mí ahora para no desorientarme y caer. Me sentía muy débil, mucho. Estaba seguro de que nunca podría regresar hasta la 666 por mis propios pies. Pero, ¿a quién le importaba eso: who medicares? Vi el cartel, por suerte no de cartón sino de cristal, y no a lápiz sino con pincel: «Intensive Care Unit», alguien había acertado en inglés, con caligrafía cursiva de colegial cubano, color carmesí. Complicidad de la c. Cojones.

Me acerqué. Seguí por el pasillo a lo largo del paredón transparente. La palabra paredón me paralizó. Miré adentro a través del vidrio, girando la cabeza a un lado y al otro: como un morro reumático, risible en su patética función ancestral. Vi camas, comas. Vi cuerpos atiborrados de cables, candilejas titilantes en digital, y sábanas verde oliva para lograr un decorado homogéneo, impersonal. ¡Así que este era el color de la muerte sufragada con



el budget estatal!, pensé. La esperanza también era verde, pero se la comió una vaca: recordé el refrán. Vaca o vaco, en Cava o en Cuva. Me daba fuckingly igual.

Por primera vez en la vida pensé: «de aquí nadie se escapa». Ni Cuba, ni Lianet, ni la muerte ni yo. This is it. Koniec, Fin, Kapput, The End. Yo era un vahído, un vacío implume desequilibrado en dos pies. Otro eco de un hueco. Metafósica. Al carajo todo mi vocabulario o vocabulario. Lianet, please, no te conozco en medio de la muerte pública de este gidantesco país, al que desde niños nos inculcaron amor. Incrustaron, cabrones. No te reconozco, Lianet, en ninguna biografía arrastrada desde aquel onanescos país, al que desde niños, también, los muy cabrones nos inculcaron amor. Incubaron.

Mierda santa, y todavía no te conté mis sueños contigo, Lianet. Que son todos el mismo sueño y es otro y son ninguno. Cuban American Bullshit. Comma American Bubble. En una burbuja de mascar. Goma estéril por los nueve agujeros del cuerpo, directo a tus venas o arterias, no sé. Y de ahí straight a tu cerebro cerrero de fiscal pornostar. Como si fuéramos parte de un experimento a sottovoce: secreto a voces, carne de estadística legal. ¿Acaso no lo somos ya? De todo aquí queda un record. De todo allá ha quedado un recuerdo. El paraíso no es más que la capacidad de almacenar desmemoria. El infierno es precisamente la cubacidad de invocarla. Cuban American Byte: @ rrobas de azúcar ácida tras tan poca imagen y tanta tonta imposibilidad.

La vi. Era ella. No era ella. Todos los cuerpos en comas se parecían al de Lianet. Y ninguno. Las cejas arqueadas, sobre todo la izquierda, en una especie de contraseña gremial. Guiño intelectual o guiñol mortis, qué funny felicidad. Lianet no tuvo necesidad de tomar las 1984 píldoras

antidepresivas. Ni de vaciar su sangre de hembra histórica en alguna solitaria y pulcra habitación de motel. Los únicos taconazos o aldabonazos que sonaban ahora dentro de aquella pecera eran los tictacs electrónicos de este o aquel contador. Hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir: miente el Ecclesiastés. Entonces, entre la retahíla de tubos y electrodos, busqué el brillo de tu Cristo de las Entretetas: 24 kilates de silicona oropel. Tú ganas, pal. Padre, eres muy mal perdedor. En dos milenios todavía no te animas a dejarte ganar. It's Your fair play, supongo: Tu rejuego de feria con nuestro destino. O desatino. Qué sé yo, qué me importa además. ¿Y a Ti?

Tragué en seco. Sabor a esputo. Cerré los ojos y volví a tragar, en ciego. Sabor a pus, a pis. The show must go on, pensé: Ça suffit! Y me recosté al paredón de cristal. La palabra paredón cimbró en mi memoria como una orden. Vale, vale, vale: no es necesario que nadie me vele ahora. No pierdan más tiempo conmigo y váyanse temprano a casa, cubanos, a lavarse los anos y acaso a echar una siestecita tras leer el Ecclesiastés. «Será casi lo mejor para todos, Lianet», ella hubiera bajado la mirada al constatar mi derrota: «siempre vale la pena sobrevivir, pero no siempre vivir». Así que ni reparen conmigo, right? Sólo preparen y disparen sin apuntar cuando les salga de la pinga, compingriotas. Para mí ya es hora: Lianet, jolongo, llorando en el balcón, nos embarcamos. Las balas serán mis velas. Desdolor, desdolor infinito debiera ser, incluso volver a ser, el nombre de estas páginas.

## 8

Y no soñé más con Lianet. Por fin me había convertido en un hombre sin sueños de donde créese la palma. Sin embargo, Lianet estaba difuminada como por todo el

lenguaje. Héctor me venía a ver a través del vitral de la Sala 0 y me decía adiós, llorando y secándose los mocos con un pañuelo de holán fino donde alguien, que no formaba parte del sueño, había bordado dos iniciales mudas que, a contraluz, me parecieron la misma, a la vez que eran otras y no fueron ninguna: HH. ¿Qué tal Heaven and Hell? Já. ¿O Héctor Habana tal vez? Jajá. ¿O mejor Héctor y Haquiles? Jajajá. En cualquier variante, igual no llores por mí, Héctorina. Y él se ponía aún más triste de verme carcajear así. Pensaba que yo lo hacía para no preocuparlo más. Pero yo lo hacía para no preocuparme yo. Para no soñar otra vez con Lianet dentro del sueño, justo un instante antes de caer en la cuenta de que, aún sin soñar con ella, Lianet estaba como difuminada por todo el lenguaje. Fotografiada por mí mientras discursaba en una plaza de Habanaville. Despidiendo mi duelo, vestida del mismo color que la cubría en aquella jaula o jauría de una Intensive Care Unit de Orlandoville. Y mirándome en sueños soñar con ella y conmigo, en ninguna parte y en todas partes los dos. Lianisciencia: estado de lianicuidad. Y en este punto me despertaba en el camastro 666 otra vez, por fin ya fuera del sueño y del lenguaje y de ellas: Cuba, la muerte y Lianet.

«Dos patrias tengo yo: Cuba y Lianet», escribiría alguna vez, si es que alguna vez lograba salir de allí. Para esc-c-critor de d-d-diarios, yo. Y me apuesto las nalgas de medio mundo que es así como va a suceder. Sobre todo ahora que ya me siento morir. Para suicida, no cuenten conmigo. Supongo que al menos sí valga el pene sobrevivir. Y así mismo saldré al carajo de aquí. Aún con pánico pénico. Mírenme bien: un ex ecce homo. Por muy jodido que esté: estado de jodisprudencia. Por mucho que los uniformes de uno y otro color me hayan falseado

con tanta disciplina y tanta ilusión de historicidad. Yo sigo siendo un sobremuriente a ultranza, incluso un inmortal innato: un inmune inmoral.

Sé que, más temprano que tarde, alguien me pondrá encima los bártulos —mis dos jabitas de nylon con ropa vieja y el pequeño bulto forrado con periódicos de la prehistoria— y me dará la visa lottery para salir de alta de este Hospital. Entonces iré corriendo y riendo de cabeza al Hospicio, de la H a la H: hargot hilarante del hexilio más horrendo y hermoso de una historia sin histología. Y es que, en definitiva, entre el sueño y la vigilia, entre la patria y la pared, ¿no es acaso mi propia apatía de patria el mejor antídoto contra ya no recuerdo qué...? Ojalá lo llegue a escribir algún día para averiguar la respuesta. Sea esta, por el momento, mi Cuban American Boutade de repuesto: ¿a la belleza de disponer de un hogar no habrá que sumar ahora la belleza de deponer todo hogar? Haches como hachas del huniverso, en fin: qué sé yo, qué me importa además. ¿Y a ti?

## TAO-HOANG-SHE-KIANG-TÉ

Los palitos chinos o *hoang-she-kiang* parecen un caos, pero no: son como una gran familia o una pequeña nación. Para los peritos (sean naturales de China o de un barrio chino en el exterior), en cada pieza reencarna un nombre, una jerarquía, un estilo de uso, un tono, y hasta ciertos simbólicos secretos del universo como voluntad y representación. Es tan fácil como asistir a un teatro de operaciones *noh*.

Así, los palitos chinos o *hoang-she-kiang* constituyen una ubicua escritura pan-nacional. Lo mismo pueden ser usados como cubiertos (por la ex-monarquía neo-aburguesada), que como objeto galante presexual (entre las juventudes de maovanguardia), que como arma alevosa y artera (la preferida entre los afeminados y revisionistas en general), que como insignia partidista y/o burocrática y/o militar (de moda desde 1989), que como juego didáctico preescolar (entre los 3 y 5 años, según el Ministerio de Preeducación Popular), que como sistema portátil de adivinación (*xiao*) o incluso como autoayuda (*tung*).

Así, más que una escritura al azar, los palitos chinos o *hoang-she-kiang* son una suerte de mensaje al ciudadano (sea perito o no) de parte del mismísimo Emperador (*Kai-Fú*). O, en su carencia contemporáneo, de parte del mismísimo Estado (*Fú-Kai*). El sistema funciona como un juego de ladrillos para armar una muralla que nadie verá nunca desde el cosmos, pero igual es monumental. Se trata de un efecto lingüístico donde cada varilla es a la vez carácter y cárcel. En gramática, a esta paradoja se le llama semiositarismo o *tian-am*. En política, sería sencillamente gobernabilidad o *kong*.

Así, los palitos chinos o *hoang-she-kiang* son la génesis de un vocabulario híper-nacional, de incorruptible sentido en el seno de las masas y de su liderato inmanente en cada contexto histórico. Nada de caos, como en un principio el extranjero o el ignorante podrían pensar. Al contrario, cada vez que un ciudadano de la actual república (sea natural o de algún barrio chino en el extranjero) use los palitos para formar un fonema o *píng*, ya estará convocando, de hecho, siglos y siglos de esta exquisita y exhaustiva tradición pautaada. Lo mismo ocurre durante la lectura (*hoang-she-kiang-té*): quien vibra entre sus cuerdas vocales no será tanto su propia voz, como cierto aire de pequeña familia o de gran nación. A través de cada garganta resuenan entonces las notas corales de una cosmotraqueotomía chinesca, cuya afinación será siempre la idónea para que cualquier miembro del pueblo la consiga entonar. Es lo que los antropólogos de Occidente han llamado un *estado de chinanidad*.

Por ejemplo, incluso esta historia portátil o *tao-hoang-she-kiang-té*, no podría ser contada por nadie sin involucrar a priori la misma coreografía de palitos chinos, definida matemáticamente así:

# 中华人民共和国国歌

田 汉作词  
吕驥作曲

1. 4/4 (2 3 3 3 | 4 3 | 3 1 6 3 3 | 2 1 | 5 5 3 5 3 5 | 1) 0 6 |

(附奏) 起

1 1 | 1 3 2 2 7 | 1 1 | 0 3 1 2 3 | 6 5 |

又! 不 愿 做 奴 隶 的 人 们! 把 我 们 的 血 肉,

2 3 7 3 | 1 3 7 | 2 - | 6 5 | 2 5 |

筑 成 我 们 新 的 长 城! 中 华 民 族

1 3 0 1 | 2 2 3 1 | 0 0 | 1 1 1 | 2 2 2 3 |

到 了 最 危 险 的 时 候, 每 个 人 被 迫 着 发 出

2 2 2 4 | 2 2 | 1 2 | 3 3 | 5 - |

最 后 的 吼 声。 起 来! 起 来! 起 来!

1 3 4 5 | 0 5 | 2 1 6 5 | 2 0 1 0 | 6 7 |

我 们 万 众 一 心, 冒 着 敌 人 的 炮 火 前 进!

2 1 6 5 | 3 0 1 0 | 6 5 | 5 5 | 6 5 | 6 0 ||

冒 着 敌 人 的 炮 火 前 进! 前 进! 前 进! 进!

## BORING HOME

### 1

Tal como nos advirtieron en el aeropuerto, la casa no decía por fuera HOME FOR RENT ni daba el menor indicio de actividad comercial. Era clandestina. La alquilaban por la izquierda a extranjeros o a cubanos caídos del extranjero. Como yo. Como nosotros: Lilia y yo. Y lo hacían de manera públicamente ilegal. Eso también es Cuba, pensé: será el precio del paraíso. Por lo demás, eso era justo lo que yo quería para morirme en paz de una vez.

Me bastó con bajar la ventanilla y mirarla desde la calle: en casi medio siglo mi casa no había cambiado. Mi antigua casa natal, que ahora funcionaría como mi home for rent, acaso como una tumba alquilada. Exactamente, como un cenotafio sin tarja, cuando todo se descubriera y las autoridades deportasen mi cuerpo de vuelta a los United States. Miré a Lilia de reojo, sentada al volante del carro, y sólo le comenté:

—It's here, honey: aquí nació yo —intenté sonreír—. Nos quedamos con ella, right?

Lilia apagó el carro y bajó. Dio un rodeo sin prisa y me abrió la puerta del BMW: un BMW también alquilado por internet, como la casa, semanas antes de pisar asfalto cubano.

—Let's go, darling —dijo y me ayudó a salir del carro—. Ya estamos en casa, vamos.

Y por primera vez en casi medio siglo lo pude volver a hacer: estar parado en una esquina de Cuba, la mía. Desde niño no recordaba un evento así. Sentí las piernas entumecidas. Y una ligera náusea. O taquicardia. No sé. Parecía un títere exhausto al que van a devolver



a su caja después de una larga y aburrida función. A su caja natal, a la mía: la de Lilia no. Con tal de no desmayarme, tomé algunas notas mentales para el diario cubano que pensaba llevar:

«La muerte sería un cartel anunciando HOME FOR RENT en el portal de tu antigua casa».

«La muerte son los nuevos vecinos de tu viejo barrio, que te miran bajar en muletas de un platillo volador marca BMW».

«La muerte te persigue desde La Pequeña hasta La Gran Habana: una muerte emperifollada con guayabera blanca, pañuelo azul enredado al cuello y una guadaña de rouge carmín (colorete patrio de la Sinhueso)».

«La muerte es una fuga en zigzag de los sabuesos del FBI allá y de los ecológicos uniformados de verde aquí. Todos hablando en chino sobre leyes extraterritoriales y visas por un tercer país y restricciones de viaje y residencia y delitos de extranjería y emigración, mientras pasito a pasito uno entra de nuevo a su hogar a cambio de un alquiler».

Sentí un punzonazo en la ingle. Me vi todavía descolgado del brazo de Lilia, apoyándome en una de mis muletas hi-tech, y pretendí un gag cómico para no echarme a llorar:

—Apúrate, honey, que me hago pis en los pants...  
—aunque la voz se me rajara a mitad de frase.

Y entramos al portal de lo que ahora volvía a ser mi casa de Cuba o, por lo menos, su póstuma ilusión natal. Ya después Lilia se encargaría del equipaje, del parking, y demás inconveniencias domésticas que le tocan por ser la esposa de alguien que, por primera vez en casi medio siglo, descubre que ni volviendo ya es posible volver.

«La muerte es toda la mala poesía jamás escrita en el mundo», recuerdo mi última nota mental de auto-welcome home.

17 y K, El Vedado: única dirección que no se me borra (y lo primero que siempre tiendo a decir cuando me preguntan la address). Al fondo del garaje ellas habían instalado su servicio secreto de HOME FOR RENT: Sondra y Nora, nuestras anfitrionas tax-free. Habían convertido el local en un hospicio en dólares: un comfortable cuartico donde venía a refugiarse sin licencia la clase baja mundial. O posnacional, como era mi caso: yo, un expatriado en mi propio garaje. Paradojas de la historia, parodias de lo que va pronto sería una biografía cerrada: la mía, la de Lilia no. Anyway, yo debía permanecer incógnito el mayor tiempo posible, así que nos convino aquel rincón de casi cero visibilidad.

Se acababa un siglo y acaso también un milenio. Se acercaba el 2000, el año cero: posible fecha de mi muerte tanto física como fiscal. Y aquí estaba yo aún: de vuelta al vientre materno o, mejor aún, vientre huérfano. Anoté un verso en prosa para mi diario, pescado con pinzas de una banda mitad lírica y mitad de speed: «Back to the womb is much too real». Y, finalmente, para no desentonar, anoté esa suerte de cursilería miamense de «No regreses al sitio donde fuiste feliz».

Desde el portal, miré a Lilia. Miré al cielo. Era azul infinito, sin una nube ni un pájaro: un cielo sin cielo. Miré al resto de la realidad, los restos de la irrealidad, y no vi ni rastro de mi niñez. Por suerte. Desde la esquina de K y 17, El Vedado, podía extasiarme con aquel panorama en toda su chata profundidad. Dígase La Habana y se habrá pronunciado el mundo, aunque sea en span-glish. La vida desperdiciada en el mundo, la habrás perdido también aquí: yo era un Kavatis sin patria donde plantar bandera, un Kafka paria pero todavía con amo.

Y tuve la sensación de que, terminada mi odisea fúnebre, Lilia podría publicar mi diario en tanto documento aburrido y excepcional.

Vi la avenida L, como siempre, a una cuadra de distancia de mi ex-portal. Vi centenarios laureles republicanos sembrados en los parterres antes de mi madre parir, en la primera mitad del moribundo siglo y milenio. Vi un agromercado obrero que chorreaba tierra colorada por los cuatro costados: meta y metáfora de la nación o, al menos, de su noción. K abajo, en la esquina de 15, vi un edificio gris que en los años cincuenta no estaba, o no lo recuerdo yo, donde entraba y salía personal uniformado y armado. Vi a esos inextinguibles niños urbanos, con sus canicas horadando lo que alguna vez fuera un jardín pequeño-burgués, ahora gran-proletario. Y vi, por supuesto, la línea intuitiva del mar. Siempre el mar ubicuo al fondo de la ciudad marinera: su olor a yodo, a nitrato, a mezcla fina de infancia y fuel. Y entonces miré al cielo de nuevo, como una carpa fantasma izada sobre el horizonte fuera de foco. Fue como una inspiración miope teñida de blues: «because the sky is blue it makes me cry», recordé la nana triste de Beatles, aunque no pude recordar ni una sólo causa ni un sólo because. De cara a mi muerte concreta, la historia del universo podía entenderse ahora como una tonta cancioncita de amor.

Sentí deseos de ponerme a gritar. Gritar nada en específico: simplemente gritar. De rabia, de pena, de felicidad: de facilidad de poder gritar otra vez en Cuba. Aullar de tedio, de horror, de ser libre incluso para aburrirme a matar: para matarme o dejarme matar en un alquiler clandestino que en otra vida había sido mi hogar. Pero no way. Me contuve. Permanecí en un silencio casi militar,

después de salir del baño y sumarme a Lilia en la sala, que a esa hora formalizaba nuestro informal alquiler. Y era increíble, en realidad: ¡un precio híperbarato! Una ganga más que un gancho comercial, tal como nos prometieron en el aeropuerto, apenas una hora atrás.

Sondra era una muchacha alta y delgada: blandía en su cara la única mirada no codiciosa que Lilia y yo nos topamos desde que salimos de Hialeah, otra ciudad con hache, como La Habana. Tenía un par de ojos diáfanos que gentilmente te condenaban a la verdad. Te conminaban a no mentir, no robar, no matar, y sí desearla a ella y no a la mujer del prójimo: ni tampoco a la tuya. Nora, su hermana gemela, usaba un overall manchado de tinta y pintura: olía a diluyente de artista plástica, al parecer en uno de los cuartos había instalado un taller. Si las descubrían alquilando sin licencia, ambas lo perderían todo, empezando por la propiedad de mi ex propiedad. «Pero si ustedes son discretos al entrar y salir, pueden quedarse aquí eternamente», nos ofreció Sondra una mortaja hasta que llegara por fin el fin: el mío, el de Lilia no.

That's the point: residir forever en mi antigua casona, sin pasar mi calva reciente por el calvario ancestral de la burocracia. Yo tampoco tenía tiempo ahora para jugar a los trámites. Me moría y punto, aunque me resistiera a aceptarlo: para consuelo y resignación ahí tenía a Lilia tal vez. Después del acto final y su consabido telón, podían meter mi cadáver apócrifo en el primer cementerio o vertedero estatal. Podían metérselo en el mejor hueco o nichito patrio. O reexpatriarlo a casa del carajo: para entonces ya me daría igual.

«¿Volver a América, miss Muerte, ¿sabe lo que dice usted? No hay que volver de algún sitio para quedarse ya en él»: desfiguré por escrito los versos de preferiría no

mentar a quién. Hacía calor. O las pastillas me recalentaban la sangre por dentro, cuarteándome la garganta. «Morir en julio y con la lengua dentro. Let it be: cubansummatum est», anoté antes de cerrar el diario acabado de desvirgar.

### 3

Esa misma noche le pedí a Lilia la primera inyección: tenía un dolor insoportable y pretendía dormir temprano como regalo de bienvenida. El dolor desapareció enseñada, pero mis párpados ni se enteraron. A las doce en punto me vestí y le di un beso a Lilia en la cara, sobreblanqueada por el cremerío humectante con que se conservaba veinte años menor. De pronto me recordó a una muñeca Lili: aquellas caritas que alguna vez se fabricaron en La Habana con el rótulo de Cuban Lilly Dolls.

—Voy un rato afuera, honey.

—It's OK, darling —me respondió, alendada—. Be careful no te resfríes —y continuó roncando sin ningún pudor: de noche, ninguna terapia de imanes, parches ni flores la conseguía insonorizar.

Caminé lentamente por el pasillo, haciendo tic-tac con mis muletas tan ergonómicas, hasta que por fin alcancé el portal. No había bombillos, pero hacía una luna repleta: la luna de Cuba, ¡nada que ver El Vedado con la de La Florida!

Lloviznaba. Había aire y dejé que la brisa me despeinase la calva. Reí y respiré, recostado a la reja, con medio cuerpo sobre mi esquina de 17 y K. Hondo, puro, libre. Sin dolor, sin vida, sin deseo, sin muerte. Sin palabras ni tampoco silencio. Como un estertor, un rencor apático, apenas un roce de lo irreal: como volver a nacer, pero por primera vez. Solo. Sin memoria ni amnesia de ese evento que todos

llevamos tatuado delante como una zanahoria podrida: «O Death, ¿where is thy sting? O Tomb, ¿where is thy glory?», recordé creo que al Shakespeare de los sonetos.

Bostecé, triste de lobo: ¿quién le teme a Orlando Woolf? Oí el sonido fatuo de la madrugada cubana, entre los flamboyanes y los edificios más vacíos mientras más habitados. Supongo que entendí entonces lo que la belleza del universo podría llegar a significar. Un frío húmedo. Un olor a jazmín. A lirio, a lilia, a flor de muerto y muñequita lilí. Medianoche, nadie, verano. Sentí un poco de náusea y, justo en este punto, ella tosió bajito para hacerse notar. Ella.

¡Fuckin goddamnit que me asustó...! Ella. No sabía que estaba siendo observado en mi observatorio estelar. Me viré de un salto, de un sobresalto y, más que verla, intuí: era ella, sentada en la oscuridad. Un bulto espléndido, retador. Las piernas recogidas bajo un vestido tan corto que la dejaba desnuda a lo largo y estrecho de su geografía de gacela. Puro cuerpo reconcentrado en sí: la cosa an sich, sin filosofía ni adjetivación. Me quedé con la boca abierta, la mandíbula al aire como el péndulo de ningún reloj. Temí lo peor sin saber cómo, dónde o por qué. Me le acerqué. Tic-tac, tic-tac: otra vez las muletas de mi cardiopatía se complotaban en contra de mí.

—¿Sondra? —me aventuré.

—No —ella lucía divertida con mi confusión—. Se pronuncia Nora.

La estética del 2 x 1: de día no había reparado en cuán idénticas eran, cuánta belleza doble buscando cómo desdoblarse mejor.

—¿Desvelado? ¡Bienvenido al club! —y me tendió su mano en señal de hello—. El insomnio es normal después de un viaje, supongo.

Sus dientes eran muchos y blanquísimos, y se le abrían como una carretera entre labio y labio. Imaginé los otros labios de una mujer así: técnicamente, una muchacha así, an sich. Seguramente hundidos y apretujados como la silueta de Cuba vertical, un sexo afeitado cuidadosamente por el paso de un huracán Gillette. Labios que no dejaban el menor resquicio donde colar un índice o una credit card, en número rojos y a nombre de Mr. Orlando Woolf. Su pelo era tan negro y lacio como su nombre: Nora, Noire. Y olía a sándalo, a sombra, tal vez a Sondra también.

—No estoy desvelado —me puse solemne como estrategia para resistir—. Ya nunca duermo.

Y ella fingió un aplauso casi en mute, deliciosamente teatral.

—Bravo —sobrepregonó en voz aún más baja que sus palmadas—. La noche no es propicia para dormir.

Tendría veinte años, no más. Y así mismo se lo pregunté al instante, sin otra fórmula de cortesía que una cortante curiosidad.

—Veintiuno, ¿y usted? —ripostó.

—Yo, nada —la miré sin tapujos para calar en su reacción—. Cuando la pelona anda cerca, te quedas sin pelos pero también sin edad.

Y entonces fueron ya carcajadas silentes: Nora tenía el don de repoblar el desierto con sus pantomimas de actriz amateur. Su fértil jovialidad me recordaba la de mis primas en el stadium repleto, con Almendares ganando a palos, desde el primer inning hasta la última cocacola con absorbente y pan con lechón. Y, sin embargo, algo siniestro en ella me sobrecogía. Era como un despliegue de empatía y pavor entre perfectos conocidos que nunca se conocerán: habitantes de dos épocas antiparalelas en una sola mansión (la de ella, la mía, la nuestra).

Le di las buenas noches y literalmente la abandoné. Yo no quería complicaciones. Tic-tac, tic-tac: huí de vuelta por el pasillo de geometría familiar, diseñado por mis abuelos desde mucho antes de la victoria del club Almendares en aquella temporada de, si mal no recuerdo, el verano del 53.

#### 4

Sondra era bióloga y nunca estaba durante el día. Al menos, no entre semanas. A veces viajaba al exterior, a Latinoamérica siempre: que ella decía en broma que no era más que otra provincia de Cuba, pero con McDonald's, más y mejores médicos cubanos, y aclimatación.

Por el contrario, durante los weekends, Nora se perdía sin dar explicación ni decir un chao. El resto del tiempo trabajaba como una gata, a cualquier hora, trepada en cuatro patas sobre la prensa gráfica de su taller: verdadero fósil mecánico, de los más remotos, con que acaso se hiciera el Papel Periódico en el XVIII. Nora, de hecho, tenía una gata que se llamaba igual: Nora. Y, para colmo, siamesa: tal como Sondra y ella a veces me lo parecían: simetrías de Siam.

La criatura se tendía a pasarse la lengua, mientras contemplaba arrobada cómo su dueña se afanaba en la próxima obra por imprimir. Era exactamente lo mismo que por entonces solía hacer yo, entre inyecciones, muletas inteligentes, y la caducación definitiva de mi permiso para estar en Cuba.

Ahora yo estaba prófugo o algo por el estilo: on the run, on the wild, on the loose. Seguramente mi nombre ya era acechado por los sabuesos del FBI allá y los ecológicos green-war de este lado. Me dije: «que se jodan todos: so far, so good, so what?», y apunté en mi diario



una frase pedante que tal vez Lilia me esculpiría como epitafio: «Aunque me acorralen y capturen y juzguen y condenen a muerte por segunda vez, este es mi momento y mi hogar: mis quince minutos de fama para narrar en casa, incluso para narrar en el mar». En cualquier caso, mi diario comenzaba a parecerse peligrosamente a una novela de autoayuda o de do-it-yourself. Por ejemplo:

«Octubre es el mes más cruento. Hace un calor de perros, de jauría. Y encima las ráfagas de un supuesto huracán que viaja con destino norte también. En Cuba, el otoño es una magnífica maldición. La gente es vulgar y alegre: beautiful people. Se aman y matan salvajemente, en medio del esplendor y el vaho: cuerpos sudados, semen sin sabiduría, niños a rastras hacia una escuela social. Y todos ellos soy yo, con mi lúcida frustración de moribundo de vuelta a su aburridísimo hogar: boring home más que hospicio. De estar vivo, saldría ahora mismo a caminar sin ropas por este barrio que desconozco por ser el mío. El Vedado de noche no se parece, pero igual me recuerda a la ciénaga de Hialeah: aquí y allá me despierto con la sensación de que me voy a ahogar. Hoy se cumplen tres meses de estar clandestinos aquí. Debiera publicarse en el Miami Herald lo sencillo que ha sido: medio exilio bien pudiera vivir free gratis de contrabando en su patria que ya no lo es. Si no se atreven será por pendejos. ¡Llame ya: usted puede morir en Cuba tax-free...! Nora y Sondra son finas, inteligentes, ingenuas y las dueñas más recientes de mi casa natal. No parecen tener familia ni amigos ni vecinos, y eso en Cuba es una suerte de excentricidad. Ambas desconocen olímpicamente el horror: han vivido ahistóricamente. La felina es feliz y falaz. Lilia es perfecta,

quisquillosa e insoportable: nunca se olvida de mí. Me va a obligar a sobrevivir hasta las últimas consecuencias. Obligarme a sobremorir: ésa es su misión pastoral. Cada medianoche tomo cuatro de mis Pastillas Completas para simular dormir. Lilia teme que subir más la dosis pueda ser tóxico. El resplandor de la luna me favorece, sobre todo cuando no hay luz ni ciclón, como ahora: la muerte es el ojo de un huracán. Así que nada. 17 y K, El Vedado, Cuba, América: ya nos veremos las caras, brave new habana. Quo vadis, ciudad con hache? Es la hora de callar, Revolución: fíchenme now si pueden, catch me ahora if you can. No es todo por el momento: Rev in Peace. Firmado, en octubre 99 y sin baterías recargables. Attmte, Mr. Orlando Woolf».

## 5

Una tarde saqué los prismáticos. Entre Sondra y Nora me ayudaron a remontar la terraza. Era sólo un primer piso, pero de puntal muy alto, republicano. Con la vieja escalera de caracol que ascendía levógira, por supuesto, porque en Cuba lo mismo los ciclones que las escaleras siempre giran así: a la izquierda (palabra vasconacionalista: ezquerra, que es guerra). Lilia, por su parte, ese día decidió permanecer ella en la cama y de allí aún no salía, remolonéandose y viendo una cable-TV no menos ilegal que nuestro alquiler. Sería su día libre de mí tal vez: un day-off en el paradise. Sweet Home Alahabana.

Prismáticos profesionales, dos hermanas gemelas bajo el cielo azul de noviembre, aire templado, ciudad insonora desde mi hogar dulce hogar. Me pregunto a dónde se irán las nubes en este mes. Y los pájaros, ¿emigran acaso? Y mis jaquecas, ¿por qué carajos no se esfuman también? Mierda, qué genial aburrimiento, qué bodrio

en vano, qué euforia o por lo menos eufonía. Tanta metafísica mental me asemeja al personaje de Memorias del Subdesarrollo, prismáticos incluidos: «¿cómo se llamaba: Eddy o Edmundo?», pronuncio en voz alta sin mayor esperanza.

—Sergio —me sorprende Sondra—. Como el actor.

Me está hablando de la película, que no recuerdo haber visto completa: sólo fotogramas y spots. Se lo digo. Pero el libro sí lo leí, cuando una editorial de tercera lo publicó en uno o dos estados de los United States, con su debido fracaso comercial.

—Si no te acuerdas del filme, es que no lo viste —Sondra me ataca ahora.

—A lo mejor sí la vi —la contraataco yo—: tú no sabes lo que un cubano de mi generación es capaz de olvidar —digo y me arrepiento enseguida: tampoco deseo parecer tan pedante como Eddy o Edmundo o el actor Sergio quizá.

Nora salta en mi ayuda:

—Yo tampoco me acuerdo si la vi completa o si alguien me la contó —y abre los brazos en cruz—. Pero no por eso soy o dejo de ser de ninguna generación —no se calla nunca.

Cabeceo como un ex-catedrático y las sermoneo con gestos exagerados, de clown que está de vuelta en su propio clowntry:

—La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido —la cita creo que es de Kundera, pero en el techo de mi casa puedo plagiarlo en paz—. No ser de ninguna es la mejor manera de pertenecer a tu generación.

Y ya no se entiende de qué hablamos. Así que por fin reímos, aunque dudo mucho que entendiéramos de qué. De manera que seguimos observando amigablemente la

nata o la nada de La Habana bajo el zoom de mi telescopio: rango de 5 a 100 X, óptica corregida electrónicamente por los robots del Karl Zeiss Institut, con foco automático y diferencial: verdadera delicatessen para los espías de todos los países, uníos. De hecho, se me ocurre que bien podría hacerle una donación a la policía secreta de mi antiguo país: por ejemplo, incluir los prismáticos para ellos en mi testamento no estaría mal, al menos como un chiste con el que Lilia no sabría lidiar.

Por el momento, no puedo salir de mi estupefacción. Es increíble: como en el libro de Edmundo Desnoes, esta ciudad todavía parece una escenografía de bagazo o cartón. Una Troya de tramoya, madera preciosa y hueca. O rellena con guata bendita y aserrín de manualitos populares de ideología. Nos vamos rotando los prismáticos y, en uno de esos pases de mano, Nora me roza de cuerpo entero y yo pierdo el equilibrio y me le engancha del talle. Está enchumbada, sudada desde la piel a la tela o quizá al revés. Me gustaría devolverle algo más que una palabra de sorry, pero me trago mi speech. Tengo su sudor oloroso en mis manos, qué más se puede pedir. Luego ya veré como usar con Lilia esa información química o feromónica: «Make lust, not words», anoto mentalmente.

Me siento mareado. Debo bajar a mi habitación. Tal vez extraño la sobreprotección médica de Lilia, no sé. Igual ha sido suficiente por esta tardecita de añil. Se pone el sol, de azul a cian a magenta, y sin una sola nube flotando encima: a mi edad y en mi condición ya todo parece grave e ingrátido, aunque yo mismo no entienda. Noviembre no es de gran ayuda en cuestiones de salud pública ni privada. De suerte que me justifico para no preocuparlas:

—Tengo que bajar a inyectarme —anuncio en tono jovial—. Si alguien me ayuda con los peldaños, se gana la marca de prismáticos favorita de la CIA y la KGB.

Y otra vez es Nora quien se adelanta en mi ayuda. Para mayor desconcierto, la espiral parece girar ahora en sentido contrario bajo mis pies: hacia la derecha, según las náuseas me permiten interpretar. Bajo en un vértigo o vahído. Voy pensando que la geometría no euclidiana lo ha copado todo en mi antiguo o, mejor aún, en mi póstumo hogar: lo que sube por la izquierda, de pronto baja por la derecha y viceversa también. Todo parece cíclico de remate, pero en Cuba nada ocurre igual que la primera vez.

En fin. Me basta con apoyarme en el antebrazo de Nora para acatar las reglas transpiradas de este irreality show. Y avanzo sintiendo en el codo la presión de novilla de sus senos de 21. Nora estoy seguro que lo nota también, pero su sonrisa es más limpia que la de los ángeles: «no pasa nada, es tan sólo mi cuerpo», pienso que Nora piensa que pienso por ella yo.

Toda vez en el cuarto, Lilia se queja de estarse aburriendo de maravillas con el candor de una película cubana en blanco y negro, filmada treinta años atrás:

—Un «Día de Noviembre», darling —me contesta sin despegar la vista de la pantalla—. It's funny: esta película se llama como hoy.

## 6

Comencé a deprimirme opíparamente. Comía y dormía cada un par de horas. Después lo vomitaba todo y me desvelaba hasta el amanecer. «La Hanada», como renombré a la ciudad en mi diario de boring home, era una tableta Prozac importada de la paleohistoria políticofarmacéutica

de este planeta. Y Nora fue la primera que sufrió sus efectos colaterales: Nora, la gatica siamesa.

Simplemente me molestaba, acaso porque ya nunca nos dejaba solos: a su dueña Nora y a mí. O porque hacia ella se desplazaba todo el afecto posible de nuestra conversación. O porque whatever me daba igual: era tedioso sentirla todo el tiempo ronroneando a mis pies y restregándose contra la felpa de mis muletas. Decidí que sería algo así como entretenido sacar a Nora del juego, convertirla justo en lo que ahora era yo: un foragido, un outcast. Que la ubicua gatica fuera, técnicamente, una outcat.

Lilia estuvo de acuerdo. La exasperaban los pelos por todas partes, incluidos los de mi ropa primero y los de mi coriza después. La irritaban, al punto de la anafilaxis o la anafelinaxis, aquellos sopones de pescado que Nora y Sondra ponían a hervir durante largas horas del mediodía cubano. El stress irreversible de mi enfermedad y mi infinita estancia underground en Cuba la tenían al borde de un shock. Un día casi estrella el BMW al parquear. Lilia no discutía, pero destilaba vapores de mal humor 24-hours-a-day. Estar de acuerdo respecto al «caso de la mascota Nora» (es una cita de mi diario) fue una perversa estrategia de reconciliación nacional.

—It's OK, darling —me dijo Lilia y elevó sus pulgares: luego los invirtió hacia abajo y me expuso su plan—. Mañana temprano despacho a la criatura tan lejos que no regrese en un año.

A mí me marcó la sentencia: «en un año». De su frase era obvio que la cosa iba de mal en peor conmigo. «Un año»: ése era el plazo que Lilia me concedía para sobrevivir.

Igual lo hicimos. La despachamos fácilmente en el maletero. No sé hasta dónde Lilia llevó a Nora antes de

botarla. Y, por supuesto, yo me arrepentí enseguida. A la mañana siguiente casi recé para que Nora volviese pronto al hogar. El suyo, el de Nora su dueña, el mío, acaso el nuestro también. Oírla maullar de nuevo sería algo así como un bálsamo de alivio o un talismán: una patente de corso para franquear la barrera de «un año» que me pronosticaba sin saberlo Lilia.

Al día siguiente, Sondra reaccionó histérica. Acusó sucesivamente a todos los vecinos de las cuatro esquinas de 17 y K. Según ella, El Vedado era un barrio de delatores y criminales que llamaban a Zoonosis al menor descuido. Entonces la descubrí llorando abrazada a su hermana (Nora goteaba azufre por los ojos, no lágrimas), como si alguien ya hubiera muerto en la casa. Y esta imagen de pronto me causó pavor: la de asistir a mi velorio en el mismo sitio donde, aunque nadie en Cuba lo recordara, yo había nacido casi medio siglo o medio milenio atrás.

¿Era posible que de una mascota dependieran las coordenadas emotivas de todo un sistema no tan doméstico como domesticado? ¿No estarían sobrerreaccionando las hermanitas gemelas tan patéticamente como yo? ¿Cuán frágiles serían las fronteras entre el miedo atroz privado y la amable locura social? ¿Existirían allá afuera los sabuesos del FBI y los verdeolivas ecológicos de Extranjería y Emigración? Y, entonces, ¿por qué aún no daban señales de vida aquí adentro, en mi vieja mansión tan céntrica de 17 y K, El Vedado (ahora municipio Plaza de la Revolución)? ¿Se habrían traspapelado mis archivos o un virus los desdigitalizó? ¿La calidad de mi sobrevida dependía sólo de que Nora, de pronto una suerte de Lassie, regresara un día al hogar?

Me vi como un fantasma alquilado que recorre su vieja casa de infancia, al estilo de aquel Mr. Nobody

declamado de memoria en mi Escuelita Elemental de Calzada y K (a un costado de la famosa funeraria):

*I know a funny little man as quiet as a mouse  
Who does the mischief that is done in everydody's house.  
There's no one ever sees his face, and yet, we all agree  
That every plate we break, was cracked by Mr. Nobody.*

¿Sería ahora Mr. Orlando Woolf un perdedor invencible en su propia invisibilidad? Lo cierto es que copié con devoción las dos estrofas de esta rimita infantil en mi diario. Casi sin darme cuenta, dejé de rezar a Dios y comencé a pedirle cosas, mitad en broma y mitad en serio, a San Mr. Nobody.

Y, ya al final de la crisis felina, Sondra tuvo que viajar de improviso a un laboratorio de la UNAM, en Mérida, y Nora quedó desconsolada imprimiendo sus monotipias con la ayuda de mi mirada en sillón de ruedas. El artefacto rodante era un hi-tech de última generación. Lo habíamos traído desde el inicio, en el remoto julio de ese mismo año, pero sólo en la última semana yo había decidido usarlo para no forzar más las válvulas ni las articulaciones, en medio del stress de ver a las dos gemelas buscando desesperadamente a Nora.

Era delicioso ver a Nora gatear encaramada entre los rodillos de su prensa manual, raspando a espátula y gubia, empapada de acrílico desde la nariz hasta la uña meñique del pie. Porque trabajaba descalza, con un mínimo short y una blusa de mosquitero: semivestida o semidesnuda, que no es lo mismo pero excita igual. Y aunque la otra Nora no daba señales de reaparecer, por el número de grabados que su dueña salía a vender en ferias, supongo que poco a poco se le iba extrañando menos: «en un año» tal vez nadie se acordaría de que alguna vez la



siamesa maullara allí. «En un año», pensé, ni Nora ni Sondra podrían precisar cuánto tiempo premórtem pagó el último cliente ilegal en su propio ex garaje. «Aquí amnesia y anestesia son anagramas», tomé una nota mental que no estoy seguro de haber transcrito después, pues se me acababa el diario y tenía que apretujar demasiado las ideas y el trazo.

En fin. Por lo demás, nada. Días y noches en que uno no come apenas, se toma sus cuatro pastillas completas para no desentonar, y se deja inyectar por Lilia la droga apátrida de la esperanza inútilmuscular, Made in USA (los bulbos ya se acababan a cuentagotas también). Total, sólo para vomitarlo todo con voracidad, entre hematomas pop-art y disneas de muñequito de Disney, cagando una jalea albañal y escupiendo rojo. Anemia o anomia: ¿cómo distinguir, para qué intentarlo? Y, de tanto en tanto, según se aproximaba el fin de año, regurgitar una tisana de escuba amarga preparada por Nora, a la par que persistían mis deseos de moverme heroicamente dentro de su sexo hasta morir o eyacular: ¡veniremos!

## 7

A las doce menos algo, Lilia se sobresaltó. Dijo que yo había hablado en sueños, que quién demonios podría ser Eddy o Edmundo, que sudaba copiosamente mi almohada y que, por capilaridad, la sábana estaba enchumbada como una toalla sin exprimir. Yo no había pegado un ojo: había tenido una bizarra sensación de temblor, pero inmóvil. Estático, casi extático. Como cuando va a estallar un ataque de fiebre. O un calambre. O una arritmia donde se invierte el dipolo eléctrico del corazón.

Esa noche, recién yo caía en la cuenta: era 31 y ya se acababa el año o el resto de mi tiempo quizá. La Hanada

me había ahorrado el fastidio de las navidades y esa fatua luminosidad y esa merry camaradería tan al estilo del american way: por suerte en Cuba las Christmas eran una costumbre extinta, entre otros saurios del período republicámbrico ya abolidos en la nueva era revolujurásica.

Lilia se dio una mínima ducha, se vistió de sport, y salió afuera por el pasillo sin cruzar ni media palabra. Últimamente estaba muy irritable con la depauperación de mi estado: como si de pronto ella ignorase que todavía nos faltaba lo peor.

Al siguiente minuto oí ronronear al BMW, que ostentosamente se alejó por K o por 17: no pude precisar por el eco. En cualquier caso, seguro con rumbo al mar, proa al norte por esas calles nones de un sólo sentido o acaso ninguno: none at all. Siempre fue así. Desde mi casa de infancia todas las calles desembocan en el malecón.

Miré el reloj y sólo vi la penumbra densa del cuarto. Oí el tictac desde la mesita de noche. Y enseguida comenzaron a sonar los disparos. Primero solitarios, tímidos. Luego en ráfagas eufóricas de varios segundos, horas, o noches enteras tal vez. Tiros, municiones, balas, bengalas, salvas, pellets, petardos y perdigones: ¿cómo no distinguir, por qué no intentarlo? Sonaban a todas las distancias mentales imaginables como si estuvieran dentro del cuarto. Sin distorsión ni efecto Doppler, en dolby-stereo desde media cuadra hasta medio país.

En Cuba everybody, excepto el santo mr. nobody de Orlando Woolf, parecía festejar el cambio de fecha y la llegada del Y2K: para mí, a Year To Kill. Para ellos supongo que no significara el año cero, sino el 2000: la tan cacareada cifra de las consignas aquí y los comerciales allá. Yo sólo empecé a temblar. Los oídos me zumbaban, zoom acústico de abejorros suicidas. Cada estampida re-

percutía demasiado real en mis tímpanos: incluidos yunque, hoz y martillo. Me temí lo peor. ¿Y si el simulacro fuera por fin la guerra tan prolíficamente promocionada aquí y allá? ¿Y si yo había regresado a Cuba con un *factum* más histórico que mi burda enfermedad? ¿Quién peor que yo para terminar siendo el testigo prepóstumo del holocausto? Entonces temí por la vida de Lilia y deseé que ningún balazo la fulminara al volante del BMW. O que, por lo menos, que no se enterara jamás de que no era ella sino yo el condenado a sobremorir.

Me incorporé lo mejor que pude contra la cabecera. Me chorreaba el sudor. El colchón se había convertido en una piscina termal, una sweating pool de más de cuarenta grados. Darme cuenta de esto me obligó a tiritar: fiebre psicológica o lo que sea, *I don't care*. Sentí miedo de oír tanto escándalo y no ver. Nada, nadie. La muerte bien podría anunciarse así.

Me corrí de la cama a la silla eléctrica y pulsé a ciegas el botón de GO. El motorcito de aquel engendro yanqui comenzó a ronronear en medio de los disparos y el himno en los altoparlantes de la calle y en cada radio o TV set. Pero allí se quedó: mi BMW de juguete tendría las baterías gastadas o Lilia por algún secreto motivo se las quitó. Hasta ella lastimosamente me manipulaba, no al revés. Me entró una desesperación infantil y pegué un alarido en medio de la oscuridad. Iba a llamar a Lilia, lo juro, aunque hubiera huido en el carro, pero fueron otras dos sílabas las que pronuncié:

—¡¡¡No-raaa!!! —grité estirando el cuello.

El ataque al cielo nocturno cesó de súbito con mi alido. Oí las últimas notas de la canción nacional, acaso literalmente las últimas. O las primeras del siglo XXI. Era impresionante cómo las drogas aún no borraban de

mi mente la letra de aquellas dos estrofas rimadas a mitad del XIX. Creí escuchar risas y aplausos desde la calle. En los televisores o radios, la voz engolada de un locutor me anunció la voz rajada de Nora, aparecida en la puerta de su mi nuestra habitación:

—¿Qué fue? ¿Hay alguien? ¿Puedo pasar? —sobregesticulando a contraluz.

Su silueta me hizo recobrar el control. Odié la idea de que Nora me viera así, en mi más ridícula ropa interior. Imaginé el bochorno cuando ella prendiese la luz y quedara expuesta mi lampiña y magra silueta: una fucking foca en silla de ruedas. Así que controlé mi histeria de inmovilidad y le dije:

—Disculpa. Pasa, por favor, pero no enciendas la luz.

Al instante llegó hasta muy cerca de mí, todavía jadeando por el susto de mi alarido: howllido de lobo penco. Como una gata, Nora se orientaba perfectamente en la oscuridad. Casi le pido un abrazo, pero no quise atemorizarla más. Sólo le imploré que me diera un rato su mano y ella me la brindó, sin tanteos ni tapujo alguno: por pura intuición felina y acaso femenina también. Un apretón fuerte, limpio, sano. De hembra humana invisible y tangible a la par. Su gesto era cálido, pero sus palmas muy frías, como si Nora acabara de aterrizar de un país al norte del círculo polar.

—Tienes una fiebre que quema —me diagnosticó, seguido de una palabra tierna como un detonador—, pobrecito.

Yo hice crac. Me sentí mareado. Un rugido sordo, una náusea de tanto estirar los párpados y no ver nada al final. Nata negra, viscosa pero vacía: sin objetos ni tampoco objetivos. Sombras cubanescas, con el paliativo de una mano de muchacha de 21, perfecta desconocida

desde el verano pasado. De pronto, quise saber algún dato adicional del universo exterior.

—¿En qué año estamos? —la frase se articuló sola por mí.

¿Qué cifra podría devolverme ahora el sentido de lo real? Ninguna fecha sería suficiente para no leerla como fachada. El calendario, como el lenguaje todo, formaba parte de una parodia brutal. Cualquier escena era un bluff, una burbuja, un colofón: entre otros paroxismos de la barbarie.

—Acaba de empezar el año dos mil —se acercó a mi cara hasta que pude olerle la voz.

Su aliento era magnífico y recónditamente alcohólico. Venía de una fiesta, supuse. Recordé que era Nora y que me excitaba mucho su cuerpo. Le halé la mano. Se la bajé hasta mi sexo y allí la clavé. Ese despojo moral y esa erección de muerte también era yo: cuanto antes ella se enterara, mejor. Ahora que me golpeara si le parecía OK. Que me desalojara del HOME FOR RENT ilegal, si eso le parecía mejor. Pero nada. O sí. Sentí su presión superior a mis fuerzas y noté que Nora no me rechazaba. Persistía perversamente allí, tocándome, y yo no entendía el sinsentido de su reacción. ¿Qué la impulsaba hacia mí? ¿Borrachera complaciente o aguinaldo de nuevo siglo y milenio? ¿Compasión de compatriota? ¿O lástima por un tipo verde en estado si no de coma por lo menos de cama?

Y, además, moviendo la mano como cuando raspaba una de sus matrices entintadas, baqueteando, pertinaz y rítmica, in crescendo mudo, hasta que todo se puso blanco y yo sentí que me derramaba en medio de una oscuridad total.

Al notar mi explosión de líquidos, Nora se secó las manos en mi barriga, y comprendí que yo acababa de

eyacular por inercia. No había sentido nada, salvo un cambio de coloración en mi ceguera. Aquel era el fin. No tenía caso ofrecer más resistencia. God - 1, Mr. Orlando Woolf - 0. En algún punto de ese año cero me moriría sin dramatismo ni trauma. Ahora ya podía cerrar las fechas en mi diario, y colocar de exergo aquella frase que siempre intuí sería su colofón: «yo también era eterno, pero duré menos que la revolución».

Entonces me sobrevino una ardentía de espinas y unas ganas terribles de romper a orinar hasta el fin de los siglos y los milenios, améen. Era casi para morirse de risa. Medio año de morbo repartido entre Nora y Sondra culminaba en la farsa torpe de una masturbación asistida. Una tristeza física se me coaguló enseguida entre la garganta, los pómulos y el esternón: mi vida entera se desplegó ante el eje de mi angustia como un gran timo, una estafa sensacional. De primera plana, en el caso probable de que allá afuera el Habana Herald existiese ya. Y encima su pregunta de nené traviesa echada del alma:

—¿Tú te quieres morir?

No le respondí. Alcancé el briefcase de Lilia, dejado como siempre sobre la mesita de noche. Demostré ser todo un experto en maniobras a ciegas. Le pedí otra vez la mano a Nora y ella me la extendió con menos seguridad: a lo mejor temía un segundo halón hacia mi entrepierna. Pero no le di tiempo a sus tanteos. Cogí un fajo del interior del briefcase y se lo envolví con sus propios dedos de gacela: se lo puse descaradamente en la mano a Nora. Si mal no recuerdo, en cada fajo Lilia incluía diez o veinte billetes grandes: de cincuenta y de cien. Al rato le solté la mano con cortesía. Entonces supe que recién había comenzado y ya esa primera madrugada de enero había rebasado el final. El suyo y el mío.

Con mi dedo índice cruzado sobre sus labios le pedí que no hiciera ni media pregunta más. Le impuse algo así como mi última voluntad de paciente caritativo. Para mi sorpresa, Nora acató la orden y el dinero. Pronunció un *feliz-año-nuevo* sincero y me dio un besito en la frente, más el abrazo que no le llegué a pedir.

—Tómate algo para esa fiebre —dijo y se retiró repentinamente por el pasillo, tal como había surgido minutos o meses antes.

Yo quedé varado, con el pene todavía expuesto en mi carromato fúnebre Made in USA. Pulsé la tecla de GO y, como lo hice sin esperanza, la silla puso en marcha sus ruedas por puro espíritu yanqui de contradicción.

Manejé hasta el freezer y saqué un pomo de agua mineral. Dejé abierta la portezuela para aprovechar la iluminación interna del aparato. Me estiré hasta mi gaveta y saqué los papiros analgésicos de mis Pastillas Completas. Tragué las cuatro de rutina. Luego cuatro por el happy-new-year recién inaugurado. Después cuatro por nuestra penosa orgía de dos. Y entonces también cuatro por Sondra trabajando en el extranjero, y cuatro por Lilia acaso accidentada en el BMW, y cuatro por el perdón de las Noras: la gata víctima y su dueña victimaria.

Me invadió un sueño cósmico instantáneo. Me eché con mil trabajos sobre la sábana, tan húmeda como al inicio, y ya otra vez tiritaba. Tenía tanto cansancio que se me hizo evidente que yo nunca podría del todo descansar. Al menos no en alguna parte. Es posible que oye-  
ra el ronroneo en off del BMW y el portazo con alarma que anunciaba el triunfal parqueo de Lilia en la esquina de 17 y K, El Vedado. Y no sería imposible haber oído entonces sus taconeos por el pasillo, hasta recortar su silueta en contraluz en la puerta de mi ex garaje.

Al rayar el amanecer, puedo imaginar su ritual mientras prepara mi inyección matutina antes del desayuno. Lilia es un fantasma fiel que recorre mi casona de infancia, entre la falta de aire y estas ganas de vomitar que no consiguen sacar tu nariz a flote bajo la costra del sueño: paraíso antes que pesadilla. Es normal, supongo. Con veinticuatro píldoras por segundo en la sangre, hasta el más aburrido metabolismo se torna entertainment light y liberador. Ser libre, ser otros. No ser tanto, no ser. Aunque sólo sea para volver a interpretar las rimas de aquel hombrecito cómico, literalmente tan quieto como un ratón (¿invencible en su propia invisibilidad?), que comete cada trastada de cada casa, si bien nadie nunca le ha visto la cara pero, aún así, al final todos coincidiremos en que sea él quien pague los platos rotos a nombre de Dios o, por lo menos, de San Mr. Orlando Woolf. Al rayar el amanecer, puedo incluso imaginar que definitivamente será para morirse de risa.

*I know a funny little man...*

*Who does the mischief that is done...*

*There's no one ever sees his face, and yet, we all agree...*



## WUNDERKAMMER

Cuando mi padre murió, después de una imperiosa agonía que desvarió todo el tiempo entre el sentimentalismo y el miedo, Ipatría y yo pudimos entrar por fin a su habitación. Hacía medio siglo que mi padre gentilmente nos lo impedía.

Por supuesto, allí dentro no encontramos tesoro alguno, como secretamente hubiera sido nuestra ilusión. Tan sólo vimos papel periódico. Cajas. Cajones. Contenedores. Mi padre, también en secreto, en las últimas cinco décadas se dedicó a recopilarlos. Titulares de la prensa plana, recortados de su nicho de texto original. Ése había sido su hobby, redescubríamos ahora: su manera de hibernar cuando se aburría de sobrevivir en familia, en una realidad no tan doméstica como domesticada a los ojos de él.

Por supuesto, todo esto lo sospechábamos desde mucho antes de su enfermedad, por el cada vez más intenso tráfico en uno y otro sentido: papá importaba publicaciones hacia su habitación, mientras hacia afuera exportaba los residuos de tanta tonta recortería. En los últimos tiempos, no podía ser más evidente su clandestinaje.

Ipatría y yo decidimos quemarlos. A los titulares de la prensa plana, combustionando uno a uno en la azotea del edificio. Aquellos ripios ya no tenían, para nuestra generación, ni siquiera un valor documental. Esas líneas discontinuas eran la prehistoria analfabeta del mundo. Tedium vitae reconcentrado, mímesis mala: una parodia no tan simpática como patética, cuyo mejor destino sería su conversión en ceniza, peste y vapor de agua.

De vez en cuando leíamos alguna tira en voz alta, antes de echarla a la pequeña fogata. Lo hacíamos como quien se empeña en descubrir una joya de diamante o al menos de amianto: alguna frase que se resistiera a nuestra pulsión de pasarla por el fuego, pirómanos improvisados. Pero nada. Dentro de aquella hojarasca era imposible salvar nada. De hecho, los recortes no eran más que tópicos típicos al peor estilo periodístico de:

- La Habana es la mayor galería -Ipatría.
- Atraso pudiera beneficiar -yo.
- Construcción y voluntad ahora se parecen -Ipatría.
- Combustible para avanzar hacia el futuro -yo.
- La Habana habla alemán -Ipatría.
- Vuelo terrestre nacional -yo.
- Crean un programa audiovisual de lenguaje de señas -Ipatría.
- Estrellas saldrán por el día -yo.
- Tres F cosechan papa -Ipatría.
- Isla perfecta para el arte -yo.
- Un país enteramente pedagógico -Ipatría.
- Aprender con monedas -yo.
- No existe un país que haya dejado una huella tan grande -Ipatría.
- Remeros con buenos planes -yo.
- ¿Debe Cuba bombardear a Estados Unidos? -Ipatría.
- Presentará Cuba Resolución para determinación de la muerte -yo.
- Pólipos del endometrio -Ipatría.
- Inseminarán vaquitas en miniatura -yo.
- Los cuenteros mentirosos son gente de bien -Ipatría.
- ¿Y los cubanos dónde están? -yo.
- Una ciudad para ciegos -Ipatría.
- La Habana contada por sus fotos -yo.

–En Cuba la mayor manada de leones en cautiverio del mundo –Ipatría.

–Llueve menos en Cuba que 46 años atrás –yo.

–El difícil arte de convencer –Ipatría.

–Un pelotero, una científica y un trovador tuvieron algo en común –yo.

–Socióloga, karateca y campeona –Ipatría.

–¿Cuba Postcastro? –yo.

–Inclinación positiva de la Copa Cuba –Ipatría.

–El récord de lo absurdo está vencido –yo.

–Un monumento para el rascacielos pinareño –Ipatría.

–Cuba, firme y de completo uniforme –yo.

–Teatro para todos los tiempos –Ipatría.

–El protagonismo para los protagonistas –yo.

–Tiempo de receso –Ipatría.

Y así, entre otras menudencias por el estilo. Por el hastío. Todas tranquilamente trocables en dióxido de carbono y vapor de agua: titulares transparentes, ingrátos, más gaseosos que graciosos, como el supuesto sentido de aquella galería curada por mi padre durante cincuenta años.

En cualquier caso, Ipatría y yo no supimos hallar ni media joya atesorada en su medieval cámara de las maravillas.

O cualquiera sea el nombre del acto paterno de narrar por corte y compilación.

Acaso también ahora por cremación.

## HISTORIA PORTÁTIL DE LA LITERATURA CUBANA

### 1

Ipatria piensa que evitar la ficción es lo mínimo para no hacer el ridículo. A propósito del canon local, carraspea, y garrapatea en su diario: *Cualquier raicilla de ficción es suficiente para que retoñe ese rastrojo estético que los peritos llaman una «literatura mayor».*

### 2

El campo labrado se hundía en el cañón de la montaña y lindaba con un maniguazo tupido donde el marabú se enlazaba con el limón y el limón con el almácigo y el almácigo con la enredadera y la enredadera con la marihuana y la marihuana con el cigüelón y el cigüelón con el cafeto y el cafeto con el marabú. El trillo roto a filo de machete enlazaba el campo de labranza con la casa del capitán: una casita pulcra de mampostería obrera, a medio kilómetro de Condado.

Escupió. Miró la tierra coagulada de rojo sobre el escupitajo. Miró sus botas de octogenario: aún nuevas, sin estrenar, frente a sus descomunales pies desnudos de capitán. Y tocó entonces el filo de su machete. Lo acarició, se lo pasó con cuidado por el cuello y sintió el cosquilleo de su mala circulación, liberada ahora por el tajo epidérmico. Todavía aquel acero cortante era un Collin, el muy condenado, pensó: con el gallo y las siglas del que fraguó su metal.

La sangre brotó muda como una fuente de alivio y el capitán descalzo no hizo nada para evitarlo. Se reclinó en el taburete. Cerró los ojos. Estiró sus pies de bestia

noble y exhausta. Aquel acero nunca le había fallado, pensó: un acero coagulado del mismo rojo que la tierra sobre su escupitajo. Un Collin justiciero al punto de lo criminal, capaz de tajasear lo mismo la mano asesina de un bandido que la tráquea octogenaria de un capitán.

### 3

Para Ipatria la traqueotomía es un «túnel entre texturas irreconciliables», un «poro de diálisis contra el vacío de la ficción», un «cortocircuito de lo verosímil que abole las fronteras de la verdad». Y así mismo, con aire de monje franciscano y entre comillas, deja constancia escrita en su diario de estas teorías a medias.

### 4

El acero recién cortado es suave, ásperamente resbaloso al tacto, como una callosidad en la lengua de un león. Esa mañana el hornero se había quitado los guantes. Prefería palanquear a mano. Era un torete mulato, recónditamente chino, de violenta mansedumbre en cada gesto y mirada.

Fue sólo un instante. Una visión fugaz. Un resbalón al rozar el alero del transformador. El vapor coagulado en la atmósfera del taller, incluida su piel sudada de macho magnífico, provocó un rayo en los cables de la 220, y esa descarga mortal se encargó de ahorrarle patetismo a la escena. Apenas se notó un olor a cuero tatuado al rojo vivo: eran los vapores chamuscados de aquel hombre bueno y bestial.

Después del torbellino de ayes y el correcorre ya inútil, el proceso termodinámico siguió indetenible en su maquinabilidad, convirtiendo el líquido gris en una pasta acero-plasmática que escupía fogonazos débiles, incomparables,

y millones de chispas hacia lo alto: fuego fatuo de volatería chinesca con que el horno se despedía esa mañana de su más fiel hornero.

## 5

Ipatria se pone las gafas de sol (o de soldador) y se acerca al micrófono. Pronuncia un discurso en la Academia sobre la ficción en tanto fracción: limalla que se proyecta y perfora la garganta y la córnea del metamorfoseado lector. Entonces oye los aplausos y deja que un funcionario muy triste le imponga la letra K, acaso como estigma ante su condición de Miembro.

## 6

La casa decía por fuera Boarding Home, pero yo sabía que sería mi tumba. Era uno de esos tugurios a donde van a inmolarsse los deshauciados de ojos fríos y mansos como el acero, mejillas secas, piel con rosales de pústulas y boca sin dientes: viejos puestos a morir lejos de su familia, tulliditos políticos de la patria, artistas y escritores tan prolíficos como frustrados, prostitutas y homosexuales que entristecieron de tanto mentir, mierda cubanoamericana venida a mierda, presidiarios cogidos fuera de cárcel, gente sin amor y perdedores kafkianos de toda ralea social. Un verdadero fresco de nuestra subnacionalidad.

Llegué al Boarding Home hace años, entre turulato y tarado, huyendo de la amorfa cultura cubana, de la vulgar música cubana, de la envidiosa pintura cubana, del tedio de la radio cubana, del complot de la televisión cubana, de la ñoñería del cine cubano, del triunfal deporte cubano, de la barroca historia y la barrueca discursología cubana. Y no es Cuba, por supuesto, soy yo: me

siento un exiliado total. Sobro de todas partes, ya no quepo en ninguna palabra o silencio. Cuba no ha sido más que mi circunstancia clínica terminal.

A los 15 años me sabía al dedillo a Hemingway, Proust, Nietzsche y Martí: yo disfrutaba de mi estúpida voracidad. Luego me volví loco en los 60 y todavía hoy veo diablos con uniforme y oigo voces en una lengua verde de sintaxis militar. Dejé de leer. Me fui de Cuba con tal de irme de mí y llegué a América, donde logré recluirme en esta casa que, diga lo que diga por fuera, yo sé que será mi tumba. Pero no me quejo ni me arrepiento, simplemente me narro mientras hojeo al azar revistas literarias Made in USA, como *The Revolution Evening Post*. Es un alivio saberme fuera de la maquinaria. Debería estar agradecido por darme cuenta de todo con suficiente ecuanimidad. Con esa misma ausencia de estilo ojalá pueda alguien narrarme ahora.

## 7

Ipatria cree que el deseo de ficcionar es perverso, pero no implica carencia edípica alguna: no hay trauma, sino puro placer. Al cerrar el manualito de difusión sicoanalítica, una idea persiste: *No hay otro closet que el water-closet, no hay otro closet que el water-closet*. Y ya es sabido que de ahí no se sacan cosas: por ahí sólo se descargan los detritus domésticos antes de que implosionen la casa. Esto último no lo anota.

## 8

En familia. La mesa de comedor recostada a la luna del espejo. Los comensales sentados sin barrera visible a cada lado del vidrio: los vivos aquí y los muertos allá. Lo importante es conservar la familia en pleno sentada, asentada.

Vivos y muertos son igualmente incapaces de distinguir quién es quién, dónde radica la realidad y dónde su invertido reflejo. Familiares y fantasmas, personajes y pesadillas: a la hora de la cena todos convergen entre la mesa llana y el espejo oval.

Parece una película mortecina. Cada día la misma secuencia de movimientos nebulosos y su parsimonia represiva: tedio mudo y escandaloso, agorero e ignorante. Entonces sobreviene el milagro, la fulminante descarga o machetazo argumental que desequilibra la descripción. De pronto un comensal (vivo o muerto) se pone de pie y, atravesando el vidrio invisible, extiende su fuente de ensalada a un segundo comensal (muerto o vivo) que con gusto la acepta del otro lado.

El gesto constituye una flagrante violación del contrato. Acaso todo un complot: el estallido de la tan largamente anunciada revolución familiar. En cualquier variante, a partir de ahora el resto de los comensales no logra una cena en paz. Saben que las fronteras están muy frágiles a cada lado del vidrio. Saben que en algún momento les tocará a ellos la fuente de la ensalada. Saben que entonces tendrán que elegir entre extender o aceptar. Y ese no ignorar en familia los aterra o atora, según las dimensiones traqueales de cada cual.

## 9

Ipatria cree que el deseo de ficcionar sí es perverso, pero no le debe nada al deber. Antes bien, el deber sería su tumba (además de, por supuesto, la cuna de todo realismo social). Y por esta vez se ahorra humildemente las comillas: Ipatria ha abandonado su diario para practicar esas modas endémicas de la autocensura y el síndrome de Bartleby.



## 10

Fue al varentierra tapiado bajo los rastros cardosos. Se asomó y vio a su caballo entiesado, robado hacía ya dos años, todavía de pie, tan inerte. Entonces dio un paso adentro y le gritó a aquella momia:

—¡Caballo!

Y el caballo, estremecido entre la obediencia y la rebelión, se desmoronó en una cortina fósil de polvo.

## 11

Ipatria abre la boca y se mira con un espejo estomatólógico. En días divertidos la imagen le devuelve esta visión: la ficción como nacimiento o big-bang (aom). En días difíciles, el espejo refleja sólo la biología cariada de sus dientes deciduos: la ficción como accidente galáctico sin sobrevivientes o big-boeing (aborto ab ovo). Al cerrar la boca, sin querer muerde el vidrio y sangra. Entonces Ipatria escupe esquiras de cuarzo y coágulos y, mientras hace gárgaras de miel con epinefrina, reflexiona sobre las consecuencias hemorrágicas de elegir entre uno u otro tipo de ficción.

## 12

La mano premonitoria de la criada separó los tules del mosquitero por miliunésima vez. Hurgó dentro a ciegas, tanteando el bulto y apretándolo como si fuera una esponja y no un bebito de cinco meses. Le abrió la bata y sólo entonces se atrevió a contemplar aquella masa epicena en todo su retórico horror: volutas de ronchas que raspaban como una lima, labios de un violento violeta, ojos de vidrio tras los párpados crispados de par en par, tórax inmóvil y hundido, piel de mármol ya a punto de congelación, penecillo erecto en un

rictus, pulso cero, y cierto rigor mortis medio fétido y medio fetal.

En ese momento, las doce de la noche del primer aguacero de octubre, se apagaron las luces de las casas de los oficiales y se encendieron las postas fijas del campamento. Justo cuando las linternas de la ronda militar se convertían en monstruos errantes entre la ventisca y los charcos, la mano de la criada se retiró a su propio rostro para santiguarse bajo unas greñas de espanto, incapaz de articular el grito coagulado en su tráquea octogenaria: alarido árido como toda aliteración. Era inútil: a pesar de su desvelo, ella había llegado tarde en aquella competencia contra Dios. Ahora la criatura dejada a su cargo en la cunita paradisiaca, por primera vez en cinco meses de asma, descansaba ya para siempre de la tortura sinusoide de su propia respiración. El bebé no había muerto: Dios lo había liberado a tiempo de su novela vital.

### 13

De entrepierna en entrepierna, Ipatria trata de redactar unos consejillos prácticos para cada situación ficciogenital. Su faena no es fácil: sobre todo si se quiere evitar el lenguaje manido y la ramplonería del pensar común. En este punto decide recuperar su diario pues ya se siente estilista otra vez. *La escritura está en todo*, anota como subtítulo antes de entrar de plano en la materia genitoficcional.

### 14

El sexo está en todo. Un hombre privado de mujer acaba por descubrir en otro lo que echa de menos: eso que, aún en sueños, le hace bullir la sangre, amasando sus pensamientos en un mazacote hincado por su aguijón viril. El sexo está en todo: es un recluso más de la galera.

El sexo está percutido en un par de calcetines sin dueño. En una rata domesticada por la paciencia célibe de algún interno. En las cajetillas de cigarros autografiadas con citas apócrifas de Hermes Trismegisto y Allan Kardec. En la locura colectiva del penal, que pasa por una violencia excitante y repulsiva de gestos que pasan, a su vez, por el cuerpo de un hombre hacinado entre hombres. El sexo está en cada una de las represivas palabras del Reglamento del Reo, y en cada uno de los exultantes silencios de la madrugada cubana en prisión. El sexo está en todo, pero el penado 2506 se resistía a su influjo. Por eso, entre otras barbaries a lo largo y estrecho de una década en prisión, hasta los guardias lo llamaban ahora El Incorruptible.

Entonces sobrevino el azar: un nuevo ingreso en el patio, casi un niño. Tenía dieciocho años, facciones de ángel de la perdición, pelo amarillo muy corto, y un lunar en una tetilla: la del corazón. Fue tanto el vicio lascivo en las miradas que, para protegerlo al menos en un inicio, el jefe de galera ordenó ubicarlo en el camastro vecino del Incorruptible: aquel torete mulato, recónditamente oriental, de mansa bestialidad en cada uno de sus gestos nobles y exhaustos. Esa misma noche, bien pasadas las doce, el 2506 despertó al joven ingreso con un susurro de boca a boca:

—No temas —le dijo—: te voy a matar. No duele y es por tu bien —y con una de sus manazas le cubrió completamente la rubia cabeza, y con la otra inmovilizó los coletazos de aquel frágil adolescente aún no decidido del todo a vivir.

En una década de internamiento, no era la primera vez que el Incorruptible lo hacía. Se consideraba un justiciero providencial. Nadie lo sospechaba, pero nadie

como él sufría los horrores patrios que caen sobre una aparición angélica en el infierno de la galera. Era por su bien, estaba convencido: ¿por el bien de quién?

Entonces el penado 2506 volvió a tenderse bocabajo sobre el camastro y metió ambas manos en el monte negro de su pubis proteico. Así se dormía desde pequeño, aunque él nunca había sido pequeño. Y, como cada noche en que su misericordia había tenido que intervenir, la lona estaba ahora a punto de reventarse bajo el pinchazo abstinente de su aguijón viril.

## 15

Ipatria le ha preguntado al hombre que lustra sus zapatos si conocía la historia del hombre que preguntó al hombre que lustraba sus zapatos si no tenía miedo de sí. El hombre, viejo y prieto como sus zapatos, lo miró sorprendido con un rencor de enemigo infantil: en su cara la intuición de cierto choteo intertextual que no va con él. Tras un par de minutos al borde de las lágrimas o la agresión, el zapatero le respondió:

—Yo no como mico, ¿y utté? —y recogió sus cepillos y betunes para largarse precipitadamente de allí, dejando a Ipatria plantado a mitad de lustre, convirtiéndolo de hecho en el heredero de aquel no menos viejo y prieto sillón.

Ahora Ipatria mira desde abajo a la clientela en su trono, y le pregunta a cada cual si por casualidad conoce la historia in crescendo del hombre que preguntó al hombre que lustraba sus zapatos si conocía la historia del hombre que preguntó al hombre que lustraba sus zapatos si no tenía miedo de sí.

Él pensaba morir en el invierno de 1987. Desde hacía meses tenía unas fiebres terribles, alucinantes. Consultó a un médico y el diagnóstico fue SIDA. Como cada día se sentía peor, compró un pasaje a Miami, y decidió morir cerca del mar: en una de sus playas albinas, entre aburguesados poetas y blanquísimas mofetas de la política posnacional. Pero todo lo que él deseó en vida, acaso por un burocratismo diabólico, se demoró. Incluida la muerte.

Allí, a ras de mar, él otra patria esperaba: la de su locura, trágico mamotreto entre las aguas del que cuenta el terror y el terror que ha de ser contado. El hedor de un caballo muerto para él fue siempre el mejor testimonio de la primavera: su tétrico trabalenguas como colofón de una historia armada al estilo de un carnaval o timo colectivo de cachiporras; medallas oxidadas, restos de esperma, naufragios de neumáticos sobre la espuma, leprosos, héroes y pueblos devastados, centrales de reconcentración obrera, épicas tradiciones de la traición y otras superficiales-inconstantes-perezosas estafas de difusión popular, donde Dios era un estruendo de hojalata y Cuba una obligatoria ristra de mítines y un tedioso velorio triunfal. Barroco barrueco.

De manera que él no murió en el invierno de 1987, sino tres diciembres quisquillosamente exactos después, baleado y con la lengua afuera: la lengua manipulando el paisaje ficticio de su país; la lengua ensanchándose sin tiempo, cubriendo el horizonte, supurando al cielo y señalando lombrices; su lengua deslenguada de ahorcado, colgándole de boca para afuera como un rabioso rabo, como un pendenciero penecito de niño solo y airado, más bien gris, hosco y repulsivo hasta lo inoportuno, un niño que proyecta el insulto de su cara redonda

y sucia ante la cara cuadrada y pulcra de la revolucioncita mundial.

Con su muerte por lengua propia, él consiguió fugarse incluso de él. Así enmudeció su escritura de corre-corre, castañeteante, ennegrecida y maldita, contaminada de virus, bacterias, resoluciones, pastillas y propaganda, asaltos, caries y cárceles, resentimientos, espantos y pantanos, lepras y piojos incubados con un odio fútil pero fértil, portentosos porteros y notas de suicida que envejecieron antes de que a sus cenizas las solvatare en una playa el NaCl nacional. La suya fue una escrituragonía hirviente y supurante que pateaba estatuas, a la par que renunciaba a todo perdón o consuelo o paraíso perdido. Lo suyo fue un furor obscenamente moral de vivir manifestándose como voluntad volátil y represiva representación. Él escribía, en fin, como un santo nefando entre sus fiebres terribles y alucinantes, iluminado por los destellos sin párpados de los ojillos de las ratas: con esa fatua claridad ancestral, ya casi afásico de forzar tanto los fueros de la ficción.

Por supuesto, semejante testimonio inaudito ha de ser inédito. Tal es nuestro homenaje póstumo para con él: la ignominia de la ignorancia es su más merecido altar. Por eso le echamos tierra y marchamos grotescamente sobre el mojoncito de arena que en ninguna caleta lo cubre. Por eso coreamos esas aberrantes resoluciones vigentes que todavía nos atañen a todos. Por eso lo sepultamos insepulto bajo la luna loca y la estrella más brillante que sale justo antes del alba. Hemos apisonado bien los cimientos de su sementerio y lo hemos dejado descansar en pus. Tal vez él no pensaba resucitar en el invierno de 2007, pero ahora es su momento: nosotros ya somos libres, él nunca lo fue.

## 17

Ipatria se queda dormido en la sala a oscuras y sueña con la ficción como biografía anónima: parching de fotogramas mal editados en una suerte de biopics que no regala pero tampoco disimula su cicatriz, sino que deja leer los mecanismos quirúrgicos bajo el trapito estéril de toda intervención o acaso invención técnica. Después de los créditos y el copyright, a Ipatria siempre lo despierta la misma acomodadora mulatica, con su decimonónica cara de yosífui.

## 18

Hacia el oscurecer luminotécnico de un día de noviembre de 1982, subiendo por la calle Compostela en dirección al norte de la ciudad, un travelling de cine seguía a una calesa de museo tirada por dos mulas mal adiestradas para la escena, sobre una de las cuales, según el guión, cabalgaba un extra que sobreactuaba vilmente su rol como calesero negro en «Cecilia Valdés».

El vestuario del conductor, las guarniciones de la calesa y sus ornamentos de oropel, mostraban a las claras que era más bien pobre la producción cinematográfica que movía los hilos de aquella ficción. Como también, por supuesto, era excepcionalmente paupérrimo el concepto mismo de filmación, pues de él chorreaban cloacas de pleitesía y solemnidad ante el gran relato fundador de lo que los peritos llamarían una «novelística nacional».

Tal vez lo menos ridículo hubiera sido encuadrarlo todo en un dolly-back: que desde el mismo primer plano o párrafo de «Cecilia Valdés» se vieran los rieles del travelling y los camiones de luces y el papeleo de las scripts y el boom metido en cámara al menor descuido y la merienda obrera de todo el staff y la repetidora de escenas

por la amnesia de los actores y la medidera de foco con una cinta de costurera y el claqueteo con tiza de cada toma y la espaventosa soledad general de su director (interpretado, por ejemplo, por el extra negro de la calesa), y entonces sí comenzaría a rodarse lo que los peritos podrían llamar una «peliculística nacional»: ese delirio entre el deleite y el delito que todavía ningún cirilo cinéfilo en Cuba rodó.

## 19

Ipatria no tolera los derivados de la penicilina, pero sí la ficción que simula un remake. Ipatria no hace rechazo a la noción de una nación letrada como sucesivas capas de cebolla sin corazón (mascarada en perpetuo espionaje de xerografías, el making-of de un make-up), pero sí reacciona a todo discurso que no pueda traducirse con un diccionario de bolsillo para turistas. Como una vez estuvo al borde de la anafilaxis, en alergiteratura Ipatria prefiere ahora un neo-habla que a ratos sea no-habla: incluso así le parece clínicamente peligroso experimentar en letra propia esta teoría.

## 20

—Trínquenme bien a ese hombre: ¡amárrenmelo ahí! Está loco: de atar, de matar. Con su traje de lino podrido, calvo y sin dientes, el índice imperativo en alto, regalando puchas de flor de muerto a choferes y peatones: ¡no se confíen! Lo ven mansito como gallo con moquillo, con su donaire de loquito incivil, pero puede pegar un brinco. No colabore con el orate cubano: ¡amárrenmelo bien! ¡Qué loco y qué malo este capitán! En plena luna nona ponerse a pelear y correr y fajarse y matar sin importarle la gente ni dios ni nada. ¡Cójanlo, atájenmelo



ahí! Patrón de falucho de cabotaje y contrabandista en carraca del golfo: ¡miren estas manos, miren esta cara! ¿Quién me lo amarra ahora, que voy huyuyo con mi embrague de botero y no parqueo más hasta Cuba y Desamparados...?

Era entretenida su retórica rota, pero allí nadie quería oír a nadie disparatando a esa hora. Mucho menos a él, con su traje de lino podrido, calvo y sin dientes, el índice imperativo en alto, y regalando puchas de flor de muerto a choferes y peatones. No sería extraño que una de esas madrugadas aquella algarabía insomne le costara un coro de palos o la anagnórisis trapera de algún puñal. Definitivamente, en aquel barrido barrio ya estaban aburridos de cualquier vocabulario con ínfulas de vocabulario, por más entretenido que a primera voz pareciera.

## 23

En esos trenes interprovinciales de óptima muerte, Ipatria ha coincidido sin saberlo con ciertos teóricos del siglo XX acerca de la ficción como un viaje: viraje del movimiento browniano que tiende a cero y al infinito. Ipatria comienza a dejar entonces frasecitas de reconciliación para con su diario o «maquinita de guerra portátil»: *microficción meganarrativa*, *gigantextografía nanoscópica*, *alef maléfico*, *parto panóptico*, entre otros piropos conceptuales más o menos apócrifos.

## 24

Bajo la empinada escalera del sótano de nuestra antigua casa de Piazza Morgana, vi el alef. O casi casi. El local era apenas más ancho que los peldaños y, de niño, siempre se me confundía con un pozo ciego: el poro de un pelo por donde penetrar en mí mismo y recorrerme por

dentro. Allá abajo la única luz era un bombillo neorrealista de veinte watts, y así era imposible distinguir ninguna imagen fija entre tanta transparencia y superposición: entonces todo era muy fluido.

Fue tumbado de espaldas sobre aquellas baldosas húmedas donde vi el descarnado tejido de mi estómago infantil, cruzado por venas y arterias, segregando sus jugos a la menor provocación. Vi los duros tendones de mi mano izquierda y el blanco íntimo de la espina dorsal, estallando en el arcoiris monocromático de mi cerebelo, tierno y palpitante en aquella década fabulosa y fatua. Vi tímpanos con tímpanos de cerumen, mi rótula rota el primer día de clases, estuve un prolongado verano en el mastoides y di un oloroso safari por mi flora intestinal. Bebí de vasos linfáticos en las parótidas. Esquivé el escudo interno de mis pezones y me perdí en un laberinto suicida que, en definitiva, no era Roma ni Londres, sino La Habana. Cogí por la vena porta y por atajos del mesenterio abiertos a pliegues semilunares de opalescente luz. Me asomé a la traqueotomía que no me hicieron a tiempo. Vi el revestimiento externo de mis dientes deciduos, de esmalte pálido y seda. Vi aftas sin cura en la mucosa palatina, incrustaciones pétreas en mi lengua de anciano, y los cartílagos asexuados de mis cuerdas vocales de adolescente. Vi glándulas rebosantes de gelatina genital, puré de nieve en la punta invaginada del glande, y un tumor necrosado en la carne senilmente infante de mi corazón. Vi a mis propios ganglios replicar el cromosoma mortífero de un retrovirus de siglas aún por clasificar. Vi un paro respiratorio y los aullidos trágicos de mi hemoglobina cuando no pudo quelar más oxígeno en sus átomos de hierro, carbono y acero. Me vi morir por dentro y la certeza de mi deceso biológico me

liberó. Conseguí lo que todo sistema político siempre ha soñado en vano: ser libre completamente de mí, sin culpas ni temores ni fronteras ni límites a la hora de recorrer nuestra terrible y vergonzosa soledad interior. Ver a priori la causa etiológica de mi fallecimiento borró eones de búsqueda y burla sin encontrar. La muerte me restauró por fin a ese estado de fe prefetal que todo espíritu intuye. No me quise marchar nunca de allí, pero mi familia cayó en desgracia con el Estado y rematamos todas nuestras propiedades al peor postor o impostor.

Así perdí no sólo la empinada escalera del sótano de nuestra antigua casa de Piazza Morgana, sino que perdí de súbito al alef. O casi casi. Porque todavía lo veo: en sueños, aquella sucesión caótica de palabras ordenadas aún resuena tan visceral-en mí como medio siglo o tal vez medio milenio atrás. Y yo sé que ese eco de morgue ha sido, es y será mi más auténtica voz.

## 25

Ipatria alega que no sabe leer. Pasa su índice derecho sobre un mural y, en plena posesión de sus facultades lectivas, se declara analfabeto: alega nunca haber *leído leyendo* (es una cita de su diario), sino por *inercia espontánea de imitación* (es otra cita de su diario). Entonces se mira el índice derecho lleno de polvo y sus huellas digitales le parecen un criptograma de autoría criminal.

## 26

Una película de polvo lo cubría todo, abrasándole la garganta. Sintió sed. Una sed de persistencia asombrosa que le perforaba la tráquea. Alrededor ya nada tenía color. Excepto el calor, que era blanco: arenoso. Le picaban

los ojos. Nada se distinguía de nada, excepto aquella nube fósil de polvo que lo asfixiaba.

—Diosito Jesús —susurró para nadie en un rafagazo de ira—, los días de polvo se adelantaron.

Y así le era imposible orientarse. Nunca llegaría a ninguna parte. A la vuelta de una o dos temporadas, con suerte alguien encontraría allí su cadáver: huesos mudos y polvorosos. Sintió pánico. La sed arreció. Hubiera gritado pidiendo auxilio aunque fuera sólo para entretenerse, pero las palabras se le pulverizaban a la mitad. La desecación le cincelaba ahora la lengua y le ardía hasta la memoria.

—Jesús Diosito —se atragantó—: un año tan duro como el anterior.

Y rezó en silencio para lograr, si no en paz, por lo menos descansar en polvo.

## 27

Ipatria fuma un cigarrillo sin filtro y se siente en raptó. Cree descubrir en las volutas de nicotina y CO<sub>2</sub> una cortina de humo no tan carcinógena como un perito podría pensar. Al contrario, Ipatria fabula con fe que esa amorfa atmósfera sería respirable lo suficiente como para que en ella hasta un perito pudiera pensar. A Ipatria todo esto le parece un storyboard excelente para no podría definir todavía qué.

## 28

Diego habla con flores en la cabeza, como el niño aquel que todavía parece: rey ridículo en su jardín ñoño de tan cultural. David lo mira con admiración ignorante de que Diego lo mira como una promesa de pugilato viril. Diego es lúcido y mayor. David es joven y bruto: sonrío

como los ángeles, pero no sabe escribir. Diego es un trabalenguas no tan común como ya obsoleto. David es el alias guerrillero de todo mártir suburbano del clandestinaje en acción. Diego ansía un último combate antes de retirarse con sus memorias anales a una suerte de paz senil. David quedará solo, habitando una década doble y decadente. Diego siempre lo estuvo, aunque hubiera sido el novio perfecto para David. Pero ninguno de los dos toca al otro. No hay corazón para tanto. El abrazo de utilería que se dan es sólo un aceptable montaje de posproducción, casi un efecto especial. Las flores de Diego se marchitarán sin trauma ni dramaturgia en su cabeza lúcida y mayor. David jovialmente ha de embrutecer mucho más. Los dos sobreviven apolíticamente a ras de los años dos mil, inconclusos para sentencia los dos. El diálogo entre consonantes D desembocó en definitiva en un decepcionante desastre, pero es sólo por este detalle que el argumento se salva de ser tan fofa ficción.

## 29

Ipatria teclea titulares para un supuesto periódico oficial de millonaria tirada. Le gusta ese ejercicio de masividad ficcional!. A veces deja caer las manos sobre el teclado y entonces tamborilea sólo caracteres al azar: *jklñhasd ygal424sas*, por ejemplo. O: *oiouwerl25 jknsdbcsc tt!!!*, también por ejemplo. E incluso: *q werty06498 uiop dyqwcLY §®rl6988269.bij-consTatering jhcawj mdf=>a sjos643d5438\*(nhiuw ð%oŠil.7948625, aanGiftegedaan iffff /iuhasod lu wef\_ ^ 0309 ^ \_ wiw ^ \_ 1210 ^ du wjer71+84qjdkln aiuh vernieliNgenwordt 'k*, que ya le parece casi una aberración. Por si acaso, Ipatria siempre se toma el cuidado de conservar estos resultados «ad random»: puzzle que en cada juego de manos caídas nunca

resulta igual. Así viaja por impredecibles idiomas y refresca un poco el hobby que ya de por sí practica para refrescar: teclear titulares para un supuesto periódico oficial de millonaria tirada como ejercicio de masiva ficcionalidad.

### 30

En 1969, el agente secreto Pavel A. Sudoplatov se entrevistó con uno de los narradores de la muerte de Trotski: su protagonista Ramón Mercader, con quien se reunió en la Unión de Escritores de la CCCP. Allí, mientras deglutían carnes más o menos estofadas en vodka, puntualizaron los detalles más o menos ficticios que deberían considerarse, si es que aquel luctuoso martes 20 de agosto de 1940 se iba por fin a narrar.

Lo primero es que Mercader, amante de los perros y miembro mediocre del espionaje anti-trotskista en Latinoamérica, no contaba con ser él mismo el motor actancial de la justicia obrera. Lo segundo es que Mercader, su madre, Eitingon, la mulata Caridad, y un equipo de cinco guerrilleros suburbanos, planearon asaltar la vivienda de Trotski una semana antes del acting. Pero, para evitar excepciones morfológicas de mala suerte (¡jera martes 13!), este plot colectivo se desechó y eligieron una táctica más personal. Lo tercero es que, contrariamente a lo narrado en mil y un mamotretos de historia, Mercader nunca cerró los ojos para propinarle a Trotski su picacho en la nuca: sencillamente falló porque estaba nervioso, dado que en la escena del crimen jugaba el perro de Trotski (este golpe en falso fue el gran fiasco de la revolución proletaria mundial, ya que Trotski, y no su perro, aulló entre torbellinos tarantinescos de sangre, dejando así en visceral evidencia la naturaleza dolorosa-

mente humana incluso de un traidor). Lo cuarto es que Trotski habló antes de expirar: no culpó a nadie, pero sí se lamentó de haber recibido su sentencia de muerte mientras leía un artículo de arenga archipanfletaria, redactado en español por el propio Ramón Mercader, quien se lo llevó a Trotski para que este se lo editara. Lo quinto es que Mercader cayó en un raptó parecido al pánico de ser interrogado por algún órgano de seguridad y, aún portando una Browning cargada con 15 tiros y una daga de marca Marat, no atinó a rematar a su víctima sobre el buró: los escoltas de Trotski enseguida se aparecieron en el local (fumaban tabaco mientras leían un periódico cubano en la habitación contigua) y noquearon burocráticamente al espía que no ofreció resistencia (en el juicio, este detalle salvó al victimario de la pena capital). Lo sexto es que el perro de Trotski lamió gentilmente el rostro en coma de Ramón Mercader, aunque ningún historiador ha recogido el nombre del can.

Tras tres tristes décadas de prisión, exilio y olvido, almorzando desdentadamente en una bandejilla de la Unión de Escritores de la CCCP, el entrevistado dejó de chamuscar y por primera vez miró de frente a su entrevistador.

—¿Quiere que le confiese lo peor? —cuenta el agente secreto Pavel A. Sudoplatov que en 1969 le contó Ramón Mercader—: tampoco ningún editor se ha interesado nunca en publicar mi artículo ajusticiador.

### 31

Ipatria asiste a una terapia de grupo donde se reflexiona sobre las consecuencias catastróficas de leer en el siglo XXI con demasiada tensión. Y atención. Por supuesto, enseguida se aburre de las monsergas kármassociológicas que les

predica un perito en siglo XXI. *Sin suficiente distanciamiento y mala intención*, fue uno de los escasos apuntes que Ipatria no borró de su diario tras aquellas sesiones en un museo municipal, *la lectura es hoy un experiencia límite que pone en la picota pública la cordura y la nuca de cualquier lector*.

## 32

Estoy hecho de versiones contradictorias de mi entidad, de las grandes saguas donde me crié a golpe de talismán y portento como un nudo en la madera, de labradores y ruiñeños criollos de importación, de cartas a la carta sin remitente ni destinatario, de lomos deflecados de diccionarios, de fillos de compendios teologales, y de una paciencia matemática para encuadrar sin sufrimiento excesivo mi aire de carriada curiosidad. Soy lengua del alba, carne hambrienta y sangre de quimera: laberinto de mí mismo cuya salida nunca busqué.

He tecleado sin vicio pero también sin convicción, con pensamientos constantes en torno a puntos inconstantes de lo real. Mi ficción no conlleva placer ni oficio. He alentado ecos interiores en tanto radista del soliloquio. Mi obra salió culpable, lúcida, pesada, pensada, tonta, inocente, indecente: bestia que regresa a destruir la ciudad letrada con sus ansiedades y locuras, sus rabias y fobias inexplicables, mientras el desgano se la traga por las cuatro esquinas como a una borrosa barra de pan pútreo, pétreo, patrio. Escribí para dejar de lado un mundo idiota y encerrarme en un búnker con periscopio a inventariar la verdad: a inventarla. Aunque el resultado sea un angurrioma de novelines neblinosos y cuentería cubiche sin conclusión, todo ya en fase terminal.

He sobrevivido a un tedio puntual. También a fósiles con horribles caras de codicia, ojos de águila y garras de



león, sentados siempre en oficinas ministeriales, despachos abogadiles, laboratorios perversos, bancos del congreso, aulas disciplinarias, tribunas como tribuna-les y pulpitos púrpuras. En definitiva, he sobrevivido a esta ciudad única y numerosa, múltiple e indivisible, colonial y profuturista: Hanada nuestra que estás entre el cieno y la finisterra, entre lujos y habitaciones misera-les, entre fotutos de cacharros y quejidos de señori-tas que esperaban casarse con frenesí, entre conatos de incendios y héroes mitad mentirosos y mitad mártires, entre golpes de estado y murmuraciones de gremio y esparadrapos de la amistad, entre lechos revueltos y trenes quinqueniales de la revolucioncita mundial, entre calcetines de marca y lienzos dedicados por un genio alcohólico que mea al público en su galería, entre boletines y volantes, entre cuartillas en blanco y demás trozos de cal caídos de la techumbre infranacional, en-tre machetazos y accidentes suicidas, entre asilos y exi-lios, entre las bestias y el bodrio, entre el sabor del helado y el de mis propias vísceras, entre familiares y enfermos y demás parónimos parapléjicos: igual yo sólo esperaba una hora sin hora para intuir justo eso que no supe jamás.

Como un quíquiri de pelea fantasma, nunca ningún espejo cubano me reflejó: en la finca de los grandes cua-drúpedos testiculares, sólo lamento no haber pinchado aún con más saña la espuelita envenenada de nuestra insultante insulsez insular.

### 33

Ipatria ha arrancado páginas de su diario donde estigma-tizaba a la ficción en tanto ciclo cerrado, circo cínico, y cero clínico imposible de empeorar o curar: la ficción

como confetti y no como confesión, como zigzagagueantes eses y no como esencia, como traspíes a todo lo trascendental, como fun antes que fundamentalismo, como patogenia del pathos (talar el telos y epatar sólo al epos), como plagio o pliego palimpsestuoso sobre la plaga previa de otra ficción.

También Ipatria ha anexado páginas a su diario donde ensalza a la ficción en tanto ciclo cerrado, circo cínico, y cero clínico imposible de empeorar o curar: la ficción como confetti y no como confesión, como zigzagagueantes eses y no como esencia, como traspíes a todo lo trascendental, como fun antes que fundamentalismo, como patogenia del pathos (talar el telos y epatar sólo al epos), como plagio o pliego palimpsestuoso sobre la plaga previa de otra ficción.

De manera que ahora Ipatria piensa que ya sabe leer. Por eso se cubre la cabeza bajo un almohadón de plumas y calla. Piensa que deberían darle el Premio Nacional por tan elocuente silencio. Algo que, por supuesto, Ipatria no aceptaría. O en última instancia no iría a recoger. O después lo devolvería en protesta por... Y así hasta el infinito. Hasta que en algún punto de sus matutinas mentales, Ipatria repasa en off su monólogo portátil de la literatura mundial:

—Hemingway escribía de pic: de ahí su economía de estilo. Proust escribía acostado y de ahí su pose lenta, memoriosa, prolija. Nietzsche se exasperaba paseando y escribía como si le mordiera el cuello a un caballo. De Martí es mejor ni hablar. La mayor parte de los escritores escriben ahora sentados: de ahí su magnífica mediocridad. En ficción, como en todo lo fáctico, hay que adoptar posiciones radicales: quod scripsi is crisis, quod scripsi is crisis, quod scripsi is crisis...

Y así hasta el infinito. Hasta que en algún otro punto de sus matutinas mentales, Ipatria saca la cabeza del almohadón de plumas y carraspea. Ahora piensa en que no saber leer hubiera sido lo mínimo para no hacer el ridículo a propósito del canon local: para intuir qué evitar y qué acatar con tal de que no *retoñe ese rastroy estético que los peritos llaman una «literatura mayor»*.

—Narres lo que narres te arrepentirás —Ipatria garra-patea entonces en su diario, como un Séneca sanaco a quien se le escapa con cada apunte la raicilla secreta de una u otra ficción.

# TÁBULA HIPERIÓDICA

Otra vez mi padre y su empeño loco de arreglar

**H**<sup>1</sup>

Habana

<b>Li</b> <sup>3</sup> Literatura	<b>Be</b> <sup>4</sup> Béisbol								
<b>Na</b> <sup>11</sup> Nada	<b>Mg</b> <sup>12</sup> Música Guajira								
<b>K</b> <sup>19</sup> Kafka	<b>Ca</b> <sup>20</sup> Cuban-American	<b>Sc</b> <sup>21</sup> Socio-culturales	<b>Ti</b> <sup>22</sup> Tierra	<b>V</b> <sup>23</sup> Venceremos	<b>Cr</b> <sup>24</sup> Crisis	<b>Mn</b> <sup>25</sup> M.N.	<b>Fe</b> <sup>26</sup> Familia en el Extranjero	<b>C</b> <sup>27</sup> Com	
<b>Rb</b> <sup>37</sup> Rebelión	<b>Sr</b> <sup>38</sup> Seudo-república	<b>Y</b> <sup>39</sup> Isla	<b>Zr</b> <sup>40</sup> Zafra	<b>Nb</b> <sup>41</sup> Biblioteca Nacional	<b>Mo</b> <sup>42</sup> Mesa redonda	<b>Tc</b> <sup>43</sup> Tecnocracia	<b>Ru</b> <sup>44</sup> Rusia	<b>I</b> <sup>45</sup> Reo Hu	
<b>Cs</b> <sup>55</sup> Consigna	<b>Ba</b> <sup>56</sup> Baraguá	<b>La</b> <sup>57*</sup> Legalidad	<b>Hf</b> <sup>72</sup> Homofobia	<b>Ta</b> <sup>73</sup> Tribuna Abierta	<b>W</b> <sup>74</sup> Washington	<b>Re</b> <sup>75</sup> Relaciones Exteriores	<b>Os</b> <sup>76</sup> Orígenes	<b>Ir</b> <sup>77</sup> Irra	
<b>Fr</b> <sup>87</sup> Libertad	<b>Ra</b> <sup>88</sup> Resistencia	<b>Ac</b> <sup>89**</sup> Acción	<b>Rf</b> <sup>104</sup> Rastafari	<b>Db</b> <sup>105</sup> Debris	<b>Sg</b> <sup>106</sup> Sangre	<b>Bh</b> <sup>107</sup> Bomba de Hidrógeno	<b>Hs</b> <sup>108</sup> Historia	<b>M</b> <sup>109</sup> Me	

<b>Ce</b> <sup>58</sup> Consejo de Estado	<b>Pr</b> <sup>59</sup> Propaganda	<b>Nd</b> <sup>60</sup> Navidades	<b>Pm</b> <sup>61</sup> Patria o Muerte	<b>S</b> <sup>62</sup> Soc
<b>Tk</b> <sup>90</sup> Tokio	<b>Pa</b> <sup>91</sup> Parlamento	<b>U</b> <sup>92</sup> Utopía	<b>Np</b> <sup>93</sup> Nepotismo	<b>I</b> <sup>94</sup> Pros

# DE LOS ELEMENTOS

bras de manera que sirvan al menos para narrar.

									He <sup>2</sup> Héroes
			B <sup>5</sup> Biotecnología	C <sup>6</sup> Cuba	N <sup>7</sup> Nación	O <sup>8</sup> Oposición	F <sup>9</sup> Fidelidad	Ne <sup>10</sup> Nueva Era	
			Al <sup>13</sup> Alba	Si <sup>14</sup> Sistema	P <sup>15</sup> Política	S <sup>16</sup> Suicidio	Cl <sup>17</sup> Claudi- cación	Ar <sup>18</sup> Arte	
i <sup>28</sup> smo	Cu <sup>29</sup> Cultura	Zn <sup>30</sup> Zanjón	Ga <sup>31</sup> Gusanos	Ge <sup>32</sup> Guerra	As <sup>33</sup> Antisocial	Se <sup>34</sup> Seguridad del Estado	Br <sup>35</sup> Bolívar	Kr <sup>36</sup> Contrarre- volución	
d <sup>46</sup> er	Ag <sup>47</sup> Agricultura	Cd <sup>48</sup> Cadáver	In <sup>49</sup> Intransi- gencia	Sn <sup>50</sup> Subversión	Sb <sup>51</sup> Síndrome de Bartleby	Te <sup>52</sup> Terror	I <sup>53</sup> Imperia- lismo	Xe <sup>54</sup> Xenofobia	
t <sup>78</sup> o de ción	Au <sup>79</sup> Autoridad	Hg <sup>80</sup> Hegemonía	Tl <sup>81</sup> Tolerancia	Pb <sup>82</sup> Plebiscito	Bi <sup>83</sup> Batalla de Ideas	Po <sup>84</sup> Policía	At <sup>85</sup> América Latina	Rn <sup>86</sup> Renta	
i <sup>63</sup> os os	Gd <sup>64</sup> Dios	Tb <sup>65</sup> Tribunal	Dy <sup>66</sup> Diáspora	Ho <sup>67</sup> Holocausto	Er <sup>68</sup> Europa	Tm <sup>69</sup> Totalita- rismo	Yb <sup>70</sup> Yerba	Lu <sup>71</sup> Lucha urbana	
n <sup>95</sup> ón ca	Cm <sup>96</sup> Comercio	Bk <sup>97</sup> Bloqueo	Cf <sup>98</sup> Confla- gración	Es <sup>99</sup> Estudio	Fm <sup>100</sup> Fin de milenio	Md <sup>101</sup> Medicina	No <sup>102</sup> Neolibe- ralismo	Lr <sup>103</sup> Lucha rural	



## ÍNDICE

Decálogo del año cero / 5
Todas las noches la noche / 15
Necesidad de una guerra civil / 30
Lugar llamado Lilí / 36
Isla a mediodía / 54
Imitación de Ipatría / 59
Campos de girasoles para siempre / 68
Les choristes / 84
Ipatría, Alamar, un cóndor, la noche y yo / 87
Tokionoma / 107
Entre una Browning y la piedra lunar / 109
Cuban American Beauty / 122
Tao-Hoang-She-Kiang-Tě / 147
Boring Home / 150
Wunderkammer / 175
Historia portátil de la literatura cubana / 178
Tábula hiperiódica de los elementos / 202–203

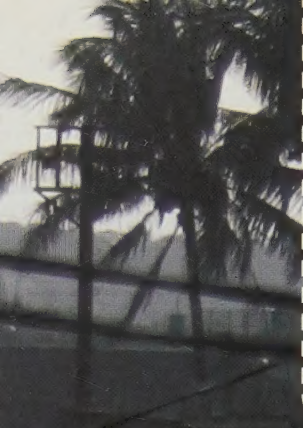




Cover by Miloslav Krátký  
Photo by Orlando Luis Pardo Lazo  
Printed by Tiskárna PROTISK s.r.o.  
Published by Garamond, Prague 2009  
208 p.







## **Movimiento de Bibliotecas Independientes**

El movimiento de Bibliotecas Independientes de Cuba nació en 1998 de la necesidad de compensar la falta total de la literatura "normal" en Cuba, otra que la oficial. Desde entonces se han creado más de 100 bibliotecas independientes en toda la Isla, localizadas en casas particulares.

Tienen un significado fundamental en la estimulación de la vida intelectual del pueblo cubano, sirven también de lugares de reuniones y charlas, cursos para niños y adultos y eventos culturales.

<http://www.bibliocuba.org>

## **Concurso Literario "Novelas de Gaveta Franz Kafka"**

La meta principal de este concurso es darles espacio a los autores que viven en la Isla y que escriben para "guardar sus obras en gaveta" porque no tienen ninguna posibilidad de publicar. Según los reglamentos puede participar cualquier autor cubano, residente en la Isla, con una obra que no ha sido publicada anteriormente y no ha competido en otros concursos.

[www.knihovny-kuba.cz](http://www.knihovny-kuba.cz)

ISBN 978-80-7407-061-7



9 788074 070617

**KR-178-779**

